



POETAS AMERICANOS.

GUILLERMO PRIETO.

FATAL nuestra memoria, no nos permite recordar ahora dónde leimos la desventura de un artista que en blanco yeso se propuso tallar la imagen de la mujer que siente celos: uno tras otro surgían los modelos; y alineados sobre una mesa contemplábalos el artífice con intensa pena, pues ninguno de ellos lograba ser ni aproximado trasunto de la idea que bullía en su cerebro, y de este modo, siempre estudiando, cansábase en vano y desesperábase de continuo, sin lograr que ninguno hallara en las imágenes que esculpía lo que creía con sin igual verdad expresado. Mató el despecho al artista, y aún en sus últimos momentos, viendo en el fondo de su alma la verdad artística, quería realizarla; pero vanos eran sus esfuerzos, y así murió, como morirán sin conseguir su objeto los que se esfuerzan en hacer sensibles las vibraciones de su alma: la mariposa misteriosa que nos anima, mueve sus alas y sacude dorado polvo, se agita ansiosa alrededor de la luz, ó plácida y tranquila se balancea posada

sobre la altiva rosa ó sobre la sencilla flor del blanco azahar; pero los ruidos que produce, los acentos que ya en una situacion, ya en otra emite, son ténues, tan ténues, que apenas se perciben, y si se notan son en absoluto intraductibles. La palabra humana expresando el pensamiento en flúida y elegante prosa ó en sonoros y armoniosos versos, los sonidos recogidos en los instrumentos y vertidos luégo en torrentes de mágica armonía, la luz que anima al color y le da tonos varios, hasta el infinito, no pueden en modo alguno ser bastantes á expresar lo en realidad sentido, por más que de todo tenga el arte moderno aproximada representacion. Lamentacion es ésta á que de continuo nos lleva nuestra insuficiencia; por más que nos esforzamos nos es imposible conseguir que exacta sea la expresion de nuestro propio y particular sentimiento, cuando nos ocupamos de cada uno de los vates que honran á la hermosa tierra de Nueva-España; ansiaríamos poder esculpir cuanto soñamos, poder grabar cuanto pensamos, pues leyendo sus composiciones nos vemos como el poeta de las meditaciones:

.....*dans ces istans ou l'âme fugitive*
S'elance et veut briser le sein qui la captive.

En cada uno de ellos hicimos cuanto pudimos por aquilatar sus méritos, y nunca la frase respondió á la idea, y esto hemos de tocarlo más hoy, cuando nos vamos á ocupar de un poeta de tan especial carácter como Guillermo Prieto, personificacion absoluta del génio mexicano, en lo que de rigurosa tenga ó pueda tener esta calificacion.

Hasta hoy lo mismo en Florez que en Peza, lo mismo en Riva Palacio que en Hajar, que en Altamirano, hemos visto siempre á los poetas para que teniamos términos de comparacion, que es el único y seguro medio de llegar al conocimiento; siempre hemos tenido expresiones hechas; pues para los sentimientos comunes hay en el hombre medios de expresion desde su más tierna infancia. El amor que profundamente nos conmueve, cantado con la valentía de Florez, nos hace comprender la excitacion de un alma gemela de la

nuestra, que en el mismo fuego se abrasa; el pesar que llora Hajar nos sume en hondo abatimiento, en el que cuenta nos damos del sufrir á que parece condenado el hombre, y las ternuras infinitas de Riva Palacio y Peza nos crean mundos en los que gozamos, pues soñados ya, faltábanos sólo la revelación que el poeta con su sin igual talento nos hace. En el universo entero no habrá nada que por nosotros deje de ser comprendido, en tanto que sean hijos de los sentimientos que á todos nos animan; pero cuando se dan puras abstracciones, cuando se revela una especial idiosincrasia, hace falta primero identificarse con ella, analizarla detenidamente hasta llegar á su perfecta comprension, pues de otra manera es imposible sentirla.

Esto puede comprobarse en todas las esferas del arte, pero más exacta comprobacion tiene con la poesía popular. En tanto que el poeta canta sus amores, llora los desdenes que sufre ó lamenta sus celos, lo entienden ó lo aprecian todos, pues pocos serán los que en la vida no hayan cantado los tiernos encantos de la pasion que todo lo embellece, ó los desvíos que nos martirizan, ó los tormentos terribles de la duda en aquello que con más fé se quiere; pero cuando de estas generales manifestaciones del sentir se pasa á lo que es exclusivamente propio y peculiar, cuando confundido con una clase social se la estudia y se la analiza para cantar luego su individual manera de ser, entónces en las poéticas composiciones que al análisis se someten, hay por necesidad que estudiar dos cosas, que debiendo ser correlativas, se hacen muy diferentes: el fondo y la forma, encontrándose las dificultades sólo en aquél; por no corresponder á ninguno de los conceptos que tenemos formados.

Es bien claro, por lo que decimos, que en primer lugar, al ocuparnos de Guillermo Prieto, lo vamos á hacer como poeta popular, reservándonos, para hacerlo despues, como poeta lírico, como poeta satírico, bajo cuyos caracteres merece tambien ciertamente un señalado lugar. ¿Qué debemos entender por poeta popular? Para contestar á esta pregunta no es posible en modo alguno recurrir en esta ocasion á las tradiciones del arte, ántes al contrario, hay que deshacerse de

ellas y atender meramente al concepto que en las literaturas modernas se dá de *Poesía popular*. En un principio, ántes que las hazañas y proezas guerreras se inicien, dando lugar al aparecimiento de la poesía heróica, el sér que siente levanta su voz para expresar sus alegrías ó lamentar sus dolores, vive la madre que tiernamente arrulla al hijo de sus entrañas, y existe la labor dura y penosa en la que se procura distraccion, y estos cantos que de siglo en siglo se vienen repitiendo, estos cantos que como míticas tradiciones nos trae el tiempo en sus alas, claramente nos dan idea de los usos, costumbres y aspiraciones de cada pueblo, por lo que estéticamente han sido llamados populares. No pocas veces, simultáneamente se ven ambos géneros literarios, y al par que la parte de la sociedad perfectamente hecha, que canta sus proezas y celebra sus aventuras, hay otra parte que sin perder en nada la sencillez primitiva, sigue en las dulzuras de una literatura completamente suya, en la que goza y se retrata. En el mismo tiempo en que las clases guerreras de la India encontraban alimento á su entusiasmo en las eslocas del Ramayana y del Maharabata, el pueblo, que ni áun á comprenderlas llegaba, tenia sus cantos propios comprendidos hoy en la poesía bramínica; la Grecia, ántes de Homero, tuvo sin duda muchos elementos con que el ciego de Kios forjara su gloria, y ántes que los Nibelungen, se hallan en la historia de las literaturas germánicas las dulces trovas que forman hoy la hermosa coleccion *Des Knaben Wunderhorn*, porque siempre, y en todas las clases sociales, hay algo bello latente que merece ser estudiado. Una literatura existe que podemos decir formada por cantos populares, ó que al ménos de ellos está constituida en su mayor parte: la del pueblo hebreo. Curioso es por demás hojear el sagrado libro, legado por aquel pueblo, que sin ser el nuestro, nos ha impreso carácter; pueblo que, fijo en el ideal religioso, nos ha trasmitido sus creencias y sus supersticiones; pueblo que, como ninguno, ha emitido la idea del Dios uno y absoluto, sin entrar en las explicaciones metafísicas, como la India ó como la Grecia, y que revelándose siempre bajo el punto de vista religioso que en él domina, recorre como campo de su

gloria desde el Sinaí á Jerusalem, desde Jerusalem á la Mecca, y este pueblo, en el que el proselitismo es completo, este pueblo que pasa cuarenta años en el desierto, canta en masa y tiene sus ideales, y revela sus aspiraciones, y se hace eco de la revelacion que del *Nabí* escucha, pues de la misma manera que un *Avatar* responde á cada una de las grandes revoluciones que se operan en el mundo ário, el mundo semita vé para cada gran acontecimiento un profeta que en poética forma le expone lo que habrá de suceder, en lenguaje propio para que lo entienda.

Y este pueblo, al que siempre vemos como rodeado de una especial aureola, nos ha hecho recordar muchas veces al patriarcal pueblo Azteca, que tuvo tambien su Jerusalem perdida, en la sencillez de sus costumbres, en la melodía de sus cantos, que existirían pero que ninguno conocemos, y formaría, digámoslo así, el primer elemento de una historia general de la literatura mejicana. Perdidos hoy, ó al ménos ignorados de nosotros, los elementos de aquella primera musa, fuerza es que del pueblo mejicano actual tengamos algo para hacer la historia de su movimiento literario, y ciertamente lo tenemos en las composiciones del vate que nos ocupa, que lo ha estudiado, se ha identificado con él y nos lo hace conocer perfectamente. Hijo de una generacion próxima ya á la tumba, Prieto ha vivido los azarosos dias de la emigracion y del destierro, víctima de los rencores políticos y de los violentos cambios de partido que se han dado en su patria; y cuando triste y solo, abandonado y enfermo y sin familia ha recorrido las vastas y accidentadas regiones aquéllas, ha procurado el alivio de su apenado espíritu en el estudio de aquel tipo popular que, por lo que en sus composiciones vemos, tiene gran semejanza con el de nuestros queridos andaluces. La frase hiperbólica, el acento donde sin cesar vibra la pasion, los celos que en fuerza del amor por nada se encienden, la promesa de un cielo cuando apenas suelo se tiene, todo lo que es exaltacion y ternura y esperanza, en un lenguaje que no es escogido pero que es propio, en una forma que no será pura pero que es adecuada, hé aquí lo que vemos como resultado de una innegable aficion del

vate que hoy nos atrevemos á juzgar, y que es uno de los primeros que inauguran lo que podemos llamar período literario independiente. En versos fluidos, elegantes y armoniosos, con una soltura en el romance que encanta y una gran perfeccion en el ritmo, nos presenta cuadros de gracia inimitable, salpicados de chistes del mejor gusto y ocurrencias que prueban una singular vivacidad de ingenio; pero de todos ellos podemos decir que son de allí, responden á los sentimientos de aquellos individuos, por lo que no pocas veces resultan extraños y otras incomprensibles.

El pueblo, al apoderarse de un idioma, procura con singular empeño adaptarlo á sus gustos, hacerlo servir á su manera de ser, y sin ley ninguna, obrando á su capricho, crea palabras, altera su significacion, hace traslaciones de sentido que entre ellos son inteligibles por la convencion, pero que para los que distantes no estamos al corriente de todo esto, parecen imperfecciones censurables que han de entrar por mucho en las composiciones donde se reflejen los usos y costumbres de la clase á que se refieren, siendo esto á nuestro modo de ver uno de sus principales méritos. En esta clase de composiciones no conocemos á ninguno que pueda aventajar á Guillermo Prieto; es el poeta del pueblo, por excelencia, y nadie como él ha sabido hacer sensible el sentimiento de la *China* ni la audacia del *lepero*, trazando con sin igual vivacidad cuadros notables por la perfecta realidad que en ellos se advierte.

Dígase lo que se quiera, el pueblo ha sido y es manantial perenne de inspiracion; á él han recurrido infinito número de poetas para hallar tipos que respondan á sus concepciones y que personalicen el sentimiento tal cual es, sin ninguna de las trabas que lo coartan, gracias á las prescripciones de la sociedad.

Podria parecer que el que tales objetivos se propone no habia de realizar manifestaciones de otro género; podria creerse que el estudio de lo meramente natural excluia el de cuestiones que más atencion implican, ó que por efecto del mayor descuido á que por el cultivo de este género el artista se abandona, no habia de permitirle poder llegar al análisis de cues-

ciones en las que la delicadeza entra por mucho; mas no sucede así, ó al ménos no lo advertimos en el poeta que estudiamos. Antes de entrar en el análisis de otras composiciones, cualquiera de las que, aisladamente, puede servir de valioso título de poeta por sí sola, es justo hacer notar que, si bien la inspiracion de Prieto nos eleva á grandes consideraciones y nos revela facultades nada comunes, tal vez esto ha sido no pequeña causa de que en ocasiones haya cuidado poco de la forma y se adviertan en sus obras incorrecciones que para algunos podrian significar algo, pero á las que ningun valor damos nosotros; que injusto fuera hacerlo cuando en todas ocasiones hemos protestado contra la sujecion que se quiere imponer al génio. Poeta por naturaleza, Prieto será siempre una de las grandes figuras literarias de Méjico; es el precursor de tantos y tantos como han seguido sus huellas, y á no pocos ha revelado un horizonte luminoso llevándolos al seno hermoso de la poesía, siendo todo ello méritos bastantes para que el estudio de sus obras precediera á los que llevamos hechos, que ántes hubiéramos realizado si ántes las conociéramos.

Recorriendo el volúmen en que agrupadas están como las estrellas de un cielo ó como las piedras de una hermosa joya, notamos cuánta variedad de tonos cabe en la dulce lira, cuyos sonos inspiran las musas; desde el sentimiento religioso, excitado por aquello que todos adoran y veneran, hasta el grito de desesperacion que de los labios del hombre arranca el dolor; desde el suspiro amoroso que engendra una acariciadora mirada, que nace no sabemos dónde y muere sin saber por qué, hasta el rugido que nos arranca el demonio de los celos al destrozarnos el alma con los acerados garfios que por garras tiene; desde el pensamiento ligero que brota de los voluptuosos movimientos del espíritu, hasta la concepcion profunda, al par que brillante, que forma el eco de lo divino que con nosotros va, todo lo ha recorrido el ilustre vate y en todo ha podido y ha sabido demostrar cuánto puede y cuánto vale.

El orgullo que, segun la *Biblia*, fué en los primeros tiempos pasion hasta de ángeles, dió lugar á la creacion del tan

temido infierno que nos espanta, tal vez sin comprender qué dulzuras serán aquellos sufrimientos comparados con algunos de los que experimentamos en la vida. Cayó el ángel rebelde á las profundidades del antro, y su caída; su eterno tormento, su despecho, su rabia, sus dolores, y la constante ambicion que no lo abandona jamás, han servido de asunto á tanta y tanta creacion artística, que grande es por ello solo la gloria de muchos autores. Bien considerado, el asunto es grande, la eternidad de la pena, la eternidad del dolor, la eternidad del sufrir, ideas en que la mente aterrorizada se agita, haciendo crear cuadros, situaciones y tipos que llaman grandemente la atencion. Luzbel, el ángel de luz, que, segun Milton, cayera de la altura sobre la superficie de la tierra, y que al contemplarla sintiera envidia, tiene, á más de la representacion literaria que le diera el ciego ilustre, otras de no ménos mérito y que acreditan tambien génios superiores: el poeta pensador, de que Alemania se enorgullece en su obra capital, formada con la leyenda que de siglo en siglo ha llegado hasta nosotros, nos presentó el Mefistófeles sarcástico de inquieto espíritu en el que la negacion parece encarnada; el bardo inglés, génio libre como el aire, que se ahoga en el positivismo del siglo, que hubiera ambicionado encarnar en un cosaco, y que va á morir por la libertad en Grecia, nos presentó á Lucifer escéptico cual él se sentia, metafísico, que quiere la quinta esencia de las cosas y que exige la razon de todo, y un poeta ruso, espíritu aventurero é independiente como Pouchkine, que como él sufre los rigores del destierro en las heladas estepas de la Siberia, y que tambien como él muere en el lance á que lo impele, su fogoso carácter, el célebre Lermontoff, en la obra que más nombre le ha dado, y que tituló *El Demonio*, nos presenta al ángel de las tinieblas como un espíritu alejado del bien para siempre, que sufre las angustias del mal que se le hace insoportable y que de continuo lamenta el bien perdido. En pocas obras literarias se ha sobreexcitado tanto nuestra atencion como en la del poeta eslavo: nuestra ignorancia de aquel idioma nos hizo recurrir á la perfecta traduccion, segun todos los críticos, que hiciera al francés Mr. Pelan, y

grandemente gozamos en aquella lectura, donde no sabemos qué admirar más, si la profundidad del pensamiento ó la brillantez de las ideas, en la que belleza absoluta se da en el conjunto, sin ser menor la que puede advertirse en los detalles: *El Demonio* extiende sus miradas por las sonrientes llanuras de la Georgia, pisadas por mujeres, cuyos retratos nos conmueven el alma, y allá en azotea riquísima, rodeada de las joyas y presentes con que por su boda la obsequian, ve á la bella Tamara, reflejo, segun el poeta, de los ángeles del cielo. El espíritu del mal se estremece, y en lo íntimo de su sér experimenta agudísimo dolor al recordar las dichas de la virtud; hasta entónces en la realizacion del mal no ha experimentado ningun obstáculo; desde aquel punto la negacion del bien constituye el más atroz de sus martirios: nuestra ilustre doctora Santa Teresa de Jesús ha dicho que el desgraciado no ama, pero en el mundo éste sería infortunio superior á las fuerzas de los mortales; nosotros creemos que el desgraciado es el que ama sin ser correspondido: ésta es la desventura del Demonio de Lermontoff: él ama y siente dulzura infinita que su origen le recuerda, pero siente tambien que aquel amor le es imposible, que será impotente para lograr su fin, por cuanto el que todo lo hizo lo condenó al dolor eterno; y en efecto, aunque asesinado el prometido esposo de Tamara, murmura él en la noche, á oídos de la jóven, dulces palabras de consuelo que la tranquilizan y promesas de un bien para cuando de nuevo las sombras oculten el blanco sudario que las nieves forman á los elevados picos del Cáucaso, aunque se le aparece en sueños y con la celestial belleza que no ha perdido, la fascina, aunque hasta dentro del convento la persigue y hondamente la conmueve con la música de su lloro, que con verdad expresa la angustia de su alma, aunque derrote al ángel del bien, que se ve obligado á retirarse, aunque seduzca á la jóven y de ella triunfe, y la vea morir en el delirio de aquel amor que no puede dominar, no consigue arrebatlarla para sí; pues, segun el Evangelio, es perdonada la que mucho ama, y un ángel la lleva á la mansion de la dicha eterna, dejando condenado al Demonio á la pena que sufre, que nunca tendrá fin. Magnífica concepcion ésta; es seguro,

trario, los pensamientos se elevan más, las ideas se hacen más profundas, y apenas considerar el dolor del que exclama:

¿No soy presa del quebranto?
¿No ardo en perpétuos enojos?
Pues ¿por qué no hay en mis ojos
Ni los anuncios del llanto?

Y más aún cuando, sintiendo la absoluta falta del bien, cuando experimentando el eterno vacío que se debe dar en el alma si se advierte la negación de la dicha, solloza y dice:

Y no de angustia me llena
Lo que tanto padecí;
Lo que me hiere ¡ay de mí!
Y mi suplicio mantiene,
Es ver que todo un Dios tiene,
Y no hay un Dios para mí.

Breve esta composición, no puede comparársela con ninguna otra donde aparezca el personaje tan bien descrito y comprendido; el Mefistófeles de Goethe tiene, para desarrollo de su fin, para la demostración de la frivolidad de su carácter y de su profundo desdén en todo y para todo, la ambición humana representada en Fausto, el sin igual candor de Margarita; el Lucifer de Byron es personaje de una obra en que no está aislado; el Demonio de Lermontoff cuenta con el amor de Tamara y goza en él, el Satán de Prieto está solo, solo con su dolor, con su pena y su desesperación, la idea se vé más clara, y, raro caso, una vez leída, casi tentado se está de tener lástima al que es causa de nuestro sufrir continuo.

La creación filosófica que nos hace pensar, no es tampoco seguro ni claro indicio de que el númen del poeta se sienta llevado siempre al pensamiento escabroso y árido que con sin igual encanto embellece; revela tan solo que lo mismo la idea pura y abstracta que el sentimiento tierno y sencillo, caen bajo la esfera de acción de su privilegiado cerebro, pues en muchas de las composiciones que á la vista tenemos, rebosa

la pasión que más al poeta caracteriza. Nunca sostendremos que la misión exclusiva del vate es sentir; pero hay que afirmar que el estro poético brilla más cuando es el sentimiento lo que le excita; de aquí que más plácemes merezca Prieto por aquellas composiciones en que, dejándose llevar de los impulsos de su corazón, se revela como hombre que ama, como hombre que abriga en su corazón manantial purísimo de ternura. De entre las muchas que podríamos escoger para comprobar esto que decimos, el temor de ser prolijos hace que nos limitemos á dos solamente, la que titula *Los Besos* y *A mi María*.

Ese movimiento de los labios, señal de cariño, aunque alguna vez haya sido todo lo contrario, que tiene muchas veces su inocencia, como su falsía tiene el pudor, que desde los tiempos más remotos fué símbolo de paz, representación de deseo, ceremonia de sumisión, despierta en nosotros sensaciones extrañas, porque rara vez el hombre se sentirá cerca de una hermosa sin experimentar vehemente anhelo de unir sus labios con los labios rojos, ó apagar el ardor de la boca en los ojos, que aunque húmedos, con su mirar abrasan. Caricia á que ninguna iguala, es imposible procurar definirla, es imposible llegar á explicarla, besamos porque en nuestro interior se da la exigencia, parece que es el beso un aliento de nuestra alma, y esta caricia tan dulce, tan usada y tan querida, ha tenido en todos tiempos quien la cante, ha tenido en todos tiempos quien procure dar idea de la inefable dicha que representa. Juan Everaerts, más conocido por Joanes Secundus, poeta latino del siglo XVI, erótico como Ovidio, dulce como Catullo, pero más casto que ambos, escribió en latin diez y nueve cortas composiciones que tituló «Besos (Basia)» y una y mil veces, lo mismo leídas en latin, con lo que pudieran creerse de cualquier autor posterior á Horacio y anterior á Casiodoro, ó leídas en las traducciones que de ellas han hecho Mirabeau, Tisot y Loraux, se admira el puro sentimiento del que tan perfectamente sabe expresar el casto deseo que vela la pasión más pura; Guillermo Prieto en su composición, que tal título tiene, no ha imitado al poeta latino moderno, no ha empleado tampoco la forma clásica de que

aquél se dejara llevar; pero ha conseguido presentar una hermosísima composición donde brilla igualmente una potente inspiración, cuya originalidad es notable, y un erotismo casto, hasta donde puede serlo el choque de dos almas que quieren trasmigrar á los cuerpos que las ilusionan. En la composición del vate mexicano de quien nos estamos ocupando late el fuego que circula por las venas del jóven; después de leída un anciano creeria operada la trasfusión á las tuyas, pues en composiciones de esta naturaleza es donde se comprende la gran verdad de que el poeta puede crear mundos, engendrar pasiones y extinguir tormentos. En el delirio que precede á la separación de la mujer querida á quien se adora y que nos corresponde, el poeta que se da cuenta de la agitación terrible de su alma le dice:

Te vas inquieta, marchas insegura,
De amor ansiosa, de pasión perdida:
Ocúltame piadosa tu hermosura,
Por tí, mi solo bien, por tí, mi vida,
No tornes ¡ay! tu deliciosa frente,
Evita que tu lábio me sonría;
Si ahora volvieras á mi pecho ardiente
Mi frenético amor te mataría;

y más tarde, cuando como pago de esta adoración ella ha premiado el ardimiento sofocando un aliento que al bronce fundiría; cuando ha aumentado tal vez inconscientemente la pasión en que se destroza,

¿Qué hicistes, temeraria? Besos ciento
Mis palabras sentidas apagaron;
Nuestras almas al fin se confundieron
En la llama del mismo sentimiento.

Psíquica demostración de un inapreciable efecto cuya causa es divina; no cabe decir de él otra cosa que

¡No más! Tu labio se aplicó á mis ojos,

Angel de amor, y se secó mi llanto:
 Que venga el porvenir con sus tormentos;
 Yo lo espero en tus brazos sin espanto;

y luégo que una vez se ha experimentado, luégo que acrecentada la pasión un incendio nos devora, ya no podemos detenernos; ansiamos más y más, y no hay vallas que detengan nuestros pasos, ni temores que nos cohiban; atropellamos por todo, y si no en la admirable forma que el poeta, porque á ella sólo llegan los escogidos, exclamariamos, y comprendemos que se exclame siempre:

¡Otro beso, otros mil! Ven, mi adorada;
 Cólócate en mi seno, mi delicia:
 Vale una perdicion esa caricia:
 Todo menos tu amor me importa nada.
 Amor, amor, mi bien, dulce paloma.
 ¡Laura! no más, no más, tierno embeleso;
 Soy inmortal—soy Dios—dame ese beso
 Que es para mí y entre tu labio asoma.

Después de la tempestad viene la calma; tras los años juveniles la madurez de otra edad, y lo mismo que en el orden físico en el orden moral, tras los arrebatos de una pasión efervescente, viene el amor templado que se complace en la calma del hogar. Felices mil veces aquellos que al fin encuentran la mujer que sus ensueños realiza, los que logran hallar la compañera de por vida á quien el sér todo se entrega, de la que hacemos nuestra ánora segura, en la que fundamos toda nuestra esperanza y á la que hacemos depositaria de nuestra tranquilidad y nuestro sosiego. No hay una literatura, por rudimentaria que sea, que no haya dedicado tiernísimos cantos al hogar, á la familia, á la esposa como representación de uno y otra, y justo es confesarlo, nunca la poesía rompió los límites que la sociedad prescribe y que parece dictó la naturaleza misma: siempre que hemos tenido ocasión nos hemos fijado, y jamás el poeta cantó otra cosa que no fuera el puro y tierno amor, que es el lazo único

con que la mujer nos puede retener; jamás los más ó menos conocimientos de la que ha de ser madre de nuestros hijos arrancó una nota del mágico clave, ni se celebró en ocasion ninguna su altivez, ni su fiereza, ni siquiera su talento, y ménos aún la riqueza que pudiera poseer: siempre los acentos del poeta, del literato en general, fueron movidos por los encantos de una sonrisa que nos anima, por los recuerdos que hacen nacer en nuestra alma las esperanzas, por las caricias que calman nuestras mortales inquietudes. El poeta que nos ocupa en el duro destierro á que se viera obligado, fijas sus miradas en el hogar donde tantas delicias gozara, echando de ménos á la dulce compañera, á la cariñosa madre de sus hijos, vuelve á ella los ojos, y le dedica un canto, canto del corazon, sublime por lo sencillo de su recitado, admirable por la vida que en él se advierte, por la propiedad en las imágenes, por lo dulce de los conceptos y muy de notar por lo bien manejado que en él se halla el idioma.

Su composicion *A María, su esposa*, es sin duda de las mejores que en el libro se encuentran; en ella se advierte al verdadero poeta, al hombre de corazon y de elevados sentimientos; nada de abstracciones ni sutilidades, nada afectado ni rebuscado, sino, por el contrario, todo natural y sencillo. En cada estrofa hay un acento que llega hasta las intimidades del sér, dignas todas de ser tráscritas, pero de las que sólo dos copiaremos para que un tanto autorizada quede nuestra humilde opinion.

Ven cual zenzontle en la callada noche
 Que busca fiel su preferida rama,
 Ven ¡oh María! al corazon que te ama
 Y que anegado en hiel late por tí.

.....
 Mi sombra amiga en el desierto estéril,
 Mi astro benigno en el oscuro cielo,
 Mi esperanza en las horas de desvelo,
 Mi sueño de ventura en la orfandad,
 Faro amigo que el bien me prometia

Cuando en las olas zozobraba errante,
Y lo ofuscaba el viento, y él constante
Y puro para mí quiso brillar.

Combatida el alma por mil efectos contrarios, luchando incesantemente con los desengaños que por todas partes nos asedian, y dudando siempre de todo lo que pudiera llevarle siquiera no fuera más que á la tranquilidad de la conciencia, se entrega á los vanos y fútiles placeres en que sigue por la resbaladiza pendiente que los constituye. Las alteraciones de la vida, y no el tiempo, son las que atrofian al espíritu, son las que prematuramente dejan caer sobre nuestra alma pesos inmensos que le impiden sus libres y espontáneos movimientos; pero todo tiene un término, y cuando el hombre en horas tristes se permite descender á las intimidades de su alma y en medio del mundo se encuentra solo, abandonado y sin nadie que le preste apoyo y le dé consuelo; cuando se considera como el oscuro grano de arena en el desierto, entre muchos iguales, es verdad, pero sin ninguno que lo sostenga, se le adhiera y con él marche unido hasta donde lo arrojen los violentos arrebatos del Simoun, entónces recuerda algo que lo consuela y vuelve los ojos al innegable Dios, que se deja advertir hasta en las insignificancias del universo. De que esto es cierto pueden hallarse pruebas lo mismo en el hombre colectivo que en el hombre individual: en los acerbos dolores que nos atenazan el cuerpo hay una exclamacion en nuestros labios formada por su nombre; en los reflejos de una sociedad, de un pueblo, en las primeras manifestaciones literarias se advierten sin gran trabajo; los himnos de Apolo Delio y Apolo Pitio, los cantos de los Arbales y de los Sallios, los Salmos, no son otra cosa que invocaciones á la divinidad en demanda de su proteccion ó de su clemencia; mas ningunos como los Salmos nos pueden servir de claro ejemplo: el *Miserere* y el *Exurget me*, todos los Salmos de la Penitencia son grandes porque en ellos se refleja el alma que en su dolor se queja, y la hermosa forma en que están expuestos, la elegancia de los conceptos, la profundidad de la idea, son encantos que dan lugar á que una y mil veces que se

lean caigamos en la profunda meditacion á que nos lleva el aislamiento real en que nos vemos.

Las tristes exclamaciones del Profeta que á orillas del Eufrates sueña la patria querida, y en boca de sus hermanos pone sentidísimos acentos; el treno desgarrador que se le escapa en presencia de la corrupcion del pueblo, y que le lleva á la amenaza de una nueva cautividad, todo hecho invocando la omnipotencia de Dios y su nombre sacrosanto, que á tanta fé se presta y que es indefectiblemente nuestro amparo en las perturbaciones terribles de la vida, son siempre composiciones en las que rebosa la uncion mística en majestuosa forma, y condiciones son éstas que en modo alguno faltan en el *Salmo á Dios* del poeta á quien estudiamos. Hubo un tiempo, él mismo lo dice, en que el placer fué su constante sueño, y así es siempre: la vida tiene, como la naturaleza, su primavera, y en ella cual las flores en los prados se desarrollan las ilusiones, para lo cual todo campo es á propósito: al hombre que nos tiende la mano llamamos amigo, amada á la mujer que nos halaga; no vemos mentira en mirar ninguno, ni falsía en las sonrisas, ni veneno en los abrazos, y locos y embriagados, olvidamos ó no hemos aprendido cómo es el aliento de Judas que en los lábios vaga: todas son entonces acariciadoras ideas, y tallamos mujeres en las blancas espumas, y hacemos dorados palacios con los rotos crespones de las flotantes nubes á los que damos atmósfera con el perfume de las flores y ruidos con los misteriosos que en la naturaleza encantan. El poeta lo ha dicho admirablemente:

Feliz la vida

Si en ilusiones vierte su tesoro

Que ardiente agota la sensual querida.

Mas en la constante desgracia que forma el patrimonio del sér humano, un dia se licua la espuma de los mares y las nubes se oscurecen y se ven gestos en las sonrisas y hay tóxicos en los besos y cuerdas que se aprietan en los brazos, situacion tristísima como ninguna que ha pintado Prieto de la siguiente admirable manera:

¡Vino el dolor! cual de marchita rosa
 Las mústias hojas al vaiven del viento
 Riegan la tierra,—arranca mis placeres
 Y me entrega desnudo á mi tormento.

.....
 Como inútil despojo de un naufragio

Así me vieron las extrañas gentes:

¿En dónde está el amor? ¡Ay los amores!

Huyen su lábio á la miseria fria...

¿En dónde está el placer? ¡Ay los placeres!

Se agolpan en bullicio y torbellino

Donde en rauda corriente salta el vino,

Y venden sus encantos las mujeres.

¿Dónde está la amistad? ¡Ay! los que lloran

Piedad encuentran, hallarán abrigo,

Otro hombre acaso les dará un consuelo

Cual moneda que damos á un mendigo:

¿Mas dónde está el amigo?...

¿En dónde? ¿á quién volverme? La blasfemia

A mi lábio en secreto aparecia

Cual flecha envenenada,

En la cuerda del arco reclinada

Palpitando en la mano del salvaje

Que no encuentra en el árido desierto

Un objeto en que bebe su coraje.

Entónces, cuando la soledad nos abrumba y el cansancio de todo nos mortifica, se vuelven los ojos á la inextinguible fuente de consuelo que para nosotros es el Hacedor Supremo, y lo invocamos reclamando su misericordia infinita, pues sólo en lo superior y eterno á que nos sentimos llamados podemos hallar alguna satisfaccion. Este es, á nuestro modo de ver, el nacimiento del salmo en el general sentido que esta palabra tiene, y por esto el poeta, lamentando los males que de demasiado cerca le tocan, recorre al consolador extremo que siempre nos queda, se repliega dentro de su sér y no puede ménos de exclamar:

¡Bendigo mi dolor! ¿Cuál es el canto

Digno de tí, Señor?... Tú con un soplo
Diste vida á la mágica armonía;
Tú, música del orbe, tú la fuente
Del alma melodía...
¡Oh! ¡quién pudiera con la luz hablarte!
¡Quién pudiera cantarte en los perfumes!
Bastarda encarnacion del pensamiento,
Palabra del mortal, tú no eres digna
De volar á mi Dios! Por esto abriendo
Mi corazon á tí bañado en lloro
Y en éxtasis sublime enmudeciendo,
De tí me lleno y en tu esencia adoro.

Poeta inspiradísimo, ha recorrido todos los tonos y ha herido las cuerdas con sin igual maestría, probando superiores talentos y una inspiracion nada comun. No sabemos qué es más de admirar en él, si la profundidad de la idea ó la espontaneidad y fluidez de la forma; mas es lo cierto que constituyen ambas condiciones un todo que constituye su gloria. Por demás largo habria de ser nuestro trabajo si quisiéramos ahora dar aunque no fuera más que una somera idea de cada una de sus composiciones: en todos los trabajos anteriores semejantes á éste hemos dicho y repetimos que es sólo nuestro designio dar una general idea del carácter de cada poeta; por esto, ya que nuestros conocimientos no son bastantes á dar amenidad á la extension, procuramos siempre ser breves; pero por el mismo motivo, no podemos terminar sin ocuparnos de Guillermo Prieto como poeta satírico, pues mérito es éste que tambien atesora.

Taine, el reputado cuanto elegante crítico ha dicho, muy acertadamente, que la sátira es hermana de la elegía, y efectivamente, no podemos desconocer la verdad de tal aserto; el dolor muchas veces se manifiesta en risas, mas estas carcajadas tienen un sello especial, gracias al que las composiciones en que brillan han sido llamadas sátiras. Cuanto choca como cuanto duele, cuanto excede de los límites justos y racionales, cuanto afecta al buen sentido y gusto, cuanto puede ser causa de peligroso ejemplo y se haga temer, cae bajo

el dominio de esta clase de composiciones, que dicho se está, ha brillado en todas las literaturas: el *Sátira tota nostra est*, de Quintiliano, puede ser cierto en cuanto al género independiente que en la literatura latina forma, pero no debemos olvidar que tuvieron sus *Yambos* los griegos y que aún se llaman Menipeas cierta clase de sátiras. Los romanos entendieronlo mejor y de ellos son los más notables modelos que en el género se pueden presentar; aquella sociedad, á partir desde el momento en que la severidad republicana languidece, para dar lugar á la inmunda corrupcion de los Césares, causa primera del éxito de los bárbaros, presenta una série de desventurados cuadros, manifiesta tales vicios y con tales desmanes se enorgullece, que faltos de lágrimas los ojos de los pocos hombres puros, cuando cuentan con dotes para ello, flagelan á la sociedad con el látigo del ridículo; la malicia y la burla finísima del cortesano Horacio, la indignacion que el mismo Juvenal confiesa (*Facit indignatio versum*), la severidad y estoicismo del oscuro Persio, el notable discípulo de Annceus Cornutus, que hace con sus sátiras el complemento de la obra del adusto Tácito, pues éste escribe la historia pública de su tiempo y aquél la privada; posteriores todos á Ennico, que por creador del género se toma, por ser suyos los primeros fragmentos que se conservan, se ejercitaron en satirizar los vicios de su siglo, y como legado, transmitieron el ejemplo á los que habian de sucederle, y en la Edad Media Gringoire, Ulrich de Hutten, Rutebeuf, Rabelais, preceden á los que en épocas posteriores hacen lo mismo y de los que cada nacion puede presentar ejemplos valiosísimos; Quevedo, Jovellanos, Moratin entre nosotros, Hall-Rochester, Pope y Byron entre los ingleses, Murne y Hagedorn en Alemania, Bentivoglio, Aretino y Rosa en Italia, han procurado siempre ridiculizar en sus composiciones los vicios que más perjudiciales aparecian en sociedad, y leidas sus composiciones, podemos asegurar con cuánto ensañamiento se calumnia al siglo en que vivimos. El moralista más severo no podria señalar un vicio, un defecto, una corrupcion social, que ántes no se conociera y hubiera sido objeto de censura y ridículo. Las bastardas pasiones, por las que dominado el corazon á

nada bueno responde, la hipocresía y falsedad de ciertos seres, la nécia vanidad y el insoportable pedantismo, el fanatismo religioso y la superstición, el ánsia de riquezas, todo, absolutamente todo, ha sido objeto de durísimos ataques en la forma que más los hiere, por el gusto con que cada uno lee el mal que á otro se refiere. Repasados, aunque ligeramente, algunos de los mencionados satíricos, puede comprobarse lo que decimos; el mentido moralista que en todo encuentra motivo de escándalo cuando nada hay más escandaloso que su conducta, la torpeza de los jueces hacen el objeto de la segunda sátira de Juvenal, en otra de las suyas hace alusión á los graves riesgos de la córte, en la sexta ha dicho del adulterio, enumerando los vicios de las mujeres,

*Antiquum et vetus est alienum, Posthume, lectum
Concutere, atque sacri genium contemnere fulcri;*

y más adelante, en la octava, censura duramente á los que nobles se creen porque así lo fueron sus ascendientes. En todo tiempo la sociedad, obrando néciamente, ha seguido el procedimiento contrario al que lógicamente emplea la Iglesia cristiana: ésta aplica á los difuntos los méritos de los vivos; aquélla deja para los vivos los méritos de los que fallecieron. Ya en los tiempos de la soberbia Roma se acostumbraba esto y ya acerbamente lo satiriza el célebre autor que nos encanta cuando dice

*Tota licet veteres exornent undique ceræ
Atria, nobilitas sola es atque unica virtus.*

Demasiado léjos nos llevaría querer analizar cada una de las composiciones en que se han censurado los vicios que aún nos afligen; á una civilización ha sucedido otra, y en pos de sí ha traído sus defectos; desde los siglos XIII y XIV la piedad fingida de los frailes, la ambición del clero, todo el orgullo de los cardenales, fué asunto en que se emplearon los satíricos, distinguiéndose Rutebeuf, Rabelais y el Arcipreste de Hita. *El satiricon de la córte*, compilación francesa anónima del siglo XVI, es una obra que hace comprender cuán incompletos son hoy los códigos penales, y no es poco que

ya en aquellos tiempos, hablando de la beata gazmoña, que el suelo de las iglesias gasta, que jamás se olvida del hábito de San Francisco, y que de continuo charla con su confesor, ante su amante

Se coiffe á la culbute
Relevan ses tetons en butte
Encore qu'il fussent pendants
Par l'usage ou les accidens.

En los tiempos modernos, Voltaire ha hecho más daño con sus sátiras que un filósofo con sus argumentaciones, Jovellanos se ha elevado á la altura de Persio, Byron no ha tenido piedad para los críticos impertinentes; mas justo es confesarlo, los unos tras los otros han hecho lo mismo y un satírico de nuestros días puede hacer más. Leyendo las sátiras y letrillas del poeta Guillermo Prieto, hay que admirar su vis cómica, su gracia, su facilidad en el manejo del verso; pero se echa de ménos originalidad en los asuntos. Disculpa muy de tener en cuenta es, si bien se atiende, la falta de libertad de que en su patria ha gozado, y bien sabido cuánto las alas corta al númen poético un régimen político retrógrado; en esto hemos de ver la principal razón por que es corto el número de composiciones satíricas de un hombre que tanta aptitud revela para el cultivo de este género, pues de lo contrario, muchas serian, dado que en países como el suyo y el nuestro, minado por bastardas ambiciones, abundan los soldados hijos más de la fortuna que de sus hechos, los políticos que sin capacidad montaron en la rueda de la suerte y al verse en alto no recuerdan lo humilde de su origen, y tanto y tanto tipo como puede constituir el fondo de una composición encaminada á corregir.

Hemos procurado presentar con entera justicia á un distinguido vate, é ignoramos si lo hemos conseguido: nuestra voluntad ha sido grande y nó han sido otros nuestros deseos: sólo sus obras hemos tenido presente, sus obras que acreditan ser uno de los favoritos de las musas, al que con liberalidad suma han otorgado sus más selectos dones.

A. FERNANDEZ MERINO.



LA
EMBAJADA DE LORD NOTTINGHAM
Á ESPAÑA EN 1605.

I.

LAS paces que el 28 de Agosto de 1604 (1) firmaron en Lóndres los ministros del Rey Jacobo y los embajadores españoles y flamencos, no hubieron de ser favorablemente acogidas en Inglaterra, á juzgar por el testimonio de los escritores contemporáneos.

La política de la Reina Isabel, enemiga implacable de España, habia obtenido por medio de las armas la más popular de todas las sanciones, que es el éxito, y despertaba en el pueblo la afición á las empresas militares, sobre todo marítimas, y arraigado el ódio que en el corazon de su Soberana

(1) Estas capitulaciones fueron, según Chalmers, el primer convenio internacional impreso en Inglaterra. En España se publicaron por Francisco de Robles, librero del Rey, traducidas del latin al castellano, é impresas en Valladolid por Luis Sanchez en 1605.

rebosaba contra la nación que pretendía asumir la representación del catolicismo, no era fácil que en un momento se diesen al olvido rencores de largos años y se renunciase á la esperanza de nuevos golpes de mano afortunados, otorgando en cambio, en las más ventajosas condiciones, una paz que sólo podía aprovechar á quien con empeño la solicitaba. No es extraño, pues, que Osborne y Weldon, en sus Memorias secretas sobre la corte de Jacobo I, que han servido de base á los modernos historiadores, hayan calificado esta paz de vergonzosa, acusando sin rebozo á sus negociadores de haberse vendido al *oro español*.

Pero sin negar ni disculpar la venalidad de los cortesanos de Inglaterra, de que tanto partido supo sacar más tarde el conde de Gondomar, exige la imparcialidad histórica que se tenga en cuenta un factor importante en aquella negociación, á saber, la voluntad del Rey Jacobo. Había éste adoptado por lema de su escudo el de *Beati pacifici*, y era efectivamente tal horror el que la guerra le inspiraba, que según uno de sus biógrafos, prefería gastar cien mil libras en una embajada para mantener ó conseguir una paz deshonrosa, que no diez mil en un ejército para llegar á una paz con honra. Movíanle además á buscar la amistad y la alianza de España, no tanto sus personales simpatías ó los compromisos que como Rey de Escocia hubiera contraído, cuanto el deseo de obtener para su hijo el príncipe de Gales la mano de la infanta primogénita y entónces heredera de España, doña Ana Mauricia, y claro es que no podía tratarse del deseado matrimonio sin ajustar las paces en condiciones tales que fuesen de todo punto aceptables para el Rey católico.

Y aquí debemos rectificar una equivocación en que, á nuestro juicio, incurre el Sr. Perez de Guzman en su interesante libro *Un matrimonio de Estado*, al suponer que fué Roberto Car quien llevó en nombre del Rey Jacobo el hilo de las negociaciones con el condestable de Castilla. Sir Robert Car, jóven escocés de singular belleza, á quien Jacobo hizo primero vizconde de Rochester y despues conde de Somerset, no llegó á la corte de Inglaterra hasta el año de 1606, en que tomó parte en calidad de paje, según unos de lord

Dingwall, y según otros de sir James Hay, en el torneo con que se celebró, el 25 de Julio, el aniversario de la coronación de Jacobo. En esta fiesta fué Car arrojado por el caballo que montaba, con tal suerte, que al romperse una pierna logró cautivar las simpatías del Monarca, y en la Noche-buena del siguiente año fué hecho caballero y gentilhombre de cámara, desde cuya época puede decirse que data su privanza. Antes que él merecieron los favores reales sir Philip Herbert, conde de Montgomery, y el citado sir James Hay, conde de Carlisle; pero cortesanos ambos, más que políticos, no se ocuparon en los asuntos exteriores, encomendados al cuidado del secretario de Estado, sir Robert Cecil, conde de Salisbury, cuya habilidad le valió el apodo de *Roberto el Diablo*. Indudablemente fué Cecil y no Car el negociador del tratado de 1604, y lo confirma la liberalidad del condestable de Castilla con la condesa de Suffolk, que al título de camarera mayor unia el de *amiga* del secretario de Estado.

Ratificadas y juradas ya las paces por el Rey Jacobo, era preciso obtener de Felipe III igual ratificación y juramento, y tanto con este objeto como con el de corresponder á la embajada del condestable de Castilla, dispúsose Jacobo á enviar á España en misión extraordinaria al gran almirante de Inglaterra, lord Charles Howard, jefe que habia sido de las fuerzas navales destinadas á combatir á la Grande Armada, y á quien la toma de Cádiz en 1596 habia valido el condado de Nottingham; títulos ambos que debian ser poco gratos para los oídos españoles, pero de los que se hizo precisamente mérito para demostrar que se habia convertido en mensajero de paz uno de los más esforzados guerreros de Inglaterra.

Pretendió el almirante que se le elevara á la dignidad de duque, para que no desmereciera su embajada de la del duque de Frias; pero desechada esta pretension por excesiva, hubo de contentarse con el tratamiento de excelencia y con la cantidad de 15.000 libras, que le fué señalada para sus gastos, y que, no pecando de corta, apenas bastó á cubrir los que hizo para prepararse al desempeño de esta misión diplomática.

Tan grande fué el lujo desplegado en sus preparativos por el almirante y los señores que le acompañaban, que dió motivo á un tal Stone para decir *que iban sesenta tontos á España, sin contar el almirante y sus dos hijos*; palabras por las que fué públicamente azotado en Bridewell, sin que este castigo le sirviera de escarmiento, puesto que despues de haberlo sufrido dijo que habia otros muchos señores de la córte que no se hubiesen ofendido de que los llamase tontos.

Treinta y tres caballeros pertenecientes á la más alta nobleza de Inglaterra, y entre ellos los dos hijos del almirante, el conde de Perth, lord Willoughby y lord Norris, sir Richard Lewson y sir Robert Maunsell, almirante el primero y vicealmirante el segundo de la escuadra destinada á conducir al embajador, formaban parte de la comitiva de éste, y completábanla un intérprete, un rey de armas, dos médicos, varios capitanes y secretarios, y tantos mayordomos, aposentadores, guardas y criados, que el número total de personas que compusieron la embajada no bajó de 650. Tambien acompañó á lord Nottingham sir Charles Cornwallis, que habia de quedar en España de embajador residente ú ordinario cerca de S. M. católica.

Con la venida de la embajada inglesa coincidió el nacimiento del príncipe, que habia de ser despues Felipe IV, ocurrido en Valladolid el Viernes Santo, 8 de Abril de 1605, y esta ocurrencia contribuyó á que se celebraran á la par uno y otro suceso con fiestas tales, que dieron lugar al soneto que á continuacion copiamos, atribuido á la pluma satírica de D. Luis de Góngora:

Parió la Reina: el Luterano vino
 Con seiscientos herejes y herejías:
 Gastamos un millon en quince dias
 En darles joyas, hospedaje y vino:
 Hicimos un alarde ó desatino,
 Y unas fiestas, que fueron tropelías,
 Al ánglico legado y sus espías
 Del que juró la paz sobre Calvino:
 Bautizamos al niño Dominico,

Que nació para serlo en las Españas:
 Hicimos un sarao de encantamento:
 Quedamos pobres, fué Lutero rico:
 Mandáronse escribir esta hazañas
 A Don Quixote, á Sancho y su jumento.

Los dos últimos versos del soneto parecen indicar que el autor del *Quijote* (libro cuya primera parte habia visto la luz pocos meses ántes) lo fué tambien de la relacion de estas fiestas, que le mandaria escribir ó el conde de Miranda, presidente de Castilla, á quien las dedica el librero Antonio Coello, ó tal vez el duque de Lerma. Titúlase: «*Relacion de lo sucedido en la Ciudad de Valladolid desde el punto del felicísimo nacimiento del Príncipe. Don Felipe Dominico Víctor nuestro señor: hasta que se acabaron los demostraciones de alegría que por él se hizieron. Al Conde de Miranda. Año 1605. Con licencia, En Valladolid, Por Juan Godinez de Millis, Vendese en casa de Antonio Coello en la librería.*» 4.º

Los autores del *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos* citan este libro rarísimo y curioso entre los que compuso Cervantes, siendo probable que fuera una de aquellas obras que como él dice en el prólogo de sus «*Novelas,*» *andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño.*

D. Juan Yañez insertó un extracto de esta relacion en las «*Noticias de Felipe III,*» callando el autor y la obra, y de ella hay tambien una traduccion italiana hecha por Cesare Parona é impresa en Milan en 1608, conservándose en el Museo Británico el ejemplar que perteneció al Rey Jacobo.

Pero no fué Cervantes el único que en España describió estas fiestas. Hízolo tambien D. Luis Cabrera de Córdoba en sus «*Relaciones de las cosas sucedidas en la córte de España desde 1599 hasta 1614,*» y en el catálogo de la biblioteca de D. Pedro Salvá vemos citadas las dos siguientes relaciones:

«*Relacion del Baptismo del Príncipe de España en Valladolid, año de 1605. Madrid (1605).*»—2 hojas folio.

«*Relacion de las fiestas de Valladolid en 1605, despues*

del bautismo del Príncipe, muestra general que se tomó á veinte y seis copañías, para entregar el baston al Duque de Lerma y de las pazes de Inglaterra. Cordoua, 1605.»—2 hojas folio.

Tambien hallamos mencion en el expresado catálogo de un papel manuscrito que lleva por título: «Fiestas que se hicieron con motivo del nacimiento de Felipe IV y entrada y festejos hechos al Embaxador de Inglaterra que vino á tratar pazes.» Ignoramos si este manuscrito es una copia ó una relacion distinta de la que se atribuye á Cervantes.

Al lado de estas relaciones españolas hallamos dos inglesas, la una de autor anónimo, que dice haber sido testigo de estas fiestas, y la otra de Robert Treswell, alias Somerset, heraldo ó rey de armas que en calidad de tal acompañó al embajador, y publicó su libro para desvanecer ó rectificar los errores en que abunda la relacion del supuesto testigo presencial.

El libro de Treswell, que es de excesiva rareza, se titula: «*A Relation of such things as were observed to happen in the Journey of the right Honourable Charles Earle of Nottingham, L. High Admirall of England, His Highnesse Ambassadour to the King of Spaine: Being sent thither to take the Oath of the sayd King for the manteinance of Peace betweene the two famous Kings of Great Brittain and Spaine: According to the seuerall Articles formerly concluded on by the Constable of Castilla in England in the Monetto of August 1604. Set forth by Authoritie. London, Printed by Melchisedech Bradwood for Gregorie Seaton, and are to be sold at his shop vnder Aldersgate. 1605.*» 4.º

De la relacion inglesa de Treswell y de la española de Cervantes, que concuerdan en sus puntos esenciales y se completan en sus detalles, vamos á tomar las siguientes noticias de la jornada de lord Nottingham á España y de las fiestas que en su honor dispuso la córte de Valladolid.

II.

El jueves 7 de Abril de 1605 embarcóse el almirante en Queensborough en tres navíos de guerra y otros buques mercantes destinados al transporte del numeroso personal de su embajada, y el domingo siguiente se hizo á la vela, obligándole el mal tiempo á refugiarse en Dover. Allí recibió aviso de que le aguardaban en Santander; pero habiendo enviado á la Coruña sus caballos, coches y criados, así como tambien los regalos del Rey Jacobo (que consistian en arcabuces y ballestas, perros de caza y seis jacas inglesas maravillosas, ricamente guarnecidas con gualdrapas de terciopelo bordado), de cuya custodia y entrega iba encargado el caballero Thomas Knoell, decidió seguir á la Coruña, en cuyo puerto fondeó el lunes 26 á las cuatro de la tarde; habiendo sabido en alta mar, por una barca inglesa procedente de Bayona, que la Reina de España habia dado á luz con toda felicidad un príncipe.

Era á la sazón capitán general de Galicia y presidente de aquella audiencia D. Luis Carrillo de Toledo, conde de Caracena y señor de Pinto, quien noticioso de la venida del almirante por una carta en que le daba aviso el conde de Villamediana, dispúsose á recibir al embajador inglés con los honores debidos á su alta jerarquía y con toda la ostentacion que fuera compatible con los escasos recursos de un país pobre y esquilado.

Apenas entró en puerto la escuadra inglesa, fué saludada por la artillería de los fuertes y la plaza, y el conde de Caracena, acompañado de su hermano D. Juan Pacheco, de su hijo D. Luis y de los capitanes y entretenidos de aquel presidio, pasó á dar la bienvenida al almirante en una falúa cubierta de terciopelo azul y tripulada por marineros con blusas y gorras de seda del propio color. Porque era tarde no desembarcó el embajador, quedando acordado que lo

haria al día siguiente, y á la noche le envió el conde un gran salmon y otros pescados, muchas empanadas, pavos, perdices, frutas, confituras, pan fresco y vino regalado.

Al otro día, fueron D. Juan Pacheco y D. Luis Carrillo á la capitana por el almirante, á quien aguardaba el conde de Caracena con la audiencia, capitanes y entretenidos, en un puente de madera de cien pasos de largo, que habia mandado construir para más cómodo desembarco de los ingleses. Este se verificó en medio de las salvas de la ciudad, del castillo y fuertes y de la armada, y de la gente de guerra que estaba en la muralla; y llegado al puente el almirante, dijo al conde de Caracena que habia estimado esta ocasion por conocer á tal caballero y de tan gran opinion, y besar las manos á S. M., porque era antiguo criado de su padre, aludiendo á la época en que habia estado Felipe II en Inglaterra.

Aposentado el almirante en casa del conde de Caracena, á la noche fué el sargento mayor á pedirle el santo, y la cena fué muy regalada y cumplida, con música de flautas y vihuelas de arco, y todas las noches fué así.

Durante la estancia del almirante en la Coruña, ocurrió un incidente que refiere Treswell, y del que no hallamos mencion en la relacion cervantina. Parece ser que habiéndose emborrachado en tierra un marinero inglés, golpeó violentamente á un clérigo, y aunque ni el ofendido ni las autoridades de la ciudad formularon la menor queja, llegó el hecho á oídos del almirante, quien mandó abrir la correspondiente sumaria, y una vez descubierto el delincuente, se le formó consejo de guerra, presidido por sir Richard Lewson. Teniendo éste en cuenta que el marinero se hallaba borracho cuando cometió el delito, y ni supo ni recordaba lo que hizo; que los golpes no habian causado ningun daño al clérigo, y que el ofendido era persona de baja extraccion y no gozaba de buena fama en la ciudad, falló que debia condenar y condenaba al reo á ser ahorcado inmediatamente. Pero como la sentencia no podia llevarse á efecto con tanto secreto que no se trasluciera en el pueblo, hubo de enterarse el conde de Caracena, y especialmente la condesa y su hija, á cuyos rue-

gos para que revocara el fallo del consejo de guerra no pudo negarse el almirante, y así resolvió enviar á tierra al marinero, con la cuerda al cuello, á disposicion del conde, quien lo perdonó y puso en libertad, despues de haberlo hecho pasar por manos de su despensero, de las que no salió descontento.

S. M. ordenó á D. Blasco de Aragon, sobrino del duque de Terranova, comendador de la órden de San Juan, del Consejo de S. M. en el Estado de Milan y capitan de una compañía de arcabuceros de infantería española; que fuese á visitar y dar la bienvenida al almirante (á quien habia conocido en Inglaterra cuando fué con el condestable el año anterior) y le viniese acompañando hasta la corte. Y mandó asimismo á D. Gaspar de Bullon, su aposentador mayor, cuidase del viaje del almirante, usando en todo de liberalidad y abundancia; en cumplimiento de lo cual partió con más de mil cabalgaduras de silla y carga y con mucha provision de los regalos que faltaban en Galicia y en la esterilidad de las montañas, acompañándole, además de todos los oficiales de la real casa, el licenciado D. Juan Bermudez y el licenciado Mosquera de Figueroa, como jueces de comision, con alguaciles de corte y otros ejecutores para hacer las provisiones con todo el recado que en los caminos era necesario.

Estando para partir de la Coruña, fué avisado D. Blasco que en aquella compañía se traian dos Biblias traducidas al castellano, impresas en Holanda, y habiéndolo puesto en conocimiento del almirante, dijo éste al que las traia en particular, y á todos en general, que cualquiera que supiese que traia libros prohibidos le haria entregar al Santo Oficio de la Santa Inquisicion, y los amonestó quo no diesen ocasion á escándalo ni mal ejemplo de las cosas sagradas, porque de otra manera los haria castigar; y el que traia las Biblias afirmó haberlas vuelto á los navíos.

El viernes 13 de Mayo salió de la Coruña el almirante con 600 ingleses y 200 criados del Rey que iban para este servicio, y áquella noche llegó á *Betanzos*, que dista tres leguas de la Coruña, hallando su posada colgada de muy bue-

nas tapicerías, y puesta la primera mesa para setenta personas.

El sábado hicieron á caballo las seis leguas que separan á Betanzos de *Villalva*, alojándose en este pueblo como pudieron.

El domingo llegaron á *Lugo*, siendo recibidos por el alcalde y las autoridades á media milla de la ciudad, que estaba engalanada con arcos y colgaduras. Y aunque el obispo don Juan García se habia apercebido á hospedar al almirante, no pareció á D. Blasco de Aragón que convenia.

El lunes cabalgaron ocho leguas, hasta un pueblo llamado *Terrá Castella*.

El martes, como la jornada hasta *Villafranca* era larga, se hubo de comer en el puerto de *Cebreiros*, donde el licenciado Bermudez ordenó que hiciesen enramadas, tan acomodadas y con tanto artificio que parecian regalados aposentos, y los criados de S. M. fueron tan diligentes, que cuando el almirante se apeaba, estaba la comida en la mesa.

El miércoles descansaron en *Villafranca*, y al dia siguiente, pasando por *Congosto*, llegaron á *Bembibre*, donde se hospedó el almirante en un castillo del conde de Alba de Liste, muy viejo y miserable. El pueblo era tambien tan pobre, que á duras penas pudo hallarse cabida para tan numerosa compañía.

La jornada del viernes fué hasta *Astorga*, ciudad murada y con muchas iglesias, entre ellas una catedral, dos conventos de monjas y dos de frailes. El recibimiento que dispensó la ciudad á los ingleses fué análogo al de *Lugo*: arcos de flores, colgaduras y música en las calles del tránsito.

El sábado visitó el almirante el castillo del marqués de *Astorga*, en el que tuvo ocasion de admirar la galería de pinturas, que contenia muchos cuadros grandes y buenos, y la biblioteca, rica en libros raros y curiosos. La noche fué á pasarla á *La Bañeza*, habiendo tropezado en el camino con unos gitanos, hombres y mujeres, que bailaron á la usanza morisca.

El domingo siguió á *Benavente*, alojándose en casa del conde de este título, y el lunes á *Villagarcía*, donde hay un buen

colegio con 600 alumnos, en que se enseña únicamente el latín.

Desde Villagarcía, y en virtud de órdenes recibidas de Valladolid, se dirigieron á *Simancas*, visitando al paso un priorato de la orden de San Benito.

El miércoles descansó el almirante en *Simancas*, habiendo sido visitado allí por D. Juan de Tarsis, primogénito del conde de Villamediana, y por D. Pedro de Zúñiga, á quien el Rey tenia nombrado por su embajador en Inglaterra.

El jueves 26 de Mayo hizo su entrada en Valladolid el almirante, saliendo á recibirle en hermosos caballos el condestable de Castilla con los grandes, títulos y caballeros que se hallaban en la corte, aunque para juntarse todos en casa del condestable, de donde salieron, se tardaron más tiempo que fuera razon, de manera que eran más de las cinco de la tarde cuando fueron, y hubo de esperar el almirante más de dos horas, en una huerta á un cuarto de legua. Esta tardanza fué causa de que se desluciera la entrada, pues dió lugar á que sobreviniera un nublado y descargara tanta agua, que se mojaron todos más de lo que quisieran en el camino, desde la Puerta del Campo hasta la casa del conde de Salinas, donde se habia aderezado al almirante un cuarto de siete piezas, colgadas con muy ricas tapicerías de S. M., y tres camas, que se habian hecho nuevas para este efecto, sin haber en todos los aposentos pintura ninguna profana ni á lo divino.

A pesar de la lluvia no quiso el almirante entrar en las carrozas que iban detras del acompañamiento, por no hacer mala obra á tanta gente como habia salido á verle, ántes bien quiso conocer á los que habian ido á recibirle, y habiéndole el condestable dicho sus nombres, habló á todos y conoció á algunos, en especial al duque de Pastrana, por nieto del príncipe Ruy Gomez de Silva, de quien fué amigo en Inglaterra, así como tambien del marqués de las Navas, abuelo de D. Enrique de Guzman.

Hé aquí en qué términos describe Cervantes el traje y persona del almirante: «Traia sombrero con plumas y cintillo de diamantes, herreruelo de grana. con pasamanos de oro, casaca y calzas anaranjadas y colete de ámbar. Es hombre

de gran cuerpo, bien proporcionado, cano, que mostraba ser de más de setenta años, rostro grave y que con él y su persona representaba autoridad y grandeza.»

Al siguiente día de su llegada visitaron al almirante el privado D. Francisco Gomez de Sandoval, duque de Lerma, el de Medina de Rioseco, almirante de Castilla por herencia, que apenas contaba diez años de edad, el marqués de Velada, mayordomo mayor de S. M., el conde de Arcos, que lo era de la Reina, y otros muchos señores y caballeros de la corte, con quienes habló en español.

El sábado 28, víspera de Pascua, fué el almirante recibido en audiencia pública por los Reyes, y aunque, como se ha dicho, sabia hablar castellano, hizo que el intérprete pronunciara el discurso con que acompañó la entrega de sus credenciales.

Entre esta audiencia y la de despedida trascurrieron veinte días, durante los cuales, además de la ceremonia del juramento de las paces, objeto principal de la embajada de lord Nottingham, que se verificó con toda solemnidad el día de Corpus (9 de Junio), presenció el almirante las siguientes fiestas: tres procesiones presididas por S. M., la del Corpus, una de frailes dominicos para dar principio al Capítulo general que habian juntado, y en la que iban 600 religiosos, y otra para la inauguracion de la iglesia de San Diego; el bautizo del príncipe, á quien pusieron por nombre Felipe, Dominico, Víctor, por el padre, por la pila de Santo Domingo en que le bautizaron y por el padrino, que lo fué el príncipe del Piamonte con la infanta, despues de haber oido el parecer de una junta de teólogos, presidida por el obispo de Valladolid, acerca de si podria ó no ser madrina la dicha infanta, que entónces no tenia cuatro años (1); la salida de la Reina á misa á Nuestra Señora de San Llorente, en una rica carroza de oro y brocado, con la infanta, vestidas ambas con sayas enteras de tela blanca, y el Rey tambien de blanco, á caballo,

(1) Ms. de la Biblioteca Nacional. H. 49. p. 268. Parecer de teólogos acerca de si puede ser madrina la señora infanta del príncipe nuestro señor.

acompañándolas al estribo, y detrás la condesa de Altamira como aya en una litera descubierta, con el príncipe en el regazo, y á su lado á caballo el duque de Lerma; una fiesta de toros y juego de cañas; un *alarde* ó revista de la caballería para entregar el baston de general al duque de Lerma; y por último, el que llamaba Góngora con razon *sarao de encantamento*, que puso digno remate á los festejos de la córte.

No ménos suntuosos que éstos, hasta entónces nunca vistos en España, fueron los banquetes que en honor del almirante dispusieron el condestable de Castilla y el duque de Lerma.

El miércoles, último dia de Mayo, llevó el condestable á su casa á comer al almirante, y no sólo á los señores y caballeros ingleses, pero á todos los otros que quisieron ir, y no fueron ménos de trescientos; y para hacer este convite más espléndido, se puso una mesa en una sala que tenia 63 pies de largo, colgada de tapicerías de Arras, de seda y oro, con la historia de San Pablo; y en un testero estaba un gran dosel de brocado con las armas de los Velascos, y en el otro un gran aparador de piezas de oro y plata, de diversas hechuras y maneras, entre las cuales habia grandes vasos, cántaros, ollas y once urnas doradas de vara y media, con asas, picos y pies de sierpe, en las que habia representadas diversas hazañas de la casa de Velasco, todo muy bien notado, con claros letreros. En otra pieza más adelante habia otra mesa con otro gran aparador de muchas piezas, y entre ellas un dios Baco sobre una pipa de vino, de altura de una vara, coronado de hojas de parra y uvas, con una taza en una mano y una bota en la otra, y un hombre que bebia del vino que salía de la pipa; y aquí estaba la vajilla que el Rey de Inglaterra dió al condestable y otro aparador de vidrios cristalinos y finos barros, que se llevó la gente sin poderlo defender. Más adelante habia otra sala de 68 piés de largo, colgada de tapicerías de Arras, de oro y seda, de boscajes con un dosel de brocado; y de esta sala se pasaba á una pieza donde estaba una gran cama de brocado azul con columnas de plata, y colgada de ella la tapicería de Adonis y Venus, de oro y seda.

En la primera mesa comieron la duquesa de Frias, conde-

sa de Monterrey, las marquesas del Carpio y de Alcañices y otras señoras, y con ellas el duque de Alcalá. En la segunda, que estaba adornada de diversidad de labores en las servilletas, como puentes, fuentes, castillos, lagartos y otros diversos animales, con varios principios de frutas y otras cosas y una gran nave de plata con sus velas tendidas, se sentaron 72 personas: fué el primero el almirante de Inglaterra, y á sus lados los duques de Alburquerque y de Sesa, y luego, el condestable, el marqués de Cuéllar, el embajador de Inglaterra y los demás caballeros ingleses. Comenzóse á servir la mesa con tanto orden y abundancia y delicadeza de manjares, asistiendo al servicio muchos y grandes caballeros, que con esto y la diversidad de músicas, no se puede decir sino que fué cosa admirable; porque se certifica que se sirvieron mil y doscientos platos de carne y pescado, sin los postres, y quedaron otros muchos sin servir. Hiciéronse brándis en pie á la salud de los Reyes de España y de Inglaterra, que corrieron con alegría por toda la mesa, y en ella se pasó con mucho amor, deleite y gusto. Hubo otra mesa donde comieron todos los caballeros parientes del condestable, que fueron muchos, y otra donde comieron los gentiles-hombres ingleses, que serian cincuenta, y otras donde se sentaron los de menor condicion, que serian más de ciento cincuenta; todas servidas con orden y abundancia de todas las cosas, sin prohibir á los que habian ido á mirar que tomasen lo que quisiesen, y los caballeros ingleses daban á las tápadas platos de conservas y confituras; y en suma, se mostró en todo liberalidad y se echó de ver cuánto conviene á los príncipes tener personas que en tales casos sepan con prudencia, destreza y ánimo generoso acudir á todo, como lo hizo Luis Saranz, mayordomo del condestable.

Una semana despues del convite del condestable tuvo lugar el del duque de Lerma, en la casa que ocupaba unida al real palacio. Hallábanse las salas colgadas, unas de tela de oro, otras de tapicería de brocado labradas á modo de grotesco y otras de ricos tapices y en ellas figuradas las hazañas de los Sandoval; y los aparadores, cuyas gradas llegaban hasta el techo, se veian cubiertos de infinidad de piezas,

de diversas hechuras, de plata blanca y sobredorada, de oro macizo y de cristal de roca, guarnecidas con fina pedrería, y vidrios de Venecia y Barcelona y barros finos de Portugal y frascos de plata y cantimploras con vinos y cerveza al uso de Inglaterra. El duque y el almirante se sentaron en la cabecera de la mesa, que era más ancha que lo demás de ella, y luego el embajador de Inglaterra y cada uno en su lugar; y no hubo más españoles que D. Pedro de Zúñiga y don Juan Pacheco, hermano del conde de Caracena. Comenzóse la comida con tantas y tan diversas viandas exquisitas y delicadas, que fué cosa maravillosa, no cesando jamás la música de diversos instrumentos y voces muy escogidas, en son tal que no ofendía, sino que deleitaba. A cada uno se ponía plato entero de cada cosa, que fué mucha grandeza, y los servían los caballeros de la cámara y muchos señores de título; el marqués de San German y D. Blasco de Aragon ponían las viandas en la mesa y levantaban los platos, y á los caballeros ingleses asistían otros muchos señores para hacerlos servir y dar de beber. Cuando se sentaron á comer, se lavaron el duque y el almirante en dos fuentes de oro macizo, y cuando acabaron, en dos de cristal guarnecidas de pedrería fina. Y terminada la comida, se representó por la compañía de Rios, en el patio, cubierto por un toldo, una comedia que presenciaron los Reyes desde una celosía.

En cuanto á los demás festejos que ántes hemos enumerado, no nos detendremos en describir ni las procesiones, ni el bautizo del príncipe, ni la revista de la caballería, de que puede formarse fácilmente idea por lo que en nuestros días pasa, especialmente en lo del bautizo, cuyo ceremonial, con ligeras alteraciones, es hoy el mismo de tiempo de Felipe III.

De la fiesta de toros y cañas dijo Góngora:

«La plaza, un jardin fresco; los tablados,
Un encañado de diversas flores;
Los toros, doce tigres matadores,
A lanza y á rejon despedazados;
La jineta, dos puestos coronados
De príncipes, de grandes, de señores;

Las libreas, bellísimos colores,
 Arcos del cielo, ó propios ó imitados;
 Los caballos; favonios andaluces,
 Gastándole al Perú oro en los frenos,
 Y los rayos del sol en los jaeces:
 Al trasponer de Febo ya las luces,
 En mejores adargas, aunque ménos,
 Pisuerga vió lo que Genil mil veces.»

Y nosotros sólo añadiremos que nuestro espectáculo nacional, la corrida de toros, en que tomaron parte los duques de Alba y de Pastrana, los marqueses de Javara y de Barcarrota, los condes de Salinas y de Coruña, y otros caballeros, causó tanta admiracion como gusto en los ingleses, cuyos *sports* en aquella época (1) no hubieran tampoco obtenido el visto-bueno de ninguna Sociedad protectora de los animales.

Por último, el sarao que puso término á las fiestas tuvo lugar en la gran sala llamada el *Salon*, que se construyó con este objeto en las casas del conde de Miranda, agregadas al palacio, y se colgó de las ricas tapicerías de la jornada de Túnez. Tenia 150 pies de largo y 50 de ancho, y el techo estaba pintado de excelente mano, con una traza muy disimulada para poder abrir en él algunos espacios y dar salida al humo de las luces.

Comenzó el sarao á las nueve de la noche con una mascarada en que además de los Reyes y de los principales señores de la córte tomó parte la infanta, que apenas contaba cuatro años, y salió en un carro, en forma de popa de galera, tirado por dos jacas muy pequeñas. Terminada la mascarada, principió el sarao, danzando los Reyes y todos conforme lo iba S. M. ordenando, unos *Turdion*, otros *Madama de Orliens*, otros *Pavanas* y *Gallardas*; y queriendo el Rey honrar á los caballeros ingleses, mandó que danzase el conde de Perth,

(1) Véase nuestro artículo sobre la "Jornada del condestable de Castilla á Inglaterra en 1604."

pariente del Rey de Inglaterra, mancebo de gentil talle y disposicion, quien fué á sacar á doña Catalina de la Cerda, y entrambos lo hicieron con tanta admiracion, que no se supo distinguir cuál lo habia hecho mejor, la dama ó el caballero; y luego mandó S. M. que danzase el *Milort Guillibi* (lord Willoughby), que sacó á doña Antonia de Toledo, y causó gran maravilla, porque danzó á la Gallarda, con saltos y cabriolas tan á compás y á tiempo, que tuvo el segundo lugar en la excelencia del danzar, correspondiendo el primero al Rey, de quien decia el embajador veneciano, Simon Contarini, que danzaba muy bien, y era la cosa que mejor hacia y de que más gustaba. Finalmente, pareciendo á S. M. que ya era tiempo, ordenó que los ministriles tocasen la *danza del Hacha*, que era el remate de los saraos y equivalia al *cotillon* de nuestros modernos bailes.

La danza consistia en lo siguiente: salia un caballero con un hacha encendida y sacaba á dos señoras, con las que bailaba, entregando el hacha á una de ellas y conduciendo á la otra á su sitio; la del hacha sacaba á su vez á dos caballeros, de los cuales el preferido recibia el hacha y el otro era conducido á su asiento; repitiéndose la figura y pasando el hacha de mano en mano. Empezó la danza el duque de Lerma y terminóla doña Catalina de la Cerda, dama de extraordinaria hermosura y gentileza, la cual sacó al Rey y al almirante de Inglaterra, que habia hecho con ella grandes demostraciones de galan, y en esta danza se mostró como tal, correspondiendo con lo que debia al respeto real, á su edad y á la obligacion de galan, dando á entender que tenia tantas partes de gentil caballero como de gran soldado, y la dama dió á S. M. el hacha y tomó de la mano al almirante y le llevó á su lugar, y el Rey acabó el sarao á las dos de la mañana, entregando el hacha á uno de sus pajes.

Al dia siguiente del sarao despidióse el almirante de los Reyes, recibiendo de éstos y de algunos de los señores de la córte numerosos y riquísimos regalos. El Rey le puso al dedo, en señal de alianza, un anillo con un diamante que valia, segun Treswell, 3.000 libras, y le envió una sarta de perlas y otras joyas que montaron más de 34.000 ducados; y la Reina,

á quien habia enviado la de Inglaterra por conducto del almirante una alhaja tasada en 12.000 ducados, que representaba un águila coronada, con las alas desplegadas y el toison pendiente de las garras, quiso tambien demostrar su estimacion á lord Nottingham, y le regaló una cadena de oro con diamantes para la condesa su mujer. El condestable, el duque de Lerma, el de Alba, el del Infantado, los condes de Lemos, don Pedro de Zúñiga y la condesa de Villamediana, presentaron al almirante buenos caballos españoles ricamente enjaezados, espadas de Toledo, cueros de ámbar, guantes adobados, pastillas y pebetes, miquillos y papagayos, y los condes de Lemos le tomaron de intercesor para que el Rey de Inglaterra confirmase el privilegio que tenia su casa, de dársele cada año cuatro azores y otros tantos lebreles de Irlanda.

El sábado 18 de Junio, á las cinco de la tarde, partió el almirante de Valladolid, tomando asiento en su coche el condestable, y acompañándole tambien otros muchos caballeros hasta más de una milla de la ciudad. Aquella noche durmió en *Dueñas* y el domingo llegó á *Frómista*, donde permaneció el lunes por aguardar á D. Blasco de Aragon.

El martes comió en *Osoño* y pasó la noche en *Hervera* en una hermosa casa del condestable, en que habia unas columnas con inscripciones, que indicaban ser monumento de tiempo de los romanos.

Al dia siguiente fué á dormir á *Aguilar de Campóo*, y al otro á *Reinosa*. El viernes comieron los viajeros en *Villa Concha* y durmieron en *Villa Civil*, siendo el peor camino y el peor pueblo de cuantos vieron en España.

El sábado 25 de Junio llegaron por fin á Santander, en cuyo puerto se hallaba surta la escuadra inglesa, y al que llegó aquella misma noche D. Pedro de Zúñiga, que habia de pasar á Inglaterra en compañía de lord Nottingham.

Obsequió éste á D. Blasco de Aragon y al aposentador mayor con un magnífico banquete á bordo de la capitana, y el jueves 30 se hizo á la mar, tomando puerto en Portsmouth el viernes 8 de Julio por la tarde.

En la mañana del siguiente dia desembarcó con el almirante D. Pedro de Zúñiga, que hartó lo deseaba por lo mu-

cho que habia sufrido del mareo, y fué recibido por el introductor de embajadores, sir Lewis Lewkenor, dirigiéndose desde allí por Alton y Guilford á Ringston, donde le aguardaba el conde de Villamediana, que le acompañó hasta Londres, mientras el almirante pasó á Windsor á dar cuenta á su Rey de esta embajada.

Para terminar la relacion de las fiestas que con ocasion de ella se celebraron en España, no queremos omitir la que tuvo lugar la noche de San Juan en la Ventosilla, magnífica casa de recreo del duque de Lerma. Cuenta Cabrera de Córdoba que aquella noche, en el campo, á la luna, debajo de cierta enramada, quisieron ver los Reyes, para holgarse, la fiesta de la máscara y sarao que se habia hecho en el salon de palacio, disfrazada á lo pícaro, vistiéndose los caballeros de mujeres, y representó la persona del Rey el conde de Gelves y Alcocerico el truhan la de la Reina; lo cual dió mucho gusto á los Reyes, porque juntamente un cochero representó la del cardenal de Toledo, y un criado de casa del duque de Lerma la de éste, y otro, que era un capon, llamado Sevillano, hombre dispuesto, la del almirante de Inglaterra, con lo que no parece estuvo muy bien representado quien, segun Cervantes, *«tenia tantas partes de gentil caballero como de buen soldado.»*

WENCESLAO RAMIREZ DE VILLA-URRUTIA.





ESTUDIOS POLÍTICOS Y SOCIALES SOBRE MARRUECOS (1).

EL EJÉRCITO.

VII.

Entre la artillería marroquí y la de Europa existe aún más distancia que entre su ejército regular y el de Inglaterra ó Prusia, y solamente para hacer más comprensible este escrito, emplearé las palabras brigada, batería, etc., que en el Mogreb tienen cuando más un parecido remoto á lo que aquí entendemos por ellas. ¿Y cómo ha de ser otra cosa, cuando para ser reputado por notable jefe de artillería en aquel país es suficiente conocer algunas nociones de matemáticas y saber cómo se carga un cañón?

La artillería ligera de Marruecos procede en su mayor parte de regalos hechos á los Emperadores por los Gobiernos europeos; divídese en dos brigadas, una agregada á la guar-

(1) Véase la pág. 68 de este tomo.

dia del Sultan, y que le acompaña á todas partes, y otra con destino á las operaciones militares que no dirige el jefe del Estado. Las piezas de que constan son tan variadas como sus procedencias: 40 cañones de montaña de 8 centímetros, lisos, resto de un regalo del Gobierno francés: otros 6 semejantes, de origen español; 4 de campaña del mismo calibre; 5 obuses de 12 centímetros, largos, y 2 morteros de 15. Este material de guerra se encuentra bastante abandonado, y es conducido sobre camellos ó arrastrado por mulas.

Mil hombres están destinados al servicio de esta artillería; pero nunca llega á la mitad el número que realmente le presta y aún sobran, atendiendo á que son tan pocas las piezas utilizables que con dificultad se podrian formar tres baterías en disposicion de salir airosamente en una campaña formal. El armamento individual de estos soldados consiste en sable ó machete y carabina corta, y su paga es igual á los de infantería, disfrutando además los que están en servicio activo una racion de pan ó harina; los jefes, incluso los que mandan fracciones de 25 hombres, son plazas montadas. Tiene esta fuerza para su instruccion, á un teniente y á un sargento de artillería del ejército francés, á los que remunera generosamente el Sultan.

En todas las ciudades guarnecidas de artillería existe un número variable de soldados, que forman un cuerpo especial, á cuyo cargo están el servicio y la conservacion de las piezas que defienden las murallas y el cuidado de los parques y almacenes de pólvora. En algunas plazas, como en Tánger, son relativamente numerosos, pero sólo prestan servicio activo una pequeña parte; los demás están en sus casas, ejerciendo cada uno su oficio, y sólo se hacen visibles como tales artilleros en ciertas solemnidades ó cuando en casos excepcionales el servicio del Emperador reclama su presencia.

La instruccion de esta tropa es nula; á primera vista lo revela el descuido y el desorden que reina en las baterías que tienen á su cuidado: los cañones están mezclados, sin que en su colocacion presida el mayor criterio; otros tirados en el suelo, abandonados y transformándose en óxido de hierro; cureñas de encina, groseramente trabajadas, sostenidas por

gigantescas ruedas de lo mismo, y la mayoría de las piezas desfogonadas, debido á que ceban á granel y dan fuego con mecha.

Con semejante artillería ya puede comprenderse cuánto tiempo podrian resistir los ataques de una escuadra sus fortificaciones del litoral, que corresponden dignamente al estado de sus cañones y á la instruccion de los jefes del ejército.

En la milicia marroquí se conceden los empleos tan caprichosamente como en su desquiciada administracion; el jefe principal del *ascar* que guarnecía á Tánger, habia ascendido á este puesto desde oficial de... una tahona, y el de la artillería de la plaza, persona excelente y bondadosa, tenia ménos conocimientos facultativos que un cabo segundo de la nuestra.

La artillería de plaza de Marruecos usa un uniforme parecido al del *ascar*, pero de color azul oscuro, y la tropa está armada con carabinas de piston.

Unos 600 cañones, algunas culebrinas y sobre 40 morteros, guarnecen las plazas marroquíes; entre esta artillería hay muchas piezas de bronce, en su mayor parte de procedencia española, habiendo cambiado más que poseian por otras de hierro, proporcionadas por Inglaterra.

El calibre de los cañones es de 20, 16, 15, 13, 12 y 10 centímetros, siendo la mayoría los de hierro de á 15 y el de los morteros de 32, 27, 23 y 16.

En 1878 contrató el Gobierno marroquí con una casa inglesa, por mediacion del ministro de la Gran Bretaña, la adquisicion de seis cañones modernos de 18 toneladas, á pagar á plazos; pero bien por no haberse hecho efectivo el último ó por otras causas para mí desconocidas, no han llegado á coronar las fortificaciones á que iban destinados.

Todas las piezas de artillería, y por regla general toda arma cuya fabricacion sea de alguna importancia, son de procedencia extranjera; en Marruecos no hay fábricas ni armeros capaces de construirlas; los talleres del país se dedican exclusivamente á producir los instrumentos de guerra que le son peculiares, como espingardas y gumías. En las primeras,

tienen fama los de Tetuan y el *Suss* y en las segundas los de Fez y Mequinez.

La fabricacion de la pólvora—que es género estancado—se hace por cuenta del Gobierno, es de muy mala calidad y tiene todo el aspecto del carbon molido. Su consumo es extraordinario; ántes faltará el pan que la pólvora en casa del marroquí; en todas las tribus, á despecho de las autoridades, se ejerce esta industria, explicándose de este modo la facilidad con que se sublevan las kábilas y hacen frente á las tropas imperiales. Como no hay nada malo que no lleve consigo alguna ventaja, la abundancia de pólvora tiene una no despreciable para el Emperador: en los *primeros momentos* de una campaña, encuentra municionado el numeroso contingente que en tal caso deben agregar las tribus al ejército que convencionalmente he dado el nombre de regular.

VIII.

Para proveer de oficiales á este ejército, tienen los marroquíes unos mozos ya talluditos que estudian la táctica en libros manuscritos, sin maestros ni direccion alguna. Segun nuestro compatriota Gatell, hay tambien un cuerpo de ingenieros ó cadetes estudiantes ingenieros—*mohendesia*—que se ocupan en aprender geometría; pero deben adelantar muy poco estos alumnos, cuando las obras para el emplazamiento de una batería en Tánger fueron dirigidas, como tuve ocasion de ver, por oficiales facultativos de la guarnicion de Gibraltar. Los trabajos de fortificacion se ejecutan por albañiles, más ó ménos entendidos, sin otra guía que el consejo del caid ó bajá y su buen instinto.

Para la asistencia de los enfermos y heridos no existe, como en Europa, cuerpo organizado; los pacientes confian en la voluntad de Dios ó son atendidos por sus familias. El Gobierno marroquí envió á los hospitales de Gibraltar cinco ó

seis jóvenes que al cabo de cierto tiempo se cansaron de no aprender nada y regresaron á su país; uno sólo tuvo la paciencia de estar tres años como practicante en aquellos establecimientos y hoy figura como cirujano de la guardia del Sultan; es un muchacho listo, del que con más interés se hubiera obtenido buen resultado.

En la córte del Emperador existe un personaje, subordinado al gran *Uzir*, que desempeña un cargo análogo al de intendente militar, general y ministro de la Guerra; entre él y el *amin* de la casa del Sultan encargado de la hacienda dirigen los asuntos que son aquí de la incumbencia del cuerpo administrativo del ejército. Las fracciones, cuerpos ó batallones son administrados por el jefe que reparte por sí mismo los haberes entre sus soldados despues de recibirlos directamente de los *amines* ó jefes económicos de las provincias bajo la inspeccion del respectivo bajá; ocioso es manifestar cuántos abusos trae consigo tan vicioso sistema. Cuando se reunen diversos cuerpos, por efecto de alguna operacion militar, acompañan al ejército varios empleados civiles, que hacen el reparto de las raciones á los diferentes grupos de fuerza que le componen.

El Sultan es el jefe superior del ejército, nombra y depone sin más criterio que su capricho á los jefes y oficiales, y en caso de guerra se pone á su frente y dirige todas las operaciones militares, ó comisiona para ello á una persona de toda su confianza, recayendo generalmente el mando en un individuo de su familia, que por sus condiciones especiales no le inspire recelos. ¡Tal es la desconfianza con que viven los Monarcas en esos países autoritarios y despóticos!

La fuerza militar de las provincias se encuentra á las inmediatas órdenes de sus bajás respectivos, los cuales tienen tanta ó más autoridad sobre sus tropas que nuestros capitanes generales sobre las que guarnecen sus distritos. En caso de guerra ó de sublevacion, el bajá se pone al frente del ejército regular y del *Majazen* ó contingente de las tribus, reserva numerosa y verdadera fuerza con que cuenta el imperio marroquí para sostener una agresion del extranjero.

IX.

Entre las cercas y vallados de pitas, cañas y zarzamoras que rodean los *aduares* del Mogreb, se levanta con frecuencia una nube de polvo, á través de la cual se ven brillar los acerados sables y los largos cañones de las espingardas. Aquella nube va avanzando por el camino, festoneado de hermosas florecillas silvestres, que conduce á la capital del baja-lato, y en medio de los frecuentes disparos de las armas de fuego, de los gritos humanos, de los ladridos de los perros y del confuso ruido que produce una muchedumbre de ginetes, se escucha el grave y meláncolico sonido de una música parecida á la de nuestros campesinos de Castilla.

Lentamente, pero sin detenerse, va marchando aquella confusa masa que muy pronto penetra en el territorio de otra tribu; á su vista recogen los pastores precipitadamente sus ganados y los conducen tras las cercas que protegen sus viviendas; ármanse los hombres de aquel *aduar* y se preparan como si hubieran de ser atacados por los que llegan; pero éstos no se detienen y siguen su camino mirando indiferentes aquellos alardes guerreros.

Rompen la marcha dulzainas y tambores, á los que sigue un ginete portador de una gran bandera, rematada en una esfera de reluciente metal; á su derredor se agrupan los infantes que van con la caravana, y tras ellos los ginetes en caballos y mulas, formando el todo un abigarrado conjunto de edades, armas, trajes y colores. Allí se ven mezclados el mozo de diez y seis años y el anciano de sesenta; la tradicional espingarda y alguna carabina de precision; la pistola turca y el trabuco de bronce; el mohoso fusil de chispa y la escopeta de caza; la lujosa gumía y la bayoneta atada al primitivo garrote con una cuerda de esparto; el sable de Toledo al lado de la hoz ó del cuchillo de hierro; el blanco jaique,

la humilde chilaba, el elegante *sulham*, las ricas vestiduras de los pocos, contrastando con los míseros trajes de los más; y una variedad de matices amarillos, blancos, verdes y rojos, que pasan ante la vista del observador produciendo el efecto de un kaleidoscopio gigantesco.

Toda esa muchedumbre es el contingente que aporta un *aduar* en caso de guerra, obedeciendo las órdenes del Emperador, trasmitidas por su respectivo bajá al jefe de la kábila. Cuando ésta forma parte de una provincia sumisa á las órdenes imperiales, y no es de las que abonan á razon de cinco ducados por hombre en cambio del tributo de sangre, debe estar siempre prevenida y tener dispuesto el cupo que la corresponde, que segun las circunstancias puede ser desde un hombre por cada diez *jaymas* ó chozas de las que forman el *aduar*, hasta el total de los útiles para tomar las armas.

En el primer caso, el contingente se compone de soldados á caballo, que constituyen la *majazenia* ó antigua caballería irregular; es la verdadera reserva de Marruecos. Los hombres afiliados en ella gozan de ciertas ventajas, como el usufructo de algunas tierras que les proporciona la tribu, y al salir á campaña una pequeña retribucion que se paga con el tributo satisfecho por las provincias que no han contribuido con soldados.

Si un ejército extranjero amenaza el territorio ó tribus respetables por su número y valor, desconocen con la armas en la mano la autoridad del Sultan, y le provocan al combate; se reunen todos los hombres capaces de guerrear y dejan abandonados sus hogares á las mujeres, á los niños y á los ancianos decrepitos. Esta tropa, sin orden ni concierto militar, mandada por el jefe de la tribu ó por el que con más fuerza de carácter se sobrepone á los demás, sin otro uniforme que su traje habitual y sin otras armas que las adquiridas por el individuo para la propia defensa, no sostendria en campo raso el embate de un ejército europeo, pero le molestaria seriamente, produciéndole numerosas bajas, en una ocupacion del país. Montados en su inmensa mayoría, hechos como sus caballos á toda clase de penalidades y fatigas, sóbrios, resistentes, conocedores del terreno, ignorantes y

fanáticos hasta el punto de morir sonriendo en una lucha con los cristianos, serian enemigos tanto más temibles, cuanto que pocas veces presentarian combate franco y leal. Y no debe perderse de vista que si hoy son arrollados por las tropas imperiales, es debido á los odios y discordias que mantienen entre sí las tribus vecinas; disensiones que terminarian—fuera del litoral—ante la vista de los europeos.

Grande es el número de caballos de que disponen las tribus marroquíes, y, según las opiniones más autorizadas, si pudieran ponerse de acuerdo todas las del imperio, llegarían á reunir 90.000 ginetes. Afortunadamente, las del otro lado del Atlas, las del *Suss* y muchas de las *riffeñas* no prestarían nunca este auxilio al Emperador, á quien odian cordialmente.

Los caballos marroquíes, aunque no tan sobresalientes como su fama pregona, son nobles, dóciles, de fuerte musculatura, resistentes, muy sóbrios y acostumbrados á la inclemencia de los elementos. Son por lo regular de mediana alzada, más bien bajos, de cabeza pequeña y finos remos; desde potros los educan para la carrera, haciéndoles seguir á su madres en los ejercicios á que se entregan sus señores; en las horas de descanso los trában de las manos con una cuerda de pelo de camello y los dejan á la intemperie ó en cuadras muy ventiladas; no les ponen cabezada ni ronzal, ni usan pesebreras, y comen en el suelo ó en una especie de saco que les cuelgan de la cabeza; sólo les dan un pienso de cebada al ponerse el sol y otro de paja ó hierba al amanecer, y no beben tampoco sino una vez cada veinticuatro horas, eligiendo para ello desde la una á las cuatro de la tarde.

Las sillas de montar son parecidas á las que usa la gente del campo de nuestras provincias meridionales; son incómodas, pero dan mucha seguridad al jinete; la armadura es de madera, ferrada de cuero, tienen alto el respaldo é inclinado hácia adelante el borren delantero; van cubiertas por una funda roja; y el pretal y la grupera, con adornos del mismo color. Llevan cortos los estribos, que son idénticos á los que aquí conocemos con el nombre de *vaqueros*, y con objeto de poder parar en firme al caballo ó hacerle volver atrás con

rapidez, usan un bocado-cabazon, cuyo hierro oprime tan bárbaramente la lengua del animal, que casi puede romperle la quijada; las espuelas no son ménos duras, son verdaderos acicates con puntas de algunas pulgadas de extension, que más de una vez clavan en los ijares del noble bruto, endurecido por tan áspero trato, pero cuya vida no es tan larga como lo seria en otras condiciones.

El arma de fuego que usan generalmente los moros del *Majazen* es la espingarda, fusil de cañon tan largo que parece una lanza; es de hierro batido y está sujeto á la caja por muchas abrazaderas de plata ó de laton; se dispara por medio del pedernal y para evitar las chispas que pudieran saltar casualmente, llevan un mecanismo que deteriora el rastrillo y fácilmente inutiliza el arma. Con ella, á corta distancia, hacen los moros muy buenos disparos; pero es poco segura, como lo comprobó una junta facultativa del cuerpo de artillería en 22 de Octubre de 1859. Las breves líneas en que el general Serrano participaba al entónces conde de Lucena el resultado de las pruebas practicadas al efecto, són tan expresivas como concluyentes.

No llevan la pólvora en cartuchos, sino en una bolsa de cuero, ó cuando más, en polvorines de cuerno; la cargan á puñados, derramando gran parte por tierra y perdiendo mucho tiempo.

En armas blancas tienen una variedad completa; se ven muchas espadas con hojas de Toledo y otras con inscripciones árabes y hasta bereberes. La *gumía* es un cuchillo de hoja larga, casi siempre encorvada hácia la punta, que es muy aguda y afilada; las llevan al costado derecho, pendientes de un cordon de seda de colores vivos.

X.

En un caso de guerra con otra potencia, Marruecos sólo podria presentar un cuerpo de ejército de unos 70.000 hombres, contanto entre ellos sobre 20.000 de tropas más ó ménos

regulares. El patriotismo improvisa héroes ó guerrilleros, pero es incapaz de crear en un día un ejército que, dadas las exigencias de los tiempos, sólo se obtiene despues de muchas preparaciones, con mucha constancia, grandes gastos, y sobre todo con una buena organizacion militar, cuyos resultados, por lo mismo que son seguros, no pueden ser inmediatos.

Tampoco es creible que hoy acudieran al llamamiento del Sultan *todas* las tribus: en la costa ya no causa espanto el nombre europeo; las kábilas del Riff ó por lo ménos una buena parte de ellas, han demostrado no hace mucho sus deseos de perder una nacionalidad que las oprime; las del *Suss* pasarían por todo conservando su independencia, y si vieran la posibilidad de comerciar con más libertad que ahora, y muchas otras sólo combatirían cuando el enemigo invadiese el territorio donde se asientan sus aduares.

Con estas bajas quedaria el ejército marroquí reducido á ese número que no ha sido realmente mucho mayor en otras épocas: la Guardia negra, durante su apogeo, á pesar de lo dicho en contrario, no pasó de 75.000 hombres; y anteriormente, en el primer tercio del siglo XVI, cuando los Xerifes Marabut lograron reunir más fuerza, contaban con 70.000 ginetes, que correspondian 20.000 á cada uno de los reinos de Fez, Marruecos y Tarudant, y 10.000 á las provincias de Draa y Tafilete (1). Estas fuerzas estaban tan mal organizadas, que respondian más bien á los intereses de las localidades que al del Imperio, como lo demostraron las continuas guerras civiles, hasta que Muley Ismael creó un verdadero ejército nacional ¡cosa rara! formado con extranjeros.

En 1833 componian el ejército marroquí 16.000 soldados, y en 1859 y principios del 60, á duras penas llegaron á poner los mogrebinos en el teatro de la guerra 60.000 hombres.

Hasta hace muy pocos años formaba parte del ejército marroquí un buen número de renegados, casi todos de nuestros presidios de África; prestaban sus útiles servicios en la

(1) Segun Diego de Torres, testigo presencial.

artillería de los Emperadores, y más de una vez lograron sacarles de un apuro y merecer su confianza. Hoy queda reducido el número de esa gente á unos 200 hombres, que habitan en su inmensa mayoría los alrededores de Fez y Mequinez; el actual Sultan los tiene más alejados de sus tropas que sus antecesores, y se dedican al cultivo de las huertas y á la venta, en pequeña escala, de algunos artículos comerciales, recorriendo con frecuencia los caminos del Mogreb, que conocen perfectamente. A nadie se le puede ocultar las ventajas que en determinado momento se podrian obtener de esta circunstancia.

*
* *

Terminada esta ligerísima reseña de las fuerzas militares de Marruecos, corresponderia decir algo sobre su marina; afortunadamente para el lector, á quien estaré molestando con mi desaliñado relato, en ningun buque de guerra se vé ondear el pabellon rojo del imperio marroquí.

XI.

Muchas obras extranjeras que se ocupan de Marruecos he tenido ocasion de examinar, sin que entre los nombres de los autores que citan, se mencione el de otro militar español que el del auditor general de ejército D. Serafin Estébanez, y en una muy moderna el de D. José María Murga, comandante que fué de caballería, de los cuales se han apropiado varios escritores hasta capítulos enteros.

¿Acaso los jefes y oficiales españoles son tan ineptos ó perezosos, que no se han preocupado de ese país, donde no há mucho derramaron su sangre y con el que quizás hayamos de saldar cuentas algun dia? Afortunadamente, no: cierto es que muchos trabajos de esos laboriosos oficiales figuran

inéditos en los archivos de guerra; pero no lo es menos que hay otros publicados, que sin estar cegado por la pasión, debo confesar superan en originalidad y en mérito á los producidos por los extraños.

Estos trabajos, como la mayor parte de los escritos en España, pasan desapercibidos al otro lado de la frontera, donde muchos ignorantes no tienen formada otra idea de nuestro país que la de un pueblo de rufianes, chulos, frailes y toreros.

He procurado en el presente estudio sobre el ejército de Marruecos no inspirarme en otros escritos que los debidos á las plumas de militares españoles, y si hubiera de consignar cuántas bellezas *originales* he encontrado en ellos, necesitaría un tomo de regulares dimensiones. Para que el lector forme una ligera idea, bastará citar algunos nombres y trabajos de los jefes y oficiales del ejército y armada española, que entre otros muchos han escrito informes oficiales de *interés general*, libros, folletos, memorias y artículos, sobre el imperio de Marruecos (1).

BEAUMONT (D. Pedro).—En las *Memorias sobre la plaza de Melilla*, formadas con acuerdo de una comisión de oficiales facultativos en 1869, se revelan grandes conocimientos del país, que honran mucho á cuantos en ella tomaron parte y al ilustre jefe que la presidía.

CLEONARD (brigadier conde de).—Escritor galano, erudito como pocos en materias de historia militar, publicó unos *Apuntes históricos sobre las expediciones de los españoles al Africa*, tan dignos de ser leídos como todo lo que salía de su elegante pluma.

(1) Razones que fácilmente se comprenderán, me impiden citar algunos nombres de jefes y oficiales de Estado Mayor y de Ingenieros. Los trabajos de estos brillantes oficiales, no deben tener el interés *público* que los de sus hermanos de armas. Al consignar la razón de omitir sus nombres, que figurarían dignamente al lado de los otros, cumplo con un deber de justicia, que me recuerda otro de gratitud, al ilustre ministro de la Guerra Sr. Martínez Campos, por las inmotivadas atenciones que le he debido, y al subsecretario del mismo centro, brigadier Sr. De Miguel, que con razón figura como uno de los más entendidos jefes de nuestro Estado Mayor general.

EL DEPÓSITO HIDROGRÁFICO.—Ha publicado numerosos planos y cartas del litoral de Marruecos que nada han de envidiar á los extraños.

ESTÉBANEZ CALDERON (D. Serafin).—Si este hombre tan sábio como modesto hubiera necesitado una reputacion, la tenia con su *Guía del oficial en Marruecos*. Este notabilísimo trabajo, en que de una manera fácil y comprensible se da á conocer al imperio marroquí en 1844, ha sido objeto de la más detenida crítica en el extranjero. La primera parte del trabajo del que fué auditor general del ejército, está dedicada al estudio de la geografía, usos, costumbres y estado del país en aquella época; en la segunda aparece una reseña histórica, terminando el libro con las voces y frases más necesarias para darse á entender en árabe, y un buen mapa del Mogreb.

FERNANDEZ DURO (D. Cesáreo).—Pocos serán los que no hayan oido el nombre de este ilustre marino, cuya erudicion y laboriosidad corresponden á su envidiable fama. Es uno de los más fervorosos propagandistas de los estudios y de las cosas de Marruecos. En las diferentes comisiones donde ha figurado, en la Sociedad Geográfica de Madrid, en todas partes ha sabido demostrarlo; ha escrito muchos artículos en revistas y periódicos; ha contribuido á popularizar el nombre y los hechos de Murga, publicando su biografía, y entre sus muchos trabajos son los más notables: *Exploracion de una parte del Noroeste de Africa*, *Noticias de la bahía y ciudad de Mogador* y *Apuntes para la bibliografía marroquí*.

GOMEZ DE ARTECHE (D. José) y COELLO (D. Francisco).—La reputacion y respeto que deben á los hombres civiles estos sábios jefes del ejército me escusa hacer su elogio. El primero, en su obra *Nieblas de la historia patria*, ha dado á conocer curiosos documentos inéditos del viaje de Badía, y ambos, en 1879, publicaron un interesantísimo libro, ilustrado con mapas, en que describen militarmente el imperio de Marruecos.

HALCON (D. Rafael) y GONZALEZ ESTEFANI (D. Manuel).—En pocas páginas, y con esa falta de pretension que es compañera inseparable del verdadero mérito, han dado estos

oficiales de artillería la más acabada reseña que he leído del ejército marroquí. Dedúcese de su escrito que habian hecho un estudio muy detenido del Mogreb cuando le visitaron, y esta circunstancia, unida al regalo de una batería de campaña que llevaron al Sultán en nombre del Gobierno español, y á sus excepcionales prendas de carácter, debieron facilitarles mucho el conocimiento del país; sólo así se comprende la exactitud de sus apreciaciones.

D. JORGE JUAN.—El extracto del viaje que hizo á Marruecos este ilustre marino en 1767 se ha publicado en 1864, precediendo á la relacion del que verificó el Sr. Merry en el año anterior.

LANDA (D. Nicasio).—Jefe de Sanidad militar, publicista aún más conocido en los congresos científicos extranjeros que en su pátria. Su libro, *Memorias de un médico militar*, está lleno de discretas observaciones sobre el imperio del Mogreb, en el que hizo la campaña de 1859.

MENDOZA DA FRANCA (D. Jerónimo).—Capitan de caballos y de las galeras del Rey de España. En el minucioso *Informe sobre las cosas de Berbería en 1648*, que por orden real dió á Felipe IV, demuestra un alto sentido político, gran conocimiento del asunto, y una série de apreciaciones y proyectos que hoy mismo tendrian ventajosa aplicacion para los intereses de España; el mucho tiempo que residió en Marruecos y los grandes servicios prestados allí por sus antecesores, le dan gran autoridad como historiador de una época.

MURGA (D. José María de).—Comandante que fué de caballería; ya he dicho anteriormente la empresa que realizó en sus viajes por el interior del Mogreb este atrevido viajero. Su libro, *Recuerdos marroquíes*, es de los mejor escritos sobre aquel país, y si no supera al de Amicis literariamente, le aventaja en originalidad y más conocimiento del imperio.

POBLACION (D. Antonio).—Digno compañero del Sr. Landa. Su *Historia médica de la guerra de Africa* fué premiada por el Instituto médico valenciano. Debe leerla el que desee conocer las condiciones climatológicas del Norte del Mogreb.

SANCHEZ VALENZUELA (D. Joaquin).—Escribió en Melilla el año 1871 una *Historia de los presidios menores de África*; es

sensible no se haya dado á la prensa esta obra, que divide su erudito autor en 14 capítulos, en los que describe geográficamente la costa de Berbería, donde están enclavadas esas posesiones, y la historia y vicisitudes del Peñon, Alhucemas y Melilla, dando una idea general de la religion, origen y costumbres de los árabes y moros, que demuestra conocer á fondo.

SANTONJA (D. Antonio).—Capitan de infantería. Acaba de dar á luz unos *Apuntes sobre las plazas españolas de la costa de Africa*. Es un trabajo que revela mucho mérito y no escasos conocimientos históricos, estadísticos y geográficos.

TOFIÑO (D. Vicente).—Brigadier de la real armada. Publicó el derrotero de las costas de Africa en 1787.

TOPETE (D. Ramon).—En plena guerra visitó este bravo marino la bahía y la plaza de Tánger; de las que remitió un luminoso informe al capitan general del departamento de Cádiz.

TORRE Y VILLAR (D. Luis) y ALAMEDA Y LIANCOURT (don Fernando).—El primero jefe de Estado Mayor y el segundo de Ingenieros, practicaron por tierra lo que el anterior por mar; estos servicios, para los que se requiere tanto valor como inteligencia, se llevaron á cabo con una precisión matemática; yo, que durante muchos dias he pisado las fortificaciones de Tánger, y en fuerza de verlas las conozco medianamente, me he maravillado de la sagacidad que revelan las Memorias de estos oficiales.

VALDÉS (el brigadier D. Salvador).—Es autor de un folleto de 64 páginas, titulado *Apuntes sobre el imperio de Marruecos*; con mucha discrecion, y en breve espacio, describe ese país, que demuestra conocer concienzudamente.

WEYLER (D. Fernando).—Una de las glorias del cuerpo de Sanidad Militar, del que fué uno de los jefes en la guerra de 1859; sus *Apuntes topográficos* sobre Marruecos son tan notables y están redactados tan cuidadosamente como todos sus escritos.

En *El Correo Militar* y en *La Correspondencia Militar*, dignos representantes en la prensa de las aspiraciones del ejército y la armada, aparecen frecuentemente notables artículos

sobre Marruecos, y en éstos como en todos los trabajos citados, se revela, más ó ménos veladamente, igual pensamiento; podrán existir pequeñas divergencias de detalle, pero la idea, en el fondo, es la misma que con raras excepciones y desde muy lejanos tiempos se alberga en el corazón de todos los españoles, que quizás por espíritu de conservación tienen sus esperanzas de engrandecimiento en ese rincón africano á que los romanos dieron el nombre de España Transfretana.

XII.

Cuando el corazón habla y domina á la cabeza; cuando nos dejamos arrebatarse por el espíritu aventurero y batallador que heredamos de nuestros padres; cuando el entusiasmo nubla los fríos cálculos de la razón y sólo recordamos las locas empresas que realizaron nuestros abuelos bajo la égida de la fortuna protectora de la audacia, un solo grito sale de nuestros pechos, grito entusiasta, eco fiel de nuestras aspiraciones, de nuestros más ardientes deseos.....

Aprovechando un momento de crisis en que las naciones europeas no pudieran impedirlo, ó contando con el beneplácito de alguna de primer orden, lanzáramos nuestras fuerzas sobre Marruecos, cuyo ejército difícilmente nos resistiría. Ciertamente; pero... ¿y después? ¿Acaso la realización de un ideal se consigue sin otro trabajo ni otro esfuerzo que el deseo? ¿Es suficiente querer ser grandes para serlo? ¿Dónde están las relaciones que en tiempo oportuno debíamos crear con algunos naturales del país? ¿Dónde nuestra influencia y nuestro respeto, hoy más perdidos allí que nunca? ¿Dónde lo más indispensable para que nuestra intervención sea duradera, y no tuviéramos que retroceder después de gloriosas é infructíferas victorias, como las del 59? ¿Dónde los estudios y labores que deben preceder á un acto de ese género? Es ne-

cesario confesarlo con vergüenza; en asunto tan vital para España, está todo por hacer.

Y es que, á pesar de nuestro acendrado amor á lo que llamamos ideales de nuestro futuro engrandecimiento, nos preocupamos más de las cuestiones de interés personal; que la crisálida encerrada en el capullo no extenderá sus brillantes alas si no está en condiciones para ello; que no hay Ministerio que pueda estudiar con la calma y el detenimiento que exigen la resolución de tan difíciles problemas; que sin fé, desinterés y constancia, los grandes ideales sólo pueden obtener un resultado completamente platónico.

A nadie hemos de culpar particularmente por esta falta; desde 1860 hasta el día, muchos partidos han turnado en el poder, la misma forma de gobierno ha sufrido radicales variaciones, y en todo este tiempo los gobernantes han oído las más enérgicas protestas de los caídos por el abandono con que miraban esta cuestión, que á su vez olvidaban sus adversarios al conseguir el triunfo de sus ideas, y nunca podremos decir mejor con el poeta:

«Todos en él pusisteis vuestras manos.»

FELIPE OVILO CANALES.

(Continuará.)





ESTUDIOS ECONÓMICOS ⁽¹⁾

VI.

CALIFICACION DE LA ECONOMÍA.



ASTA aquí hemos calificado á la Economía de ciencia, para conformarnos con el lenguaje de los maestros; pero esta calificación no está universalmente admitida por el vulgo, y hay todavía gentes que se preguntan si la Economía tiene verdaderamente un carácter científico.

La impertinencia de semejante cuestión resalta, á nuestro modo de ver, de todo cuanto hemos expuesto en los artículos precedentes, y podríamos oponer un desdeñoso silencio á los que la suscitan, ó limitarnos á enviarlos á la Escuela, como tan justamente lo hace J. Garnier (2); pero como entónces no dejarían de traducir nuestra conducta por impotencia, vamos á darles una respuesta que esperamos será concluyente.

Para ello empezaremos por decir lo que es una ciencia,

(1) Véase la pág. 54 del tomo XXX.

(2) *Traité d'Économie politique.*

puesto que nuestros contradictores parecen desconocerlo ó ignorarlo.

Se dá el nombre de *ciencia* á un conjunto sistemático de conocimientos sobre un objeto cualquiera.

La ciencia entera es el sistema completo de los conocimientos humanos.

Por *sistema* se entiende un todo, cuyas partes no sólo están justapuestas, sino orgánicamente ligadas entre sí y cada una de ellas con el todo.

Un *conocimiento* es un juicio completo y definitivamente formado en nuestra inteligencia. Cuando este juicio es rudimentario, primitivo, todavía oscuro ó confuso, se denomina *noción*.

Juzgar quiere decir, percibir y afirmar una relacion entre dos cosas llamadas *ideas* ó términos del juicio.

En todo conocimiento se distingue un *sugeto*, que es el *yo* ó la persona que conoce, y un *objeto*, que es la cosa conocida.

Si el conocimiento se refiere á ciertos hechos particulares, llamados tambien *fenómenos*, observados como constantes é inmutables, se le dá el nombre de *ley*. Las leyes científicas son espresiones generales ó generalizaciones de los hechos particulares.

Si el conocimiento consiste en la afirmacion de la causa que produce estos mismos hechos, se le llama *principio* ó conocimiento primero. Los principios científicos espresan la naturaleza ó la esencia de los fenómenos conocidos por la observacion.

Pero tanto las leyes como los principios deben ser *verdaderos* y *ciertos*: de otro modo no serian ni principios ni leyes, no serian conocimientos científicos.

Se dice que un conocimiento es *verdadero* cuando hay conformidad entre el yo y el objeto, ó sea cuando el objeto conocido es realmente tal como el sugeto le conoce.

Se dice que un conocimiento es *cierto* cuando se tiene la conciencia de su verdad, ó bien cuando esta verdad ha sido ó puede ser demostrada.

La *demostracion* consiste en referir una verdad á otra anterior y superior, en la cual está contenida.

Segun esto, el principio de la ciencia entera es indemostrable; porque no está contenido en ningun otro, siendo él mismo la verdad primera, anterior y superior á todas las verdades conocidas; y, en efecto, hay que admitir esta verdad como un axioma, es decir, como evidente *per se*, ó renunciar á todo conocimiento científico. Toda la ciencia humana descansa en una de esas verdades, en la existencia de Dios, ó del Sér uno, infinito y absoluto, que no ha sido hasta aquí demostrada *á priori*, aunque se ha intentado hacerlo algunas veces, ni lo será nunca.

Por la misma razon, el principio de cada ciencia particular no puede demostrarse por ella misma; pero se encuentra su demostracion en otra ciencia anterior y superior, de donde procede.

De todos modos, la *verdad* y la *certeza* de los conocimientos son las dos condiciones de la ciencia, relativas al fondo.

Con relacion á la forma, la ciencia debe tambien tener *unidad, variedad y armonía*.

La *unidad* consiste en la posesion de un principio ó verdad primera, que sirve de base á la construccion científica.

La *variedad* supone un contenido múltiple, diversas partes que pueden reunirse en un todo sistemático.

Finalmente, la *armonía* expresa la unidad en la variedad, unir sin confundir y distinguir sin separar, lo cual implica la posibilidad de la demostracion.

Veamos si todas estas condiciones convienen á la Economía.

Es de una observacion constante que cada hombre ama su propio bien, ó lo que cree serlo, de tal modo, que siente por él un deseo vehemente, que se llama *interés personal*. Este deseo es á veces tan imperioso, que se convierte en una *necesidad* y exige que se le satisfaga inmediatamente.

La satisfaccion de sus necesidades personales ó individuales es, pues, uno de los fines del hombre: ¿Cómo alcanzarle? Se requiere para esto:

1.º Algunos medios, algunas cosas que puedan servir para nuestro bien, y que en razon de esta cualidad se llaman *bienes, utilidades* ú objetos útiles (*tierras, agentes naturales*). Estas cosas existen en la Naturaleza: el mundo físico encierra un nú-

mero indefinido de seres ó criaturas propias para satisfacer nuestras necesidades.

Pero estas criaturas son inertes ó pasivas, al ménos con relacion á nosotros mismos; permanecen completamente impasibles ante el hombre, y á éste le toca apoderarse de ellas, apropiárselas ó aplicarlas á la realizacion de su fin ó su bien. ¿Puede hacerlo? Sin duda, puesto que tiene la facultad de obrar, siendo, como es, una actividad racional, sensible, libre y responsable de sus actos. Mas para esto se requiere tambien:

2.º Que obre efectivamente, que ejerza su actividad, que haga esfuerzos, en una palabra, que *trabaje*. Trabajando con inteligencia, modifica las cosas de la Naturaleza, trasforma su utilidad primitiva, simple capacidad de satisfacer las necesidades humanas, en *valor* ó virtud real y efectiva para el mismo fin, y de bienes naturales que eran las convierte en *riquezas*; es decir, *produce*. Despues de lo cual, sólo le resta aprovechar sus obras ó sus productos, hacerlas servir para sus satisfacciones, emplearlas en realizar su bien, en una palabra, *consumirlas*.

Sin embargo, estando los hombres destinados naturalmente á vivir en sociedad, cada cual trabaja con el concurso de sus semejantes (*cooperacion, asociacion*), y esto le permite dedicarse á la tarea para la cual tiene más vocacion, más aptitudes ó más medios (*division del trabajo*). Los productos así obtenidos se reparten entre todos los que han contribuido á producirlos (*distribucion de la riqueza*), y como la produccion parcial es insuficiente para proveer á las necesidades totales del individuo, cada productor ó cada grupo de productores trueca sus productos con los de otros productores ó grupos (*cambio*), ofreciendo los primeros y demandando los segundos (*oferta y demanda*), y de este modo participa cada cual de los productos de todos y puede realizar ámpliamente su bien individual.

Hé aquí en resúmen toda la Economía.

¿No hay en ella un conjunto de conocimientos sobre un objeto dado, sobre los bienes que el hombre adquiere por medio de su trabajo, es decir, sobre la riqueza? Y estos conocimientos, ¿no son verdaderos, no están de acuerdo con la realidad ó con los hechos que pasan á la vista de todo el mundo? Fi-

nalmente, ¿no tienen bastante certeza para que cada cual reconozca semejante verdad en su conciencia?

Esto en cuanto al fondo de la doctrina económica.

En cuanto á la forma, muéstrémos otra materia de estudio, que comprenda verdades más variadas, más armónicas, más sistematizadas ó subordinadas á un principio, á una gran verdad primera que las contiene todas, que todas las explica y las demuestra hasta la evidencia.

Produccion, distribucion, cambio, consumo de la riqueza: hé aquí otros tantos hechos particulares ó fenómenos, que dan lugar á una gran variedad de conocimientos perfectamente verdaderos, perfectamente ciertos, no sólo para los economistas, sino para el resto de los hombres. Todo es aquí diverso, y todo está, sin embargo, unificado, porque todo se explica y se demuestra por el amor del bien propio, por el interés personal, cuyo aguijon nos hace buscar este bien ó pone en movimiento nuestra actividad para adquirir la riqueza, que nos le proporciona. Así, ¡qué armonía entre los conocimientos económicos! No se puede producir sin consumir y viceversa; no se puede consumir ni producir sin distribuir y cambiar; no se concibe ninguno de estos fenómenos sin la existencia de los demás.

Está visto: conocimientos verdaderos y ciertos sobre un objeto; unidad, variedad y armonía de estos conocimientos: todos los caracteres, todas las condiciones científicas se reúnen en la Economía. ¿Qué más se necesita para que merezca la calificación de ciencia?

«Tres términos, dice por su parte Dameth (1), se necesitan para la formación de una ciencia. Primeramente cierto género de seres ó de fenómenos, que no pueda confundirse con ningún otro, lo cual no significa que estos seres sean de una naturaleza especial ó sólo suministren materia para una clase de estudios. Un mismo sér, el hombre sobre todo, mirado bajo diversos aspectos, puede constituir y constituye realmente el objeto de varias ciencias distintas, tanto físicas como mora-

(1) Introduction á l'étude de l'Économie politique, Sesion 2.^a, § I.

les. Además, todas las ciencias se enlazan unas con otras en la unidad de la Naturaleza y en la del espíritu humano. Pero la distinción de cada orden ó de cada aspecto es bastante notable para que éste pueda ser estudiado en sí mismo y conocido en lo que tiene de propio, sin necesidad para ello de estudiar los demás órdenes.

»Sin embargo, esto no basta para que haya ciencia; esto es solamente su razón de ser y su dominio. Quien dice ciencia dice construcción del espíritu humano. No hay en el Universo más que seres y fenómenos. Sin duda todo está establecido con arreglo á un plan combinado por el Supremo arquitecto; pero como no nos es dado poseer *á priori* el conocimiento de este plan, no podemos hacer más que tratar de descubrir, por el estudio de los seres y de los fenómenos, las relaciones de estos entre sí, y damos á estas relaciones una especie de existencia *ideal*. En esto consiste la creación de la ciencia.

»Cuando los fenómenos están bien determinados, con arreglo á su esencia propia y á las relaciones que tienen entre sí, se llega á conocer lo que hay de constante ó de general en estas relaciones; en otros términos, se formulan las leyes de la ciencia, que no son sino la afirmación de esos caracteres de constancia y generalidad, de que aparecen revestidas las relaciones de los fenómenos.

»Por lo dicho puede verse cuánto difieren las leyes de la ciencia de las que contienen nuestros códigos. En las leyes científicas, lejos de ser el hombre quien manda, quien impone su voluntad, es, por el contrario, quien se somete, porque no se puede tener dominio sobre la Naturaleza sino obediéndola: *Naturæ nisi parendo non imperatur*.

»Por último, para coronar el edificio es preciso llegar á descubrir ese gran hecho generador y soberano, entrevisto ya desde el origen de las investigaciones, que dá á la ciencia su sello de unidad y de cohesión, y comunica á cada una de sus leyes parciales un grado superior de confirmación y un valor armónico. Tal es, por ejemplo, el gran hecho de la gravitación en astronomía, el de la afinidad molecular en química, etc.

»Cuando una ciencia se encuentra en posesión de los tres

términos que acabo de indicar, se dice que está constituida, fijada, pero no acabada. Cualquiera que sea la riqueza de las adquisiciones ya hechas por ella, le resta todavía algo que adquirir. Tiene que descubrir nuevas leyes, que completar y rectificar los descubrimientos anteriores, que modificar las clasificaciones admitidas, etc., etc. Una ciencia está, pues, siempre imperfecta, y por lo mismo es siempre progresiva.

»Apliquemos ahora estos principios á la Economía política. La Economía política ¿posee un campo de estudios determinado, especial, que no se confunde con el de ninguna otra ciencia? Lo hemos demostrado anteriormente. Sabemos ya que existe, por decirlo así, una sociedad de productores y consumidores, distinta de la sociedad política, de la sociedad religiosa, de la sociedad moral, aunque compuesta de los mismos séres, los hombres, y confinando con ellas por mil puntos. Es, pues, la esfera de los fenómenos relativos á la producción y al consumo la que constituye el dominio de la Economía política. ¿Qué otra ciencia podría reivindicar para sí este dominio? ¿Qué otra se ocupa en él explícitamente? La Economía política posee, pues, la primera condición, la razón de ser fundamental de toda ciencia.

»¿Pero ha descubierto, por la observación directa de los fenómenos que le son propios, las leyes de estos fenómenos? Sí, la Economía política ha descubierto, no todas las leyes, sino varias de las leyes esenciales que rigen el mundo de los intereses. Hay en la Economía política dos clases de leyes: las que conciernen al orden moral y las que respectan al orden material, ó más bien al orden industrial en su mecanismo externo.

»Como leyes del orden moral, la Economía política proclama la libertad del trabajo, la mutualidad de los servicios, la individualidad y la solidaridad, la armonía de los intereses, la concordancia de lo útil con lo justo, etc. En cuanto á las leyes de dinámica industrial, descansan ante todo en el gran hecho de la sociabilidad, que reviste, en el orden especial de que se trata, una fisonomía tan expresiva como característica. La sociabilidad presenta, en efecto, aquí un modo de ser propio, un verdadero mecanismo, cuyo motor es el trabajo humano. Muéstranle en acción, en el seno mismo de las sociedades más ru-

dimentarias, la division de las tareas y el cambio de los servicios. Todo el desarrollo de las empresas colectivas ó individuales por la Agricultura, la Industria y el Comercio; las relaciones, ya como asociaciones, ya como transacciones de los intereses entre sí; las funciones referentes al Estado en el juego del organismo; la creacion y el empleo de los instrumentos, capital, utensilios, procedimientos técnicos, moneda, crédito, medios de comunicacion, etc., no son más que ruedas cada vez más complicadas del aparato primordial.

»Tal es en pocas palabras el fondo natural y autónomo de la sociabilidad económica. De él pueden deducirse sin dificultad los principios que deben, no ménos naturalmente, presidir al curso de las cosas. Estos principios son: la fórmula *dejad hacer, dejad pasar*, como ritmo normal del movimiento; la ley de *la oferta y la demanda*; la teoría de las salidas, que se resume en dos axiomas, á saber: *los productos se cambian por productos y la division del trabajo tiene por límites la extension del mercado*; el regulador distributivo en virtud del cual, á medida que el capital se aumenta, bajo el imperio de la libre concurrencia, la parte de los capitalistas crece en *absoluto* y disminuye *relativamente*, al paso que la parte del trabajo se hace mayor en uno y otro sentido.

»Con esto basta para comprender que la Economía política se encuentra ya en estado de corresponder á las necesidades de coordinacion y de direccion de los intereses, mejor que ningun otro género de estudios ó ningun modo empírico de organizacion.

»En fin, la Economía política, ¿ha descubierto ese gran hecho generador que desempeña un papel tan decisivo en la constitucion de una ciencia? Sí; y es la nocion del valor, por lo cual muchos economistas han propuesto definir la Economía como la *ciencia del valor*.

»La Economía política posee, pues, todos los elementos integrantes de una ciencia. Y en vano se objetaria, para negarle este título, que hay entre sus representantes numerosos puntos de desacuerdo. Todas las ciencias, áun las más adelantadas, presentan un espectáculo semejante, y más adelante demostraremos que no puede ser de otro modo; pero lo que hemos

dicho de las leyes descubiertas y admitidas por todos los economistas, basta para apreciar en lo que vale esta objecion.»

Sí; no sólo la Economía es una ciencia, sino que es una de las más adelantadas entre todas las ciencias particulares, y sobre todo, entre las que tienen con ella alguna afinidad.

Se puede dividir, dice Mr. Delboeuf (1), el curso de las ciencias en cinco momentos ó períodos. Algunas los han recorrido todos; otras no han pasado todavía del primero.

1.º *Período de observacion.*—Se coleccionan hechos y se los clasifica. (Botánica, Zoología, y en general las ciencias biológicas.)

2.º *Período de generalizacion.*—Se descubren leyes, se aventuran hipótesis, tan pronto desechadas como enunciadas. (Geología, Química, etc.)

3.º *Período de simbolizacion.*—La ciencia de observacion tiene su coronamiento; se formula una hipótesis suprema, de donde pueden sacarse consecuencias por la vía deductiva. (Física, Teoría mecánica del calor, Magnetismo, etc.)

4.º *Período de comprobacion.*—Se comprueba la hipótesis, procurando realizar las consecuencias que de ella se han sacado. A medida que la experiencia confirma su verdad, esta hipótesis adquiere mayor grado de evidencia, y la fé en su exactitud crece de dia en dia. (Mecánica celeste, Acústica, Óptica matemática, etc.)

5.º *Período de consagracion.*—La confianza es ya inquebrantable; se tiene tal fé en la infalibilidad de los principios y de los métodos, que ya nadie se toma la pena de comprobar sus consecuencias. (Mecánica, Geometría, Álgebra, Aritmética.) Cuando la ciencia ha llegado á este punto, algunos pensadores se imaginan que sacan ciertas verdades de su cerebro, y que la experiencia les es inútil. Otros intentan entónces construir el mundo real por la sola fuerza de la inteligencia, etc., etcétera.

Tal es, segun Mr. Delboeuf, el curso histórico de las ciencias. Sin duda que este sábio no tiene en cuenta, en él, más que las

(1) *Algorithmie de la Logique.*—Revue philosophique, t. II.

ciencias puramente de observacion ó experimentales, y que la Economía no es de este género, puesto que saca sus conocimientos, como veremos más adelante, tanto de la razon como de la experiencia; mas por lo mismo puede muy bien aplicársela el curso de que se trata, y preguntarse en cuál de los períodos de desarrollo que en él se distinguen se encuentra actualmente.

Ahora bien; creemos poder afirmar resueltamente que la ciencia económica está por lo ménos en el período de comprobacion científica. Ella, en efecto, comprueba desde hace algunos años, no su hipótesis suprema, segun la expresion de Mr. Delboeuf, porque no descansa en hipótesis como las ciencias naturales, sino su principio fundamental, la actividad libre é interesada, y la experiencia confirma todos los dias su verdad; hasta el punto de haber adquirido un grado de evidencia cada vez mayor. Así, de la misma manera que la mecánica celeste ha descubierto por el cálculo la existencia de planetas que la observacion ha venido más tarde á confirmar, la Economía ha llegado por el razonamiento á establecer reglas y máximas de conducta, cuya exactitud han venido á demostrar los hechos.

«Todos los que han seguido las publicaciones de los economistas franceses de doce años á esta parte, decia A. Clement en 1853 (1), y todos los que quieran tomarse la molestia de recorrer estas publicaciones, han podido ó podrán convenirse de que el completo aborto de las tentativas hechas en 1848 por el socialismo para realizar sus planes de organizacion del trabajo, sus sistemas de asociacion, de crédito, de nivelacion de fortunas, etc., habia sido muchas veces y en los términos más positivos anunciado de antemano. Por otra parte, la Inglaterra ha modificado profundamente hace poco tiempo su legislacion económica, en el sentido expresamente indicado por los principios de la ciencia. Era una prueba de las más solemnes, y cuyos resultados se esperaban con ansiedad por todo el mundo, pero con gran confianza por los economistas,

(1) Dictionnaire de l'Économie politique.—Introduccion.

y sabido es que esta confianza ha sido justificada en todas sus partes de la manera más brillante y que el éxito ha sido todavía mayor de lo que se presumía.»

No se puede, pues, razonablemente, como lo hace notar el mismo escritor, poner en duda el alto grado de adelanto de una ciencia, que en la esfera de los fenómenos que abraza, prueba que está en disposición de anunciar de antemano las consecuencias ulteriores de los hechos que se producen.

Sin embargo, y aún admitiendo que haya en el orden industrial ó en las manifestaciones de la actividad interesada un objeto de conocimiento ó una materia de estudio, la Economía, que hace suya esta materia, ¿no sería, más bien que una ciencia distinta, una parte de la Moral?

Tal es la tesis que ha sostenido Rondelet en estos últimos tiempos, y que parece han abrazado algunos, si no todos, los socialistas de la cátedra.

Segun el primero (1), la Moral y la Economía política, consideradas en su aspecto más elevado, no pueden existir separadamente, y los hechos han probado que la pretension de la Economía de actuar fuera de la Moral concluye fatalmente por la negacion de aquélla.

Pero este es un error manifiesto. Las leyes económicas, dice Mr. Block (2), se fundan necesariamente en hechos económicos. Una de estas leyes nos enseña que cuando una mercancía escasea se encarece. Esto supuesto, ¿cuál es el oficio de la Moral? Aconsejar al vendedor que no abuse de sus ventajas; ¿pero puede ordenar que la mercancía esté barata?

No, la Economía y la Moral son dos ciencias perfectamente distintas; cada una de ellas tiene su campo de observacion propio; la una busca la riqueza, la otra la virtud. Que se ayuden en la aplicacion de sus principios respectivos, que la Moral confirme los principios de la Economía, lo mismo que la Economía sirve de contraprueba á las nociones de la Moral, no autoriza á confundirlas y considerarlas como una sola

(1) De l'espíritualisme en Économie politique.—Introduccion.

(2) Journal des economistes, Enero de 1873.

ciencia. La Física y la Química estudian también los mismos objetos; ambas examinan las propiedades de la materia, y sin embargo, á nadie se le ha ocurrido decir que no puedan vivir separadamente.

«De que la Moral y el Derecho, dice el Sr. Alvarez Builla (1), sean círculos totales que se refieren á la actividad humana en sus múltiples manifestaciones, la primera atendiendo siempre al bien uno y entero, como fin en sí, y el segundo refiriéndose á la condicionalidad racional y libre, no se deduce que de tal modo influyan y de tal modo se ingieran en la esfera económica que dicten sus leyes y arreglen sus relaciones: no, este orden es autórquico, no obedece ni admite extraño criterio, no concede á ningun elemento exterior el poder de regir y gobernar su propia vida, cuando tiene en la naturaleza humana la razon de su existencia. La Economía, como la Moral y como el Derecho, tiene un círculo de acción exclusivo, y si se relacionan no se confunden.»

Una de las consecuencias de esa confusión es que el escritor que trata la Economía política con semejante sistema, trabaja con la constante tentación de pasar de aquellas ideas, que son rigurosamente propias de su objeto, á consideraciones de equidad, que conciernen á un asunto social mucho más amplio. En vez de dilucidar el problema, que consiste en saber en virtud de qué leyes se producen ciertos hechos, procede á explicar como contribuye al bienestar y á la natural equidad la existencia de ellos, y generalmente se hace la ilusión de creer que ha resuelto una cuestión económica, cuando en realidad no ha hecho más que defender un orden social (2).

Verdad es que los economistas que quieren introducir los principios de la Ética en la Economía no entienden sustituir éstos con aquéllos, sino contrastarlos, por decirlo así, y valer-se de los unos y los otros en el exámen de las cuestiones económicas. Pero ni áun esto puede admitirse, porque, como

(1) Discurso leído en la Universidad de Oviedo, en la apertura del curso de 1879 á 1880, pág. 62.

(2) Cairnes. The character and logical method of political Economy, pág. 15.

dice muy bien Ciconne (1), la consecuencia inevitable sería fundar exclusivamente la Economía en los principios de la Moral. En efecto, ó habría acuerdo entre los principios de las dos ciencias, y entónces los económicos serían supérfluos, puesto que con ellos ó sin ellos siempre se obtendría el mismo resultado, ó habría désacuerdo, y en tal caso los principios económicos deberían ceder ante los morales; como que éstos representan, no los intereses, sino la justicia y la equidad. Por consiguiente, los principios de la Moral serían siempre los que resolverían las cuestiones económicas; la Economía se fundaría exclusivamente en ellos; la ciencia económica vendría á ser un capítulo de los tratados de Moral. Y si á la Moral filosófica se sustituyese la Religion, la Economía se haría ascética. Y procediendo del mismo modo, la Política y la Legislación deberían cambiar sus principios por los de la Moral, y todas las ciencias sociales vendrían á compendiarse en la Ética.

»Cuando, por consiguiente, concluiremos con el Sr. Giner de los Rios (2), se pretende establecer como límite y correctivo de este órden (órden económico) ya la religion, ya la moralidad, ya el derecho, etc., se desconoce la sustantividad, la propia dignidad é independencia de la vida y ciencia económicas, que se bastan á sí mismas para ordenarse y regirse, léjos de necesitar semejante freno.

»Merced á la unidad y armonía de la vida, ningun principio económico puede ser impío, inmoral ó anti-jurídico; los que lo parezcan no serán sino verdaderos errores y aberraciones, que, *en su propia esfera* y no mediante ageno criterio, deben rectificarse.»

(Se continuará.)

MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.

(1) La nueva scuola económica tedesca, págs. 93 y 94.

(2) Notas á la traducción española de la *Enciclopedia jurídica*, de Ahrens, págs. 189-190.



ROBESPIERRE. ⁽¹⁾

II.

CON las noticias que acabamos de dar en el artículo antecedente, nuestros lectores habrán echado de ver que, sin embargo de la oposicion que resalta en los juicios formados por los escritores á quienes nos hemos referido, con respecto á la juventud de Robespierre y á sus primeros pasos en la vida pública, se hallan todos unánimes en reconocerle convicciones profundísimas y probidad innegable. Prescindiendo por el momento de la opinion de Mr. Thiers, la cual está expresada en términos tan acres y con calificaciones tan duras y tan explícitas, debemos advertir que Mr. Michelet y Mr. Quinet, aunque no tan despiadados en la forma de sus críticas, atribuyen á Robespierre dos defectos que, si resultaran probados, bastarian á deslucir el más hermoso carácter: orgullo satánico y espíritu calumniador. Además, Mr. Michelet cree tambien, y así lo consigna en muchas partes de su monumental historia, que el re-

(1) Véase la pág. 291 del tomo XXXIII.

nombrado tribuno dió pruebas de conducirse, en varias ocasiones, con la doblez y perfidia del más consumado político de la escuela florentina, hecho que, de ser positivo, tampoco haría gran favor al personaje, pues un hombre que tan rectas intenciones mostraba en sus discursos, tanta generosidad y alteza de pensamientos, si después procedía como intrigante, poniendo en acción las más viciosas pasiones y los recursos más rastreros, manifestaba de este modo ser un abyecto hipócrita. No paran aquí las acusaciones: aún se ha pretendido que carecía de valor; defecto que, si es gravísimo cuando se trata de hombres que viven en medio de circunstancias ordinarias y normales, lo es mucho más cuando se refiere á personas que figuran en tiempos de índole tan excepcional como lo fueron los de la Revolución francesa, que requerían, de los en ella interesados, pruebas inequívocas y convincentes de poseer un ánimo resuelto á todo.

De estas acusaciones pensamos ocuparnos en la última parte de nuestro escrito. Ahora queremos poner á continuación varias citas, entresacándolas de los principales discursos y trabajos de Robespierre, á fin de que el lector vaya viendo cómo pensaba aquel hombre, y se pueda, así, establecer más fácilmente, una comparación entre sus palabras y sus actos.

Uno de los hechos más trascendentales en que la significación política de Robespierre se declaró tal como debía ser andando el tiempo, fué el propósito que abrigaban muchos diputados, unos por patriotismo y otros por causas ménos nobles, de declarar la guerra á los Soberanos extranjeros que querían intervenir en los asuntos de Francia. (Noviembre: Diciembre 1791: Enero 1792.)

La situación de este país no podía ser más crítica. Los defensores del antiguo régimen se agitaban, como era muy natural, así en el interior como en el exterior, para destruir lo existente, apelando á las conspiraciones, á la ayuda del extranjero, al interés de las clases perjudicadas por la Revolución, y al soborno de los comprometidos en ella. No había ejército, ni tampoco fortificaciones en las fronteras, que bastaran á contener por tiempo suficiente la invasión de que estaba amenazado el territorio nacional. La discordia civil ardía en

el interior, y los emigrados, por su parte, no se descuidaban en atizarla. La corte queria una guerra en pequeño, á fin de aumentar y organizar el ejército y sobreponerse á la parte liberal del país: la queria en pequeño, porque tampoco le acomodaba caer bajo la férula de los emigrados, y particularmente bajo la de los príncipes de la casa real, que libres y salvos en territorio amigo, acusaban á Luis XVI de débil y pretendian gobernar en su nombre. Los constitucionales de la Asamblea, entre ellos Lafayette, iban tras de lo mismo que la corte, pero con objeto de conservar lo ganado y detenerse en ello. Los girondinos, todos animados de pensamientos generosos, deseaban la lucha en grande para llevar á donde quiera las ideas de la Revolucion: Robespierre comprendió muy bien esta diversidad de tendencias, y como no creia en que los pueblos se levantaran á una en contra de sus opresores (1), segun esperaban los girondinos, juzgó oportuno combatir todos estos planes.

El Rey se habia negado á sancionar dos decretos de importancia expedidos por la Asamblea: uno contra los sacerdotes que rehusaban prestar su juramento á la Constitucion y que tanto contribuian á mantener la guerra civil, y otro contra los emigrados que se afanaban por suscitar la guerra exterior: por dichas causas no eran muy cordiales las relaciones entre el Rey y la Asamblea.

Esta, creyendo conveniente apurar la via diplomática, opinaba que debia dirigirse un mensaje al Rey, para que éste, á su vez, se entendiera con los Monarcas extranjeros pidiéndoles la internacion de los emigrados; pero Robespierre fué de parecer que la Asamblea negociase directamente con los referidos Soberanos. El éxito no coronó los esfuerzos

(1) La Revolucion francesa excitó desde su principio, vivamente. el ánimo de los pueblos, afanosos de libertad; pero este movimiento no ofrecia los caracteres que más tarde se advirtieron en él, ni en cuanto á extension ni en cuanto á intensidad. Por eso Robespierre no confiaba tan ciegamente como los girondinos en esta ayuda, y por eso, aunque en el fondo deseaba la guerra, queria que ántes se empezase por la propaganda de las ideas revolucionarias, y sobre todo que la direccion de las operaciones militares no estuviese á cargo de un poder ejecutivo que sólo buscaba la ruina de la Revolucion.

de Robespierre, si bien los acontecimientos ulteriores demostraron que tenia la razon de su parte.

Hé aquí cómo se explicaba el dia 2 de Enero de 1792 en el club de los Jacobinos acerca de este asunto:

«Muchas de las cuestiones que dividen á los hombres nacen de una mala inteligencia entre ellos, y ahora se me figura que existe. De los dos pareceres en que está separada la Asamblea, el uno tiene todos los argumentos que más pueden lisonjear la imaginacion, todas las esperanzas susceptibles de producir mayor entusiasmo; y hasta un sentimiento generoso mantenido con todos los recursos de que un Gobierno activo y fuerte dispone para influir en el concepto público: el otro parecer no cuenta en favor suyo más que con la fria razon y la amarga realidad. Para hacerse aplaudir basta con defender el primero: para aconsejar bien es necesario decidirse por el segundo, mas en la firme inteligencia de que conduce á indisponernos con quien puede inferirnos mucho daño: por éste me resuelvo.

»¿Haremos la guerra, ó haremos la paz? ¿Atacaremos á nuestros enemigos, ó los aguardaremos en nuestros hogares? Creo que este enunciado no presenta la cuestion bajo todos sus aspectos y relaciones. ¿Qué partido deben seguir la nacion y sus representantes, dadas las circunstancias en que nos encontramos con respecto á nuestros enemigos interiores y exteriores? Hé aquí el verdadero punto de vista bajo el que hemos de considerar el caso, si aspiramos á conocerle bien y á discutirlo con toda la seguridad que se necesita.

»Si algunos rasgos ingeniosos, si la pintura brillante y profética de una guerra terminada en medio de los abrazos fraternales de todos los pueblos de Europa, son razones suficientes para decidir una cuestion tan grave, desde luego declaro que Mr. Brissot la ha resuelto muy bien; pero su discurso presenta un lado muy vulnerable, un punto que nada tendria de particular en una obra académica, pero sí mucho en las discusiones políticas: Mr. Brissot ha evitado constantemente ocuparse del aspecto principal de la cuestion, para no hablarnos más que de un sistema fundado sobre una base completamente ruinosa.

»A la verdad, á mí me gustaria tanto como á Mr. Brissot emprender la guerra en nombre de la libertad, porque de este modo podria recrearme en describir de antemano los prodigiosos resultados de ella. A ser dueño de los destinos de la Francia; á poder emplear libremente sus recursos, ya hace tiempo que hubiera enviado un ejército al Brabante, que hubiera socorrido á los de Lieja y deshecho las ligaduras de los Batavos; todo esto me complaceria mucho. Ciertamente no hubiera declarado la guerra á súbditos rebeldes, ni áun permitiéndoles que manifestaran su voluntad de reunirse, ni tolerado á enemigos más formidables y más próximos á nosotros que los protegieran, y que suscitaran dentro del suelo pátrio disturbios más graves todavía; pero en las circunstancias por que está pasando nuestro país, lanzo una mirada de inquietud á todas partes, y me pregunto si la guerra que hagamos será tal como el entusiasmo nos la pinta; me pregunto quién la propone, cómo, en qué condiciones y por qué...

»Nos habeis dicho que era indispensable dar de mano á nuestra desconfianza, porque habia ocurrido un cambio de ministerio. ¡Cómo! ¡Vosotros que sois filósofos y hombres de experiencia! ¡Vosotros á quienes he oido decir veinte veces, respecto de la política y del espíritu inmoral que en las córtes domina, lo que piensa todo hombre que tiene la facultad de pensar! ¡Vosotros sois los que creéis que el ministerio cambia porque cambia un ministro? A mí es á quien toca explicarse libremente acerca de los ministros: primero, porque no puedo ser sospechoso de querer especular sobre el cambio de ellos, ni en favor mio, ni en el de mis amigos; segundo, porque no deseo verlos réemplazados por otros, convencido, como lo estoy, de que los aspirantes á sus puestos no valen más que ellos: no ataco á los ministros, sino sus principios, sus actos: que se conviertan si pueden, y entónces atacaré á sus detractores.

»Nadie duda hoy de que existe una alianza poderosa y terrible contra la igualdad y los principios de libertad. Se sabe que esa alianza, cuyas manos sacrílegas atentan á nuestra Constitucion, se ocupa activamente en acabar su obra, que gobierna con la córte y que dirige los ministros. Habeis con-

fesado que acaricia el proyecto de extender la influencia del Gabinete y de aristocratizarlo. Nos habeis pedido que creyéramos en que los ministros no tenian nada de comun con ella, y habeis desmentido, con este objeto, los dictámenes de varios oradores y los de la opinion pública, contentándoos con sostener que los intrigantes no podrian inferir perjuicios á la libertad. ¿Ignorais que los intrigantes son los que causan la desdicha de los pueblos? ¿Ignorais que los intrigantes, cuando están secundados por la fuerza y los recursos del Gobierno, son muy perjudiciales? ¿Que vosotros mismos os habeis impuesto el deber de perseguir sin descanso á una parte de los hombres á quienes me refiero? ¿Ignorais que desde la marcha del Rey, cuyo misterio se va aclarando ahora, han tenido fuerza para hacer retrogradar la Revolucion y de dirigir impunemente mil ataques contra la libertad? ¿De dónde os viene, pues, tanta confianza y tanta seguridad?

»No os alarmeis, ha dicho el mismo orador, si esa faccion quiere la guerra: no os alarmeis si la córte y los ministros la quieren tambien; si los periódicos subvencionados la aconsejan: los ministros, es verdad, se unirán siempre á los moderados contra los patriotas, pero se unirán á los moderados y á los patriotas contra los intrigantes. ¡Qué teoría más esplendente y tranquilizadora! Los ministros, ya convenís en esto, son enemigos de los patriotas. Los moderados, en cuyo favor se inclinan, quieren convertir en aristocrática nuestra Constitucion; ¿y quereis que aceptemos sus planes? Los ministros subvencionan, segun decís, á periódicos, cuya mision es la de corromper el espíritu público y de destruir los principios de libertad, de ensalzar á los más peligrosos enemigos de ésta, de calumniar á todos los ciudadanos; ¿y quereis que fie en los proyectos de los ministros?

»¿Creeis que los agentes del poder ejecutivo están más propensos á seguir las máximas de la igualdad, y á defender en toda su pureza los derechos del pueblo, que á transigir con los miembros de la dinastía, con los amigos de la córte, á expensas del pueblo y de los patriotas, á quienes llaman sin disimulo facciosos? Los aristócratas de todos los matices demandan la guerra. Todos los ecos de la aristocracia re-

piten ese grito; ¿y no quereis que desconfiemos de sus intenciones? Admiro vuestra dicha, pero no la deseo. Estabais destinados á defender la libertad sin suspicacia, sin ofender á sus enemigos, sin encontraros en oposicion ni con la córte, ni con los ministros, ni con los moderados. ¡Qué fáciles y qué cómodos se os presentan los caminos del patriotismo!

»¿Qué nos importan vuestras largas y pomposas disertaciones sobre la guerra americana? ¿Qué hay de comun entre la guerra franca que un pueblo hace á sus tiranos y ese sistema de intrigas seguido por el Gobierno contra la naciente libertad? ¿Qué nos importan los rápidos triunfos que alcanzais en la tribuna sobre el despotismo del universo? ¡Como si la naturaleza de las cosas se plegase tan fácilmente á la imaginacion de un orador!...

»Antes de perderos en la política de los Estados y de los príncipes de Europa, comenzad por el exámen de nuestra situacion interior. Introducid el orden entre nosotros ántes de llevar la libertad á otros países. Pretendeis que este cuidado no debe distraeros: ¡como si las reglas del buen sentido no estuvieran hechas para los grandes políticos!...

»Guerra como esa no puede conducir más que á extraviar la opinion pública, á distraer la nacion de sus justas inquietudes y á impedir la crisis favorable que los enemigos de la libertad hubieran podido traer. Durante la guerra con el extranjero, ya lo he dicho, el pueblo se aparta, con los acontecimientos militares, de las deliberaciones políticas que interesan á las bases esenciales de su libertad, y presta ménos atencion á los disimulados manejos de los intrigantes que las minan, á la conducta del poder ejecutivo que las quebranta, ó á la debilidad y á la corrupcion de los representantes que no las defienden...

»Que desaliento á la nacion, decis; no: la ilustro. Y aunque no hubiera hecho más que descubrir tantas asechanzas y refutar tantas ideas equivocadas, tantos conceptos falsos, contener los arranques de un entusiasmo peligroso, me hubiera adelantado á la opinion pública y servido á la patria.

»Decís que he ultrajado á los franceses dudando de su valor y de su cariño á la libertad; no: no desconfio de

nada de eso: lo que temo es la perfidia de sus enemigos.

»Estais admirados, decís, de ver á un defensor del pueblo calumniarlo y envilecerlo. No aguardaba semejante censura. Ante todo sabed que no soy el defensor del pueblo: jamás he pretendido título tan pomposo. Soy del pueblo: nunca he sido más que esto, ni quiero ser más que esto: desprecio á quien quiera ser más que esto. Si se necesita decir más, declararé: que no he comprendido por qué se daba nombre tan altisonante á la fidelidad, nunca desmentida, de los que jamás le han faltado. ¿Será esto para proporcionar una excusa á los que le abandonan, presentando la conducta contrária como un esfuerzo de heroísmo y de virtud? No, no es nada de esto: no es más que un resultado propio del carácter de todo hombre no envilecido. El amor á la patria, á la humanidad, á la libertad, es una pasión como otra cualquiera: cuando domina se le sacrifica todo. Cuando el alma se entrega á pasiones de otra especie, como la de las riquezas ó la de los honores, tambien se les inmola todo: la gloria, la justicia, la humanidad, el pueblo y la patria.

.....

»El verdadero modo de probar respeto al pueblo no es el de adormecerlo elogiando su fuerza y su libertad, sino el de defenderlo, el de precaverlo contra sus propios defectos; porque el pueblo los tiene... El pueblo siente con más viveza y sabe todo cuanto corresponde á los principios de justicia y de humanidad mejor que los que se separan de él; y bajo este punto de vista, su buen sentido es superior al talento de los hábiles; pero no es tan apto para conocer las insidias de la política artificiosa que éstos últimos emplean en engañarle y avasallarle: su bondad natural le conduce á ser la víctima de los charlatanes políticos: lo saben muy bien y se aprovechan.

»Cuando el pueblo se levanta desplegando su fuerza y su majestad, lo que sucede una vez al cabo de siglos, todo cede ante él; el despotismo se echa en tierra y se hace el muerto, pero pronto se incorpora y se aproxima al pueblo con zalamería: sustituye la fuerza con la astucia. Se cree en la conversion de ese despotismo; se cree que profesa cariño á la li-

bertad porque se le oye proclamarla, y todo el mundo se abandona á la alegría y al entusiasmo; se le entregan tesoros incalculables; la fortuna pública; un poder sin límites; y de esta suerte puede halagar con incentivos irresistibles á sus ambiciosos é insaciables cortesanos, mientras que el pueblo no puede recompensar más que con su estimacion á los que le sirven. Muy pronto, cuantos tienen talento y al par vicios, se hacen adeptos de ese despotismo, el que, perseverando en su sistema de seduccion y de intriga, se consagra preferentemente á corromper la opinion pública; á restaurar las antiguas preocupaciones, los antiguos usos, no del todo borrados; mantiene el desenfreno de las costumbres aún no regeneradas; destruye en germen las nacientes virtudes; y valiéndose de la innumerable horda de sus ambiciosos esclavos, difunde por todas partes máximas erróneas! A los ciudadanos no se les aconseja más que tranquilidad y confianza; la palabra libertad es casi un grito sedicioso; se procura desorientar, ó seducir, ó amedrentar á los delegados del pueblo; se persigue ó se calumnia á sus celosos defensores; personas hay que usurpan la confianza pública para vender sus derechos y gozar con sosiego del fruto de sus maldades: tendrán imitadores que al combatirles no aspirarán más que á reemplazarlos...

»El pueblo no reconoce los traidores más que cuando han hecho tanto daño que ya no les importa que se sepa.»

Muchas y muy importantes consideraciones nos sugiere el anterior discurso, en orden á definir el carácter moral de Robespierre. Omitiendo hablar de ellas, por ahora, nos fijaremos únicamente en el profundo sentido político de que dió muestras, sentido tanto más admirable, cuanto que Robespierre contaba entónces muy pocos años y habia vivido casi siempre en una pequeña capital de provincia, alejado de la órbita en que se agitaban los negocios públicos.

Que un hombre favorecido por la naturaleza con grandes talentos, ó ayudado por la suerte ó la intriga, consiguiera subir á los puestos más eminentes de la nacion, y allí, con el trato de los hombres que intervenian de un modo ó de otro en el gobierno y con el estudio de las cuestiones políticas,

lograra adquirir las prendas necesarias para llegar á ser un hombre de Estado, segun la índole de las monarquías que precedieron á la Revolucion francesa, nada hubiera tenido de extraño; pero con Robespierre no sucedió nada de esto. Vivía, como hemos dicho, en una pequeña capital de provincia, donde si pudo adquirir conocimientos, más ó ménos grandes, de las teorías filosóficas entónces acreditadas, de los defectos gravísimos de que adolecía la organizacion social y política de aquel tiempo, y áun de la manera de remediarlos, esto, por sí sólo, no le colocaba en situacion á propósito para hacer de él un gobernante hábil, de espíritu práctico, conocedor de los hombres y de las cosas, y por lo mismo bien al corriente de lo espinoso que es gobernar un pueblo, huir de los escollos que las pasiones humanas presentan á cada instante, componerse con ellas cuando son suficientemente poderosas para obligar á esto, ó sobreponerse cuando ya no cabe duda en que están desprovistas de vigor, por más que se esfuercen en aparentarlo. Otra dificultad se le presentaba tambien. La Francia habia emprendido el camino de la Revolucion. Los antiguos ideales, las antiguas instituciones se derrumbaban al peso de su descrédito, y con aquéllos y éstas, los procedimientos de gobierno que habian servido para organizar las nacionalidades en lo social y en lo político, cuando quedó deshecha la organizacion romana. Clases enteras, que hasta entónces no habian podido realizar su justo y plausible deseo de intervenir en el arreglo y direccion de los intereses generales, nacia á la vida pública, y del seno de ellas, hombres nuevos, animados de nuevas ideas, poseidos de otras aspiraciones más grandes y más humanitarias, de lo que surgieron nuevos intereses y nuevos métodos de gobierno para armonizarlos entre sí y con lo existente que fuera útil mantener. Cuando los Monarcas regian sus pueblos con carácter absoluto, la contraposicion de intereses estaba realmente limitada á un círculo muy estrecho, porque eran en corto número los elementos que podian hacer sentir su influencia en el curso de los negocios públicos, y en definitiva quedaba el Rey para sujetar, ó por el convencimiento ó por la fuerza, á quien se obstinase en una

rebeldía. Pero desde los principios de la Revolución francesa las cosas cambiaron de todo punto; no sólo porque, según hemos dicho, salieron otros elementos á tomar parte en los asuntos del país, y esto ya complicaba mucho, inmensamente mucho, el trabajo de los gobernantes, sino porque se presentaron en nombre de ideas y en nombre de intereses que privaban de toda su eficacia á los recursos utilizados por los antiguos poderes en el cumplimiento de su misión. Lo que ántes se obtenía, cuando se obtenía, de la buena voluntad, del generoso corazón, de la inteligencia, más ó menos esclarecida, del príncipe; á veces, muchas, de sus caprichos y genialidades, se pidió desde aquella época como derecho propio de cada persona. Así los inconvenientes se aumentaron en número y calidad: eran grandes cuando el movimiento revolucionario se contenía dentro de sus justos límites, porque aún así no acertaba nadie á comprenderlo ni á dirigirlo bien, pero eran mayores, desde luego, siempre que determinado por un impulso tan violento como violenta había sido la acción del régimen antiguo, ó por la inexperiencia de los hombres nuevos, ó por el júbilo de verse en un estado como no lo esperaban muchos, ó por la necesidad inexcusable de prevalecer sobre los viejos intereses, ese movimiento pasaba de aquellos límites.

Que hoy día podamos dar una explicación más fácil de aquella inquietud de los ánimos, de aquel desasosiego, de aquella irreflexión en el modo de conducirse, nada tiene de admirable. Se trataba de un orden de cosas completamente nuevo, en el que todo aparecía como embrionario, en el que era preciso sentar las bases de una nueva organización para lo futuro, y sentarlas sobre tan firmes cimientos que no pudieran destruirlas sus más encarnizados y tenaces enemigos, por muchos esfuerzos que emplearan: hoy asistimos como á espectáculo corriente y ordinario á esas luchas de virtudes y de vicios, de pasiones benéficas y malvadas, de intereses legítimos y bastardos; luchas á veces grandiosas, á veces mezquinas, pero en las que de todas maneras se advierte el ejercicio de la personalidad humana, en lo que tiene de sublime y en lo que tiene de miserable, como no se adver-

tia en otros tiempos, y siempre para ensalzarla y seguirla en lo primero, para anatematizarla y corregirla en lo segundo.

Robespierre se encontraba, tanto como el individuo que más de la Asamblea constituyente, inexperimentado en los artificios y maquinaciones de la política, y sobre todo de una política que empezaba: sin embargo, véase con qué penetración inició un sistema de prudente desconfianza contra el poder que estaba fraguando la pérdida de la libertad; ese sistema de prudente desconfianza que es, según dicen, la base del régimen constitucional. Para esto carecía de precedentes, y una de dos: ó las intrigas del Gobierno se presentaban tan claras que no eran un misterio para nadie, en cuyo caso la suspicacia de Robespierre tenía muy justa razón de ser, y revelándola daba pruebas de valor cívico y de noble franqueza, ó no eran tan claras, y entónces deberemos admitir que sus consideraciones políticas se revelaban en él como una intuición, circunstancia que ciertamente no disminuye su mérito.

Véase cómo, á pesar de su entusiasmo y de su juventud, no se dejó fascinar por el lisonjero cuadro que describían sus émulos al ocuparse de los resultados de la guerra: lo que sucedió despues vino á justificar sus previsiones.

Véase cómo aconseja á todos que piensen en la situación interior de Francia, que se dediquen al mejoramiento de ella ántes que proponerse introducir la libertad en otros países. Y tenía razón, porque las importantes reformas decretadas por la Asamblea constituyente no habían producido todos sus frutos. Se necesitaba, sobre todo, el entusiasmo del pueblo para hacer la guerra; pero se requería también el apoyo de los nuevos intereses, y con éstos no era posible contar por entónces, pues apenas acababan de crearse. Así como el individuo no puede dar más vida que la que tiene, con las naciones sucede lo mismo. Francia no había entrado aún en aquel período de fiebre, en aquella posesión de sí misma que tantos laureles y tanta inmarcesible gloria le hizo conquistar despues. Manifestó Robespierre en esta parte, como en otras de su discurso, tener más sentido práctico que sus adversarios; cualidad digna de la mayor alabanza, porque, al

exponer sus ideas, hubo de dirigir al pueblo elocuentísimas frases: no para adularlo, sino para decirle lisa y llanamente una serie de verdades que no á todos complacerian.

Los últimos períodos que hemos tomado de su discurso son, en nuestro concepto, una obra maestra de sabiduría política. ¡Qué bien presintió en ellos la historia de lo que habia de ocurrir años adelante!

«El pueblo no conoce á los traidores más que cuando han hecho tanto daño que no les importa que se sepa.» Frase muy lacónica, pero muy significativa. Frase en la que se expone con una brevedad, pero con un vigor digno de Tácito, lo sencillo que es engañar á un pueblo y dirigirle por donde no le conviene.

Un amigo de Robespierre y de Brissot logró que se reconciliaran; mas el primero, queriendo explicar bien lo que este acto significaba, pronunció las siguientes palabras:

«Acabo de cumplir un deber muy grato para mi corazón, pero me resta llenar otro más sagrado con la patria. El intenso cariño que hácia ella siento, supone necesariamente el cariño hácia mis semejantes, considerados como ciudadanos, y hácia otras personas con quienes estoy en más íntimas relaciones; pero toda afección individual tiene que ceder al interés de la patria y de la humanidad. Podria, fácilmente, establecer una conciliación entre ambos deberes y las consideraciones que he prometido guardar á los que han servido bien á la patria, á los que continúen observando esta conducta: en este sentido he abrazado á Mr. Brissot, pero seguiré combatiendo su parecer en todo lo que yo tenga por contrario á mis principios, así como indicaré los puntos en que me encuentro de acuerdo con él. Que nuestra union descansa sobre el fundamento sagrado del patriotismo y de la virtud; peleemos como hombres libres, con franqueza y hasta con energía si es necesario, pero con miramientos, con amistad.»

Para que se comprenda toda la generosidad que estas palabras y todas las alusiones á Mr. Brissot encerraban, conviene saber que Mr. Brissot era uno de los adversarios más acérrimos de Robespierre, uno de sus mayores émulos, ó mejor dicho, envidiosos, á causa de la grande y merecida po-

pularidad por Robespierre adquirida. Mr. Brissot, cuyas dotes intelectuales tanto realza Mr. Thiers para estimarlo como superior á su contendiente, vivió mucho tiempo en Lóndres, formando parte de una caterva de pícaros dedicados á descubrir vergonzosos secretos de familia y á callarlos por dinero.

La prueba de esta conducta y la de otros hechos de la misma índole pueden verla nuestros lectores en la *Historia parlamentaria* de Mrs. Buchez y Roux. Además, el famoso Camilo Desmoulins, en un folleto que publicó, intitulado *Brissot sin máscara*, dió á luz una carta auténtica y fehaciente del baron de Grim, para demostrar que Mr. Brissot habia pertenecido á la policía secreta. Todo esto era notorio; sin embargo, Robespierre no intentó valerse de tales armas, ni siquiera quiso utilizar los trabajos que en tiempos atrás habia escrito el republicano Brissot para defender la monarquía (1).

Tambien fué terriblemente censurado Robespierre por su famoso decreto relativo al Sér Supremo y á la inmortalidad del alma. Veamos cómo se expresó acerca de este punto.

(1) En 1780, y en la página 54 de la *Biblioteca del legislador*, escribia Mr. Brissot: "Como de los primeros entre los crímenes públicos, debemos colocar los que tienden á la destruccion de la forma de gobierno..... Si hay un país en la tierra donde las costumbres del pueblo y la bondad del Gobierno puedan evitar fácilmente tan terribles crímenes, es, sin duda, la dichosa region en que habitamos. La nacion francesa, célebre por la dulzura de su carácter, lo es todavía más por el amor inquebrantable que profesa á sus Reyes, por su constancia en soportar las leves cadenas de su monarquía templada." Este mismo Brissot fué el que ensalzó las ventajas del gorro frigio, como distintivo republicano, en su periódico, *El Patriota Francés*, del 6 de Febrero de 1791. Robespierre y sus amigos, entre ellos Petion, alcalde de París, combatieron enérgicamente el uso de aquella prenda y áun lograron que fuese desechada; pero insistiendo Brissot, consiguió lo que se habia propuesto. Hé aquí algunas palabras que con esta ocasion pronunció Robespierre: "Os recuerdo, en nombre de la Francia, el símbolo que tanto impone á nuestros enemigos, el único que puede unir á los que son juguetes de la intriga. Vuestros enemigos querrian haceros olvidar vuestra dignidad para mostraros como hombres frívolos y víctimas de espíritus facciosos. Debeis decidiros á conservar únicamente la escarapela y la bandera bajo cuyos auspicios ha nacido la Constitucion."

En una representacion dirigida á la Sociedad de los Jacobinos el 26 de Marzo de 1792, se leen los párrafos siguientes:

«Sin la inquebrantable decision de los ciudadanos, sin su invencible paciencia, habria motivos para que el hombre más animoso desesperase de la salvacion pública; pero la Providencia, que vela por nosotros, mejor que nosotros con toda nuestra sabiduría, al herir á Leopoldo (1), parece como que ha desconcertado por algun tiempo los planes de nuestros enemigos.

»Tenemos en nuestra mano la paz y la guerra. Somos los dueños de nuestros destinos y de los del mundo, con tal que no caigamos en nuestra acostumbrada apatía. Procediendo de otro modo, debemos temer que la bondad celeste, hasta ahora interesada en salvarnos á pesar nuestro...»

La sesion en que se discutió este documento fué tumultuosa como ninguna. Hubo que suspenderla várias veces á consecuencia de los desórdenes que se produjeron. Guadet, presidente del club y uno de los adversarios más resueltos de Robespierre, llegó á pronunciar las siguientes palabras: «He visto que se repetia mucho en esa representacion la palabra «Providencia:» hasta, segun creo, se dice que la Providencia nos ha salvado á pesar nuestro. Declaro que, como no veo ningun sentido en esa idea, estaba muy lejos de esperar que un hombre que ha trabajado con tanto valor, durante tres años, por arrancar al pueblo de la esclavitud del despotismo, trate ahora de lanzarlo á la esclavitud de la supersticion. (*Desorden. Aplausos.*) No esperaba semejante cosa de Mr. Robespierre.»

Cuando se calmó el alboroto y el aludido pudo hacerse oir, dijo lo siguiente:

«Cuando haya terminado mi breve réplica, estoy seguro de que Mr. Guadet seguirá mi opinion: apelo á su patriotismo y á su gloria, cosas las dos vanas y sin fundamento cuando no se apoyan en las verdades inmutables que acabo de exponer.

(1) Emperador de Austria, jefe de la coalicion extranjera y muerto de apoplejía.

»Las objeciones que se han hecho atacan demasiado á mi honor, á mis sentimientos y á los principios, aceptados por todos los pueblos del mundo y por todas las Asambleas de todos los pueblos y de todas las épocas, para que yo no me considere obligado á mantenerlos hasta no poder más.

»La superstición, á no dudarlo, es uno de los sostenes del despotismo, pero no por pronunciar el nombre de la divinidad se hacen sospechosos los ciudadanos. Aborrezco, como el que más, esas sectas impías que se han esparcido por el mundo para favorecer la ambición, el fanatismo y todas las pasiones, sirviéndose del poder sagrado del Eterno, á quien se debe la creación de la naturaleza y de la humanidad; pero estoy muy lejos de confundir al Sér Supremo con los imbéciles instrumentos del despotismo... sí; invocar la Providencia y admitir la idea del Sér Eterno, que influye de un modo especial en el destino de las naciones, y que vela, según yo creo, preferentemente sobre la Revolución francesa, no es una idea atrevida, sino un sentimiento de mi corazón, un sentimiento necesario para mí, y que me ha fortalecido en medio de todas las pasiones, de todas las viles intrigas de la Asamblea constituyente; en medio de tantos enemigos. Solo con mi alma, ¿de qué conformidad hubiera logrado resistir tantas luchas, superiores al poder humano, si no hubiera puesto mi alma en Dios?

»Se ha dicho que yo había injuriado á las sociedades populares. ¡Ah, señores! A vosotros apelo para que digais si existe una acusación que ménos me pueda alcanzar. ¡Suponen que yo he injuriado al pueblo recordándole el nombre de la Providencia y la divinidad! Sin duda el pueblo francés ha contribuido mucho á la Revolución; sin él, viviríamos todavía bajo la férula del despotismo. Sin duda los que estaban sobre el pueblo hubieran renunciado por esta ventaja y muy gustosamente á toda idea de la divinidad; pero ¿es hacer una injuria al pueblo y sociedades afiliadas hablarles de la protección de Dios, que, según yo creo, está con nosotros?»

Fué tan terrible la gritería que se reprodujo al oír las anteriores palabras, que hubo necesidad de levantar la sesión.

No cabe, en nuestro concepto, mejor defensa de las prece-

dentes consideraciones que la hecha por el ilustre escritor francés Mr. Charles Nodier (1):

«Aparte de algunas inspiraciones delicadas de Mr. Brissot, que respiran una suave y dulce melancolía, no es á la Gironda á quien hay que pedir ese género de impresiones que desciende de lo alto. La Gironda era esencialmente clásica y no representaba el espíritu de la naturaleza más que bajo formas materiales. Su manera de significarlo fué una expansion elegante y vigorosa de la filosofía y de la literatura del siglo XVIII, adornadas con todos los recursos de un génio que recordaba la arrebatadora elocuencia de Rousseau y la punzante causticidad de Montesquieu: Dios no era posible en su inerte mitología: Robespierre acusaba á Guadet de no haber podido oír jamás sin sonreirse el nombre de la Providencia. Robespierre no estaba realmente organizado para ser un hombre religioso, y es de creer que su helada filosofía le hubiera convertido en ateo; pero como las circunstancias le llevaron á un terreno completamente desconocido, esto le forzó á penetrar en los arcanos de la organizacion de los pueblos. Su popularidad, adquirida merced á las dos grandes cualidades del hombre de Estado, pureza de costumbres y desinterés reconocido, le dió el poder casi sin quererlo, y para reunir en su frente todo ese poder que regenera las naciones, no tenia más que consignarlo en las leyes. Entónces fué cuando evidentemente meditó en los elementos esenciales de las instituciones políticas, y admitiendo las consecuencias de una ambicion que podia creer saludable con algun fundamento, llegó hasta Dios. Una vez adquirida esta creencia, debió comprender que la civilizacion la recomendaba, y la Francia, por su parte, respondió con un grito de unánime alegría.»

Si bien estamos muy de acuerdo con el sentido general que campea en las anteriores líneas, no sucede lo mismo con algunas de sus apreciaciones. Robespierre mostró desde el principio de su vida política, desde mucho ántes de conseguir

(1) *Vida de Robespierre*. Mr. Charles Nodier conoció al famoso tribuno.

popularidad, que no era enemigo del clero, sobre todo de cierta parte de él; de la que representaba el elemento democrático de la clase como en oposicion al alto clero, entónces constituido casi exclusivamente por la nobleza. Hasta un punto tan extremado llevaba esta tendencia, que Mr. Michelet se ocupa de ella y la hace notar. Robespierre no necesitaba, segun creemos, entregarse á profundas meditaciones, viéndose ya ídolo del pueblo, para hacer de la clase sacerdotal un instrumento de gobierno, como en resúmen quiere decir Mr. Nodier, sino que lo expresado por Robespierre en este punto era hijo de creencias muy arraigadas y muy antiguas. Y nada tiene de particular que las abrigara. Han trascurrido casi cien años desde la Revolucion francesa: el mundo ha presenciado y presencia terribles cataclismos sociales y políticos, como derivaciones y resultados de aquel hecho: en las ciencias que más pueden afectar á la solidez de los principios religiosos se hán verificado adelantos que maravillan, y con todo, no puede ménos de admitirse que una buena parte de la humanidad necesita vivir de religion, de religion verdaderamente sentida, no de pura forma y apariencia.

En tiempo de Robespierre no pasaban las cosas como en los presentes dias. Ya fuera miedo al extraordinario poderío de que disfrutaba el clero en aquella época, ya interés y egoismo por ganarse su proteccion, ya costumbre recibida ó impuesta, ya necesidad inexcusable de sostenerse en esperanzas dulces y consoladoras de otro mundo donde la virtud fuese premiada y el vicio castigado, indudablemente una gran mayoría de la nacion francesa profesaba el catolicismo. No era posible que los enciclopedistas del siglo XVIII con sus escritos científicos y literarios, ni la Revolucion con sus formidables convulsiones, desarraigaran en breve espacio de tiempo, breve sobre todo si se le parangona con el que llevaba de vivir el catolicismo, creencias tan hondas. Robespierre, al hacer lo que hizo, demostró que conocia perfectamente el estado del país. ¿Cómo, de lo contrario, hubiera podido la restauracion religiosa iniciada por él desenvolverse y llegar á ser un hecho incontrastable en tiempo de Napoleon cuando

cónsul, y ser acogidos como lo fueron *El Génio del Cristianismo*, *Los Mártires* y el *Itinerario de París á Jerusalem*, de Chateaubriand? (1)

LUIS BARTHE.

(1) Con motivo de haber propuesto algunos individuos de la Convencion que no se incluyesen en el presupuesto las asignaciones del clero, dijo lo siguiente Danton:

“Es necesario rechazar una idea que se ha lanzado aquí. Hay quien pretende que los sacerdotes no sean pagados por el Erario público, y se fundan para esto en razones filosóficas que yo respeto mucho porque no reconozco otro Dios que el del Universo, ni otro culto que el de la justicia y el de la libertad; pero el hombre perseguido por la fortuna se atiende á otras consideraciones.

“Cuando ve que en la satisfaccion de sus necesidades está reducido á lo más estricto, mientras el hombre acaudalado puede satisfacer todos sus deseos y hasta sus caprichos, cree en otra vida donde sus gozos serán tanto mayores, cuanto más privaciones haya experimentado en ésta. Interin no pase bastante tiempo para que vuestros empleados en difundir la moralidad hayan conseguido extenderla por todas partes, no será oportuno que habéis al pueblo únicamente de filosofía: sería cruel, bárbaro, y hasta un crimen de lesa nacion, separar del pueblo á hombres que pueden llevarle algun consuelo.” —*Sesion del 30 de Noviembre de 1792.*





LA JUVENTUD DORADA ⁽¹⁾

XIII.

MENCIONADO el desafío de D. Pedro con Cárlos de Anjou, como una proeza, necesario es decir algo sobre él, que pocos están enterados de quién fué el provocador ó por quién no llegó nunca á realizarse, despues de muchas dilaciones. Cárlos, deseando alejar á D. Pedro, tan poderoso por mar como por tierra, temeroso de que le hiciera la guerra en Calabria y otras comarcas, conociendo el corazon y grande ánimo de su enemigo, que por estar en la flor de su edad aceptaria un cartel de esos en cuantas ocasiones se le ofreciesen, calculando que los sicilianos, viéndose abandonados por el que habian aclamado por su Rey y Señor, creerian que los tenia en tan poco que los aventuraba al azar de una batalla, y que esto seria causa para que se rebelasen contra el Rey de Aragon y volviesen á su obediencia; con esto y con la autoridad y el favor del Sumo Pontífice y de la Iglesia, cuya era la querella, bastaria á conseguir su intento.

(1) Véase la pág. 56 de este tomo.

Acordó, pues, enviar al Rey de Aragon un religioso de la órden de predicadores, que llamaban fray Simon de Lentin. Segun escribe Aclot, fueron con él dos capellanes suyos en hábito de aquella órden, que ante la córte hablasen al Rey. Llegado á Mesina, donde ya habia vuelto el Rey de Catania, á 24 de Octubre, y en presencia de barones y ricos hombres que allí se hallaron, propuso, en nombre del Rey Cárlos, diciendo con palabras muy descorteses que habia entrado el de Aragon en Sicilia, no por la parte que le correspondia, sino malamente, como ladron, y como no debia no siendo él su enemigo ni de sus reinos, que su Rey tenia por la Iglesia y por haberlos conquistado en varias batallas, y sin desafiarle ántes, y que él estaba aparejado para convencelle en batalla, que le habia tomado su tierra á hurto, usurpándola violentamente, haciéndose cabeza de los que eran traidores y rebeldes. D. Pedro, viendo que no era embajada aquella para encomendada á personas cuyos hábitos religiosos no eran propios para presentar semejante querella, los despidió sin ninguna respuesta—no procedia, porque no traian carta credencial,—y para averiguar si aquélla venia del ánimo de Cárlos, el mismo dia envió á Ríjoles,—residencia de éste,—al vizconde de Castelnou y á D. Pedro de Queralt para que entendiesen de él si aquel desafío habia sido presentado por su órden, encomendándoles que en tal caso volviesen por su honor. Respondió el Rey Cárlos á estos embajadores que aquella mensajería fué enviada por órden suya, repitiendo las mismas palabras. Entónces el vizconde dijo que él y cualquiera que dijese aquello mentia, y que el Rey, su señor, estaba pronto á defenderlo por su persona á la suya, dándole aquella ventaja de armas que él pidiese.

Tratóse luego, segun Ramon Montaner, á propuesta siempre de D. Pedro, de combatir con él diez á diez, ó cincuenta á cincuenta, ó ciento á ciento, quedando el Rey Cárlos en que enviaria sus embajadores para que recibiesen juramento del Rey, y que no rehusaria aquella oferta, que volviesen los embajadores del Rey, daria entónces su gaje, haria el mismo juramento, y que dentro de un dia escogeria uno de aquellos partidos que se le ofrecian; acordóse despues entre ellos ante

qué príncipe se daría el campo y el término de la batalla. Aceptada ésta como quiso el Rey Carlos, que se había decidido por que cada uno fuese con cien caballeros, se nombraron personas que tratasen del lugar y tiempo donde con toda seguridad se hiciese. Para esto envió el Rey de Aragon á Beltran de Canellas, caballero catalan, y á Reinaldo de Limogis, de Mesina; sus pláticas y comunicaciones sobre el órden que se debía tener en la ejecucion de este desafío, á nada condujeron. Primera etapa.

Trascurrido algun tiempo, citáronse los Reyes en Burdeos para combatir en lugar cerrado y empalizado; el juez de campo había de ser el de Inglaterra ó su lugar-teniente, con más otras condiciones que fuera prolijo enumerar. Aunque el dia primero de Junio era el señalado, se fijó un plazo de treinta para presentarse ó contestar, jurando que procurarian con todas sus fuerzas hallarse en el campo del honor ese dia á recibir los gajes; y estando ya Gascuña, y ocho dias más de todos plazos cumplidos, hubiese tregua para ir y salir seguramente cada uno por donde quisiere, y el que faltase de hallar en la batalla, en aquel lugar y tiempo, con aquellas condiciones, no habiendo manifiesto y prueba de impedimento de la persona, todo el tiempo de su vida fuese tenido y reputado por hombre vencido, perjuro y traidor y no pudiese usar de allí adelante de título de Rey, privándole y despojándole de toda preeminencia y superioridad real y de otra cualquiera honra é insignia, y fuese habido por infame y alevoso. Siendo esto así declarado por estos doce caballeros—seis por cada Rey—lo ratificaron ambos, jurando guardar y cumplir todo lo susodicho; para más garantía, cada uno de ellos nombró cuarenta caballeros que en su nombre lo prometiesen y jurasen; y cuando no fuese cumplido y guardado se saliesen de su córte y servicio, y perpétuamente le desamparasen, sin nunca darle favor ni ayuda como á hombre fementido é infame; alzándoles para esto cualquier juramento y homenaje de fidelidad que hubieran prestado. Estas fueron las condiciones del desafío.

Parecia que á todos obligaba: Carlos de Anjou lo entendia así; su intento, como ya hemos dicho, era ganar tiempo.

Conocido el Rey de Aragon, puso en órden las cosas del reino de Sicilia y marchó á Calabria; queria seguir al Rey Cárlos, de manera que no pudiera rehusar la batalla, ó desamparase la tierra; sabia que muchos lugares de aquella provincia estaban prontos á sublevarse en su favor. Triunfantes sus tropas y sus naves, abandonó el teatro de la guerra por no faltar al plazo de la batalla. Despues de luchar con los elementos y con los hombres concitados contra él, llegó á la vega de Burdeos el primero de Junio á medio dia, que era el dia del plazo, envió á D. Bernardo de Peratallada para que diese aviso á su padre de su llegada, con órden que dijese á su senescal, que un caballero era ido de parte del Rey de Aragon por hablarle, y se queria ver con él fuera de Burdeos; vinieron juntos el senescal y D. Gilabert de Crayllas con algunos caballeros. El Rey se desvió con el senescal á una parte y preguntóle, si aseguraria al Rey de Aragon y á los caballeros que habian de entrar con él en la batalla por qué estaba presto de hacer su deber y no faltar á su fé y palabra.

Contestó el senescal que él ya habia avisado al embajador del Rey de Aragon que no fuese, porque el Rey Cárlos estaba en Burdeos con gran número de gentes de armas, que el de Inglaterra no podia ni queria asegurar el campo, y que si iba allá, ponia su persona en gran aventura y peligro. Entónces el Rey dijo que queria ver el lugar señalado para la batalla; y entró con él y con algunos caballeros en el palenque, andando por él arremetiendo el caballo de una parte á otra; volvióse con el senescal fuera de Burdeos, y entónces se descubrió que era el Rey de Aragon.

Levantóse acta, con todas las formas legales, quedando así cada uno como merecia: D. Pedro, un caballero; Cárlos, un felon.

XIV.

El reinado de Fernando IV, el Emplazado, nada ofrece digno de mencion; en cambio, el de su inmediato sucesor nos

abre ancho campo. Un año y veintinueve días tenía D. Alfonso XI cuando, muerto su padre, fué aclamado Rey en Jaen—7 de Setiembre de 1312.—Aunque no sea propio de este lugar el exámen de cuestiones ajenas á nuestra tarea, prescindir de ellas absolutamente es imposible; si siempre una minoría ocasiona perturbaciones en naciones tranquilas, dos seguidas en un país desgarrado aún por las discordias de la anterior, ¿qué será? La tutoría fué manzana que vino á encenderlas de nuevo, excitando la ambición de los potentados, cada uno de los cuales quería y esperaba ser él el elegido por las Córtes; dos infantes, D. Juan y D. Pedro; el conde de Lara, D. Juan Nuñez, las Reinas doña María la Grande y doña Constanza, madre y viuda de Fernando IV—especialmente.—Desunidos además los reinos de Leon y de Castilla, era mayor el riesgo; porque unos nombraron por tutor á don Juan, otros á D. Pedro con su madre doña María. No hubo medio de concertarlos ni de sufrir á dos. La Reina doña María fué en aquel diluvio de inquietudes la paloma que descubrió la oliva de paz: como maestra en negociaciones, discurrió modo de avenirlos, haciendo que cada uno fuese tutor del Rey en el gobierno de los pueblos que le nombraron.

Por entónces murió la Reina doña Constanza.

Así se arreglaron las diferencias; vino á poco la muerte de D. Juan Nuñez á asegurarlas: con esto y con las de los infantes, que guerreando con los moros en la Vega de Granada perecieron, se devolvió toda la tutoría á la Reina doña María. Parecía natural que un período de calma sucediera á tantas tempestades; pues no: D. Juan Manuel, pretendiendo otra vez aquel cargo, provocó nuevas turbulencias, terciando en ellas D. Fernando de la Cerda y D. Juan, hijo del infante D. Juan y de su mujer doña María de Haro.

Como dice muy bien el P. Enrique Florez, muchos tutores dejaban el reino sin tutelas. Sólo la Reina doña María, cuyo espejo era el bien comun, podia atajar el mal; convocó Córtes al efecto para Palencia; mas no quiso Dios que las abriese; llamóla á su seno ántes. Roto el dique, naturalmente desbordóse el torrente que contenia, aumentando así más y más el general sentimiento del reino, cuyos tutores—es decir, los del

Rey—discordes, anulábanse unos á otros. No quedaba ninguno, siendo los pueblos teatro donde se representaban dramas en que la avaricia, los robos, los homicidios, toda suerte de desórdenes, propios de la ambicion, aparecian sin el menor recato, dando bien á entender cuánta falta hacia un Rey, cuyos hombros sostuvieron en paz tantos reinos.

Desde los catorce años comenzó á gobernar con un juicio superior á su edad; vamos á citar su primer rasgo de carácter. Ajustado su enlace con doña Constanza, hija de D. Juan Manuel—uno de los tutores y el más revoltoso—no se consumó el casamiento en seguida, porque la Reina no tenia edad para ello (1), ni tampoco luégo, nunca, en fin, porque su padre y el Rey tuvieron graves disgustos.

La ocasion fué que D. Juan—hijo del infante D. Juan—con quien, ántes que el Rey se interpusiera, se habia tratado de casar á doña Constanza, sentido de que D. Juan Manuel hubiérale abandonado, se hizo reo de muerte por osar declararse contra el Rey, unido con los de Aragon y Portugal. Mandóle matar el de Castilla en Toro—31 de Octubre de 1326.—Su muerte impresionó tanto á D. Juan Manuel, que dejando el adelantamiento de la Frontera—puesto entónces muy importante—se retiró á Chinchilla, sin dar parte al Rey, y sin acudir á las órdenes con que le llamaba para ir á la guerra de los moros. Como al mismo tiempo el Rey de Portugal no desistia de la antigua pretension que ya hiciera sobre casar á su hija doña María con D. Alfonso, y viendo éste las ventajas que de allí resultaban, y la conducta de don Juan Manuel, ocasionada á no pequeños perjuicios, resolvió poner en seguro á doña Constanza, mientras se arreglasen las cosas. Envióla á Toro, previniendo al alcaide que la tuviese bien asegurada, como se hizo en Octubre de 1327; allí se mantuvo hasta que, desposado el Rey con la infanta de Portugal por Setiembre de 1328, le restituyeron á D. Juan Manuel su hija en Noviembre del mismo año.

(1) Sus padres se casaron en Játiva por Abril del año 1312, y esto sucedia en 1326.

Enterado de esas disensiones el Rey de Portugal, y sabiendo que el de Castilla no habia consumado matrimonio con doña Constanza, valióse de tan buena ocasion para repetir su instancia; la propuesta del casamiento de su hija doña María con D. Alfonso venia acompañada de otra que cooperó mucho á la boda: el de Portugal ofrecia casar á su hijo heredero con doña Blanca, hija del infante D. Pedro, señora de los Cameros y de las posesiones de su padre, la cual habia de dejar esta herencia á su primo el Rey de Castilla—en recompensa del ajuar que traeria la infanta doña María—dándola el de Portugal en su reino Estados equivalentes. Contrato muy ventajoso para el de Castilla, que así recuperaba las villas de su tío D. Pedro, que puestas en manos de otro señor podian crear un poderoso enemigo; y juntamente aseguraba un casamiento honorífico en la prima, cuya atencion era muy debida á los méritos del infante D. Pedro, muerto como ya dijimos en la Vega de Granada, y procedió bien en tiempo de la tutoría. Tales fueron los motivos que decidieron al Rey á casarse con la infanta doña María, haciéndose las capitulaciones con los rehenes acostumbrados.

Celebráronse ambas bodas; la del Rey con doña María, en Setiembre del año 1328, y la de doña Leonor, en Enero del siguiente, como expresa D. Juan Manuel. Tardó algo en concebir doña María; su infecundidad era muy dolorosa para el Rey, cuya impaciencia por tener sucesion llevóle á mezclarse en ilícitos amores con una gran señora, doña Leonor de Guzman, que prontamente le dió hijos; pero siendo ilegítimos, sólo eran testigos de su infidelidad, cometida contra la soberana, sin darle el consuelo de lograr sucesion. Por tanto, fué singular el gozo del Monarca y del reino cuando se publicó que la Reina estaba embarazada. Un año despues—1332—la Reina dió á luz un infante, á quien pusieron el nombre de Fernando, cuyo nacimiento fué celebrado con mucho regocijo y fiestas, por el gozo de tener legítimo heredero del reino; poco duró ese gozo: al año siguiente murió el infante. Cual si Dios se apiadase del amargo dolor que embargaba á todos, y en particular á la Reina, ésta logró en el año inmediato resarcir aquella dolorosa pérdida con la prenda

de otro hijo, cuyo nombre fué D. Pedro, único de este nombre, y único en los rigores ó justicias, le ocasionaron el dictado de Cruel ó Justiciero.

La mágica influencia, verdadera fascinación, que doña Leonor ejercía sobre el Rey, era tal y tan grande, que algunos escritores refieren que intentó quitar la vida á la madre y al hijo en la hora del parto, valiéndose para ello de una mora hechicera, pero sin efecto. Nada autoriza una versión que, sin la menor prueba, se asienta y contradice el génio de doña Leonor, que nunca dió muestras de vengativo, ni de aspirar al trono, ántes bien despreció la propuesta, cuando se la hizo un gran señor, como diremos luego.

Lo cierto es que la Reina doña María padeció los desaires de la amiga del Rey; como ésta era el imán del cariño del soberano, miraban á su norte cuantos deseaban acertar en el rumbo de los negocios.

Mortificaba, sí, á la Reina, no sólo como esposa engañada, sino en su dignidad real. D. Rodrigo de Acuña dice: «Movié al Rey á que sacase de su lado las principales personas que la servían, y algunas de ellas pasaban por oficiales de los hijos de doña Leonor. Quedóse la Reina con D. Pedro Alfonso, barón de la primera nobleza de estos reinos, que vino de Portugal, sirviendo á doña María, y llegó á ser obispo de Astorga, y tan fiel al partido de la Reina, que nunca siguió el de doña Leonor, ni la quería hablar, ni ver; y el mismo interesado confiesa que esto le puso algunas veces en peligro de vida. Añade que sólo él y otro obispo seguían su partido, ladeados los demás al de la favorecida.»

Aunque ésta abusaba de su poder sin el menor reparo á la faz de la Reina, que sufría sus ultrajes en silencio, sin dejar de asistir por eso á su marido en cuantas circunstancias ocurrían.

Las buenas causas encuentran siempre defensores: D. Juan Nuñez era uno de ellos; doña Leonor, que lo sabía, en su calidad de amiga y consejera, encendió una guerra doméstica, que el Rey tomó con empeño contra él; sitióle en Lerma, tan apretadamente, que todos sus amigos daban por cierta la rendición y nada segura la vida. Para ocurrir al riesgo, se

valieron de doña María, haciéndola pasar desde Búrgos á Lerma, para que moviese al Rey á levantar el sitio; pero estaba tan empeñado en el ataque, que la Reina no lo pudo impedir, y volviéndose á Búrgos, tuvo que rendirse la plaza, conviniendo el Rey en no ensangrentarse con los rendidos, por servirse de ellos como vasallos.

D. Juan Manuel, otro de los descontentos, pasó tambien al servicio del Rey: todo era necesario para la guerra que amenazaba por parte de los moros; pues era tanto el número de los que pasaron desde Africa á España, que con sus medias lunas pretendian eclipsar el sol de la cristiandad. Los Reyes pasaron á Sevilla para estar más cerca del teatro de la guerra, sin desatender el despacho de los negocios; y como en un combate naval hubiese perecido con el almirante nuestra flota, recurrió el Rey á la Reina para que instase al Rey de Portugal, su padre, sobre que en seguida enviase á nuestras costas sus galeras, mientras él las armaba nuevamente. Doña María tomó aquel negocio con la debida eficacia. Continuaban los africanos en pasar el Estrecho, que les separa de nuestro continente, en tan gran número, que siendo ya exorbitante, resolvió D. Alfonso aliarse con su suegro el Rey de Portugal, como causa comun de los cristianos. Encargó de esta negociacion á Doña María, que como hija de aquel Monarca, moveríale con la mayor eficacia. La Reina tomó por suya la causa de Estado y religion: hábil y experimentada diplomática, su gestion, coronada del más feliz éxito, dió los resultados apetecidos.

Ambos Reyes se presentaron en el campo de Tarifa, dando á los moros junto al Rio Salado del Estrecho de Gibraltar la famosa batalla llamada de Benamarin y del Salado, dónde lograron tan gloriosa victoria, que no falta quien la repite mayor que la nunca bastante bien ponderada de las Navas de Tolosa. La Reina tuvo parte en el triunfo, no sólo por haber ido á reclutar las tropas del Rey de Portugal, sino por el influjo de las continuas rogativas y oraciones al cielo, que practicaba en Sevilla por el buen éxito de las armas de su marido, que entraba en tan desigual y formidable liza. Efectivamente, recibió un fuerte saetazo en el arzon de la silla, pero

intrépido, alentó á la tropa con su ejemplo, verificándose bien lo que al avance dijo: *Hoy veré yo cuáles son mis vasallos, y hoy verán ellos quién soy yo*. Correspondió el corazón al labio, haciendo el brazo proezas, á que no debemos ni podemos distraernos, llamándonos, el gozo de la Reina, que hay que medir por la zozobra del susto, considerando el excesivo número de enemigos,—lidiaron veinticinco mil infantes contra cuatrocientos mil; catorce mil caballos contra sesenta mil. Cuando viese, pues, la Reina entrar al Rey en Sevilla triunfante de un ejército que parecia invencible, ni ella misma seria capaz de expresar el sentimiento inefable que embargaba su ánimo; mucho ménos nosotros. A este gozo siguió otro poco despues, llevando el Rey como encadenada su fortuna contra los enemigos de la fé: la toma de Algeciras, donde entró triunfante el dia 27 de Marzo, Domingo de Ramos del año de 1344, que fué por dos motivos Domingo de Palmas.

La vida humana es una sucesion de contrastes; á veces los dias en que la risa, entreabriendo nuestros labios, ilumina el rostro con el suave, ténue resplandor de la alegría, sonrisa de los espíritus satisfechos, son víspera de llanto; no tardó mucho en llegar, despues de aquel domingo, un viernes, en que el Rey murió, víctima de la peste, que diezmaba las tropas que sitiaban á Gibraltar,—habíala tambien en otras partes;—no queriendo levantar el sitio por tener ya la empresa en el último estado, llególe su hora postrera.

La Reina habia vivido con el sinsabor de la distraccion del Rey á los amores de doña Leonor de Guzman, los cuales subieron al más alto punto de celos cuando, con motivo de la guerra de los moros, pasó doña María á Sevilla, residiendo en el mismo lugar donde estaba la dama. Aquella cercanía ocasionó muchos desvíos en la Reina, retirándose varias veces al convento de San Clemente de monjas Bernardas, para desahogo de sus penas—era muy afecta y devota á ese convento (1).—Hemos dicho, refiriéndonos al autor de la Monar-

(1) Zúñiga, *Anales de Sevilla*, año 1334, núm. 4.

quía Lusitana, tomo I, que la Reina sufría sus ultrajes en silencio; pero si fué así, cedió entónces al tiempo, cobrándose despues quanto pudo; cuando, muerto el Rey amante de la dama, quedó aquélla hecha víctima de los enojos de ésta, desamparando los más prudentes á la que ya no tenía Rey amante, sino Rey nacido para terror de España. Vióse la dama presa en el palacio de la Reina; vióse luego cerrada en el alcázar de Talavera; y presto no se vió, pasando allí un escudero de la Reina, que la quitó la vida en el 1381, contribuyendo mucho esta venganza á las funestas inquietudes que subsiguieron (1).

Muerto el Rey D. Alfonso, quedó doña María con su único hijo D. Pedro, aclamado Rey al punto que el padre falleció; aún no habia cumplido diez y seis años. Con esto empezó su viudez, consagrada á interponer sus buenos oficios para salvar la vida de los que en el nuevo reinado podian comenzar á sentir los últimos rigores. Así sucedió á Garci Laso de la Vega, adelantado de Castilla, á quien la Reina previno del mal que le amenazaba, y no aprovechando el aviso, costóle la vida.

Por su consejo, casóse el Rey con doña Blanca de Borbon, princesa desgraciada si las hay, segun consta y veremos luego. Ahora vamos á terminar el reinado de Alfonso XI. Dominado completamente por su amiga, como es frecuente en la primera juventud, ganoso de tener sucesion, á lo cual se oponia la corta edad de su mujer doña María, y pareciéndole estéril la tierra propia, se propasó á labrar otra, de quien se anamoró apénas vista; una pasion tan súbita, no la inspira cualquier mujer: necesario es que sea un dechado de belleza, talento, virtud, cualidades, en fin, poco comunes. ¿Las reunia doña Leonor?

Sí, segun la pinta la crónica del Rey: Era, dice, *dueña muy rica, et muy fija dalgo: y era en fermosura la más apuesta mujer que avía en el Reyno*. Esta prenda era tan pública, que la traía en la cara; y lo mismo fué verla el Rey, que dejar de

(1) *Crónica del Rey D. Pedro*, año II, cap. 3.

serlo, convertido en vasallo de la dama. Tributóla cuantos obsequios le sugeria el amor: aquí hacemos gracia al lector de los trámites demasiado conocidos que en semejantes casos se siguen.

El continuo labrar, que ablanda las piedras, rindió á la que no lo era. Cerca del año 1330 dióle al Rey un hijo en Valladolid, á quien pusieron el nombre de *D. Pedro*. Este suceso fué celebrado, no sólo por el Rey, sino por otros caballeros deseosos de lisonjearle; ese vástago es conocido por el apellido de *Aguilar*, porque entre otras villas que su padre le señaló, tenia la de Aguilar de Campó. Fué chanciller mayor de Castilla (1); á doña Leonor la quiso aún más, si cabe, desde entónces. No hacia cosa que no fuese con su acuerdo, porque fuera de lo que la amaba por su buena cara, se hizo ella muy amable por el génio, talento y estudio que ponía en servirle, previniendo de suyo cuanto le podia complacer. Jamás abusó de su valimiento, aunque no faltaron ambiciosos que quisieron deslumbrarla con el brillo de la corona real, que ceñir podria moviendo al Rey á que se casase con ella, separándose de la Reina por su infecundidad.

Al año siguiente tuvo doña Leonor otro hijo, llamado *don Sancho*, cuyo mayordomo fué Garci Laso de la Vega, el mozo. Como ese hijo saliese fátuo, el Rey aplicó sus Estados á otro hermano, llamado *D. Fernando*.

De un parto dió doña Leonor dos hijos, uno nacido para ser Rey de España, y dar muerte á su hermano legítimo: otro para morir por aquel á quien mató su hermano. Estos nacieron en Sevilla á fin del 1333 ó principio del siguiente: el uno se llamó *D. Enrique*, segundo entre los Reyes de este nombre: el otro *D. Fadrique*. Al primero le adoptó—por no tener hijos—un rico hombre, *D. Rodrigo Alvarez de Asturias*, señor de Noroña, conde de Trastamara; por lo que el hijo adoptivo que le heredó era conocido por ese título, y conde Lozano, por su bizarría. Tuvo luego doña Leonor otro

(1) Este *D. Pedro* es el que se dice muerto en Guadalajara, herido de un halcon.—Ortiz, *Templi Toletani descriptio*, fol. 44.

hijo, llamado *D. Tello*; y despues otro cuyo nombre fué don Juan.

Esta gran fecundidad de doña Leonor de Guzman correspondió al largo tiempo que el Rey la comunicó, que fué desde el 1330 hasta el fin de su vida: amor no interrumpido hasta la muerte, con singular escándalo, en que participaron muchos; pero faltando el manto real de D. Alfonso, quedó la amiga descubierta á los golpes de la venganza y hecha escarmiento del sinsabor amargo en que paran ciertos gustos contra el cielo.

La Reina, injuriada en vida del marido, vengó despues de su muerte los celos que doña Leonor la hizo padecer, mandando que la quitasen la vida, segun ya dijimos.

No fué esta desgraciada la única amiga de Alfonso XI, cuando monarca de tan eminentes cualidades dejó en herencia á Castilla, á causa de su incontinencia y de sus incestuosos amores, el más funesto de los legados, el gérmen de sangrientas guerras civiles. Como doña Leonor tenia además, por su posicion y condiciones especiales, una omnímoda influencia en el ánimo del Rey, la historia y las crónicas ocúpanse de ella extensamente, mencionando en globo á las otras.

ADOLFO MENTABERRY.

(*Se continuará.*)





BOLETIN BIBLIOGRÁFICO. ⁽¹⁾

Marcelino Menendez Pelayo.
CALDERON.—*Conferencias dadas en
el Círculo de la Union Católica.—
Librería de Murillo.—Madrid.*

La tercera conferencia acerca de Calderon, dada en el Círculo de la Union Católica por el Sr. Menendez Pelayo, comprende uno de los puntos más importantes y menos conocidos del teatro español: los autos sacramentales.

Este género peculiar de nuestra literatura es fruto exclusivo de nuestros poetas antiguos, y por eso sin duda afirma el Sr. Menendez Pelayo que "si es un error el haber creado esa especie de drama, tenemos que cargar con toda la culpa; y si es una

gloria, nos pertenece del todo y debemos reclamarla."

Para formarnos una idea cabal de lo que real y verdaderamente significa este género de literatura, oigamos al Sr. Menendez Pelayo, cuya erudición en estas materias es tan conocida:

"El auto sacramental puede definirse representación dramática en un acto, la cual tiene por tema el misterio de la Eucaristía. Esta al menos es la ley constante en los autos de Calderon y de sus discípulos; pero en cuanto á los autos del siglo XVI, no siempre reúnen estas condiciones, ántes es muy frecuente que no tengan de sacramentales más que el haber si-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

do representados en el día del *Corpus*.

“El primer auto, el más antiguo del cual sepamos positivamente haberse destinado á una fiesta eucarística, no contiene más fábula dramática que la vulgar leyenda de haber partido San Martín su capa con un pobre. No sé atina qué relación directa ni indirecta pueda tener esto con el misterio de la Eucaristía. Por eso afirmo que durante el siglo XVI, muchos autos no tuvieron más de sacramentales que la ocasión en que aparecían en las tablas. No así los del tiempo de Calderón, en quien el género adquiere independencia absoluta y toma caracteres y formas muy señaladas.

“Claro es que estas representaciones no pudieron ser más antiguas que la institución misma de la fiesta del *Corpus*, que en alguna iglesia particular se celebraba antes del siglo XIII, pero que á toda la cristiandad no fué extendida sino por el Pontífice Urbano IV, en 1263, dando ocasión al maravilloso oficio que compuso Santo Tomás para esta fiesta. En España la introdujo muy luego Berenguer de Palaciolo, que murió en 1314.

“Es más: desde el principio en España, á todas las fiestas y regocijos con que se solemnizaba esa festividad, verdaderamente de alegría, á todas las solemnidades propiamente religiosas, á todas las ceremonias litúrgicas, se añadían ya ciertos gérmenes de representación dramática. Con todo, estos gérmenes no fructificaron bastante en la Edad media. A lo menos en Castilla hubieron de ser casi completamente desconocidas las represen-

taciones sacramentales, puesto que no tenemos la menor noticia de ellas anterior á los últimos años del siglo XV y primeros del XVI. Es más: hay un dato que nos induce á creer que no existían, y es que Alfonso X, en sus Partidas, habla de las representaciones que los clérigos podían hacer, y enumera entre ellas la *Natividad de Nuestro Señor Jesucristo*, la *Resurrección*, la *Adoración*, etc., y no nombra de ninguna manera las representaciones eucarísticas.

“Es más, los cánones del Concilio de 1512, dirigidos á atajar los abusos que ya empezaban á introducirse en las representaciones ejecutadas dentro de los templos, y de que eran actores los clérigos, no mientan la representación del *Corpus* entre las demás que se hablan. No así en Aragón y Cataluña. Tenemos noticia de que la fiesta del *Corpus* se solemnizaba en la catedral de Gerona con representaciones escénicas, aunque sin relación, á lo menos directa é inmediatamente, con el misterio de la Eucaristía. Tales fueron: *El Sacrificio de Abraham*, *La venta de José*, *Las Tres Marías*, etc.

“Lo cierto es, que á principios del siglo XVI, encontramos ya en Portugal el texto de una representación sacramental (en el sentido de haberse verificado en día del *Corpus*) que es el auto de *San Martín*, de Gil Vicente.

“En todo el siglo XVI continuaron los autos; unos (y son los más) anónimos, como muchos de los que existen en el famoso Códice de autos viejos de la Biblioteca Nacional; otros de

autores conocidos, por lo general muy oscuros, v. gr.: el fundidor de Segovia Juan de Pedraza; que compuso para una de estas fiestas una especie de *Danza de la Muerte*."

Después de hechas estas observaciones generales, acerca del origen y naturaleza de los autos sacramentales, cita el Sr. Menéndez Pelayo á algunos de los autores que con más fortuna se dedicaron á cultivar este género de literatura. Uno de los más célebres, Juan de Timoneda, supo hacer la acción más interesante y el diálogo más vivo que en los autos anónimos. Después, y conforme las exigencias iban siendo más grandes, encontramos producciones de esta índole debidas á ingenios tan preclaros como Lope de Vega, Valdivielso y Tirso de Molina, hasta Calderon, á quien con justicia se atribuye el mérito de haber elevado este género al más alto grado de su perfeccionamiento.

En cuanto á la manera de llevarse á cabo estas representaciones, dice el Sr. Menéndez:

"He dicho que en los autos del primer período, la fiesta del *Corpus* no fué tema, sino pretexto, ocasión ó motivo para que los autos se escribiesen. Debo añadir, que las representaciones sagradas, que durante la Edad Media se verificaron constantemente en el templo y por actores clérigos, en el siglo XVI salieron del todo á la calle y á la plaza pública, cayendo, lo mismo que todas las demás formas escénicas, en manos de histriones ó farsantes pagados para este fin.

"Tan católico es en la esencia nues-

tro teatro ántes como después de esta transformación; y anima todos los autos sacramentales un enérgico espíritu de oposición á la Reforma, en el tema de la presencia sacramental bárbaramente negada por Carlostadio y otros herejes del Norte; pero también es cierto que la verdadera reforma de las costumbres y de la disciplina, hecha dentro de la Iglesia romana (en España muy pronto), y extendida á toda la cristiandad por el concilio de Trento y por varios pontífices, desterró del templo ciertas expansiones de la devoción, ántes lícitas, y ya ocasionadas y peligrosas, y fué causa de que las representaciones sagradas que ya no se veían con los ojos de otras edades, saliesen del recinto del templo (en el que hasta entonces se habían albergado) y entrasen en el tumulto y la agitación de la plaza pública y de los corrales ó teatros dispuestos al efecto."

Analizados en esta forma los caracteres generales de los autos, estudia el Sr. Menéndez lo que realmente significan y el valor literario que tienen, así bajo el punto de vista del fondo, como de la forma. No es posible que sigamos, paso á paso, todas las importantísimas digresiones del joven académico. Esto nos obligaría á reproducir íntegro su discurso, y aunque lo haramos gustosos, nos falta espacio material para realizar este fin.

La inspiración religiosa del inmortal autor de *La vida es sueño* adoptó formas distintas, y como es sabido, no se limitó á los autos sacramentales. Débense á él asimismo varios

dramas religiosos que han logrado señaladísimos triunfos y á los que debe una gran parte de los elogios que le tributó la crítica espiritualista del romanticismo alemán y especialmente la de Guillermo Schlegel. Y no es esto tanto de extrañar, desde las ideas de este célebre crítico, como el ejemplo que nos ofrecen otros escritores, hostiles á las comedias devotas y que consideran, no obstante, á Calderon como el más grande de todos los dramáticos religiosos.

El Sr. Menendez Pelayo opina, á pesar de todo, que las comedias devotas de Calderon ni son las mejores de su teatro, ni tampoco las de su género en castellano. A su juicio *El Condenado por desconfiado*, de Tirso de Molina, está por cima de todas ellas y acaso lo estén de igual suerte *La Fianza satisfecha*, de Lope de Vega, y *El esclavo del demonio*, de Mira de Amescua.

En cuanto á la historia de este género de literatura, es indudable que el drama religioso es muy antiguo entre nosotros. "Las primeras obras que han aparecido en todos los teatros del mundo han sido informadas por el principio religioso. Y esto que sucede en el cristianismo, ha sucedido en todas las teogonías y en todas las religiones paganas, y no se concibe que sea de otra suerte, puesto que la religion ha sido siempre la primera y más grande educadora y directora de los pueblos. Así es que el primer vagido de la musa dramática española, es una representación de carácter religioso, el *Misterio de los Re-*

yes Magos, descubierto en la biblioteca toledana."

Bien puede decirse que Calderon ha recorrido todos los asuntos y todas las formas del drama religioso español. Aparte de los autos sacramentales, hay en sus obras hasta unos quince dramas de materia piadosa, que son: *El Príncipe Constante*, *La Devoción de la Cruz*, *El Furgatorio de San Patricio*, *El Mágico prodigioso*, *Los dos Amantes del cielo*, *El José de las mujeres*, *La Sibila del Oriente*, *Los Cabellos de Absalon*, *Judas Macabeo*, *Las Cadenas del demonio*, *La Aurora en Capovacana*, *La exaltación de la Cruz*, *El Gran Príncipe de Fez*, y, finalmente, *La Margarita Preciosa*, que es obra escrita en colaboración con Cáncer y Zavaleta.

El Sr. Menendez Pelayo examina una por una todas las obras que hemos citado y que forman el teatro religioso de Calderon, extendiéndose principalmente en consideraciones sobre los tres que pueden considerarse como modelos: *El Príncipe Constante*, *La Devoción de la Cruz* y *El Mágico Prodigioso*.

La quinta conferencia, de la cual nos toca ocuparnos en este momento, versa sobre los dramas de índole filosófica, que á juicio del joven académico no son más que dos: *En esta vida todo es verdad y todo es mentira* y *La Vida es sueño*.

En cuanto á la primera de estas producciones dice el Sr. Menendez:

"*En esta vida todo es verdad y todo es mentira*, no tiene en realidad más que un primer acto hecho con

mucha habilidad dramática, y en él una situación de primer orden, que bastaría por sí para honrar á cualquier poeta trágico; una situación asombrosa que Corneille no sólo imitó, sino que tradujo á la letra, y es casi lo único bueno que hay en el *Heraclio*: la escena en que Heraclio y Leonido pretenden á una ser hjos del Emperador Mauricio, y en que Astolfo, requerido por el tirano, se niega resueltamente á declararle cuál de ellos es su hijo, y cuál es el hijo de su enemigo. Esta situación es verdaderamente trágica y está presentada con muy pocos defectos de gusto; y tomada en conjunto es uno de los trozos calderonianos escritos con más robusta inspiración.

“En cambio el segundo y tercer acto son una comedia de magia sumamente embrollada, y más para prestigio de los ojos que para solaz del entendimiento; de tal modo, que cuando en nuestros días se ha querido representarla, ha sido preciso refundir completamente este tercer acto y escribir otro de pura invención de los refundidores.”

Tratándose de *La vida es sueño*, hace el Sr. Menéndez un concienzudo estudio de esta obra, y entre otras cosas afirma lo que sigue:

“*La vida es sueño* es obra de tal fama, tal crédito y de tal importancia, que casi aterra el hablar de ella. Afortunadamente, si en otras cosas hemos podido parecer duros y secos con Calderon, aunque también aquí tengamos que notar algunos pormenores defectuosos, todavía la grande-

za de la concepción es tal, que no existe en teatro del mundo (por lo menos en lo que nosotros hemos alcanzado á conocer), no existe, digo, en teatro del mundo idea más asombrosa que la que sirve de forma sustancial á esta obra; y tal, que si se le quitara la parte pegadiza, y fueran más naturales, más sencillos y más nacidos de las entrañas del asunto algunos de los recursos que para desarrollar este pensamiento se emplearon, no tendríamos reparo en decir que era una obra perfecta, dentro siempre de las condiciones un poco amaneradas y convencionales de la ejecución calderoniana. En un arte que estudiase, profundizase y ahondase más los caracteres, el de Segismundo sería incompleto. Sobre todo, hay un cambio de carácter violentísimo, y no bastante motivado, en el momento en que vuelve á su prisión y á su estado antiguo. Aquella mansedumbre súbita de Segismundo, aquel convencimiento suyo de que todo es vanidad y sueño, viene demasiado pronto para que haga todo su efecto. Quizá sea éste el único lunar importante de la obra. Vamos á verlo (porque el drama requiere atento estudio), considerando: primero, su argumento, es decir, la tesis que el autor se propuso desarrollar en él; segundo, los recursos de que se valió para dramatizarla; y tercero, las bellezas y defectos de la ejecución. Repito que, como idea, no la hay más grande en ningún teatro del mundo; que la ejecución es superior también á lo que suele ser la ejecución de otros grandes pensamientos de Cal-

deron; y que esta obra, que es la primera de las suyas por la grandeza de la idea capital, es también de las primeras por la habilidad dramática con que está conducida, aunque no sea ciertamente de las mejores por el estilo. El pensamiento de la obra es completamente original de Calderon, dígame lo que se quiera. Todo lo que los críticos han podido inquirir, se reduce á encontrarle remota semejanza con un cuento de *Las mil y una noches*, en que un monarca adormece á un mendigo por medio de un narcótico y le hace ver por algunas horas que es Rey. Este cuento pueril, de ninguna manera encierra el gérmen del drama de Calderón."

Es de todo punto indudable que el Sr. Menendez ha procedido con gran cautela en el examen de todas las obras de Calderon; pero al tratarse de *La vida es sueño*, el análisis se ha hecho aún más minucioso, y el juicio formado resulta á todas luces imparcial. Dígame lo que se quiera decir, es lo cierto que ninguna otra creacion ha puesto tan de relieve el profundo talento del insigne autor dramático que nos ocupa. Por más que muchos traten de elevar el nivel de otras producciones á igual ó mayor altura, forzoso es conocer que el público en general ve en las zozobras y angustias de Segismundo todo el vigor dramático de que era capaz el inmortal poeta español.

En las conferencias de que ya hemos dado cuenta á nuestros lectores, nos hemos ocupado de la vida, la época y condiciones en que se reveló

el estro de Calderon; hoy lo hacemos de los autos sacramentales, dramas religiosos y dramas filosóficos. En el próximo número de esta REVISTA daremos fin al estudio de las conferencias del Sr. Menendez-Pelayo, analizando la importancia que éste atribuye á los dramas trágicos y á las comedias de capa y espada, dando por fin cuenta del resúmen y síntesis que viene á poner término al interesante trabajo del jóven y erudito académico.

* * *

Juan Valera.—*El comendador Mendoza.*—Un tomo de 506 páginas.—Librería de Fernando Fè.—Madrid.—Precio, 2 pesetas 50 céntimos.

La grande y merecida fama del autor de *Pepita Jimenez* se impone por sí sola aún á los ménos versados en achaques de literatura. Como generalmente sucede cuando se escribe con verdadera vocacion, Valera, sin merecer el calificativo de fecundo, no deja nunca de dar á la estampa obra de más ó ménos importancia, aunque siempre de mérito. Así se explica que despues de dar á luz *Pepita Jimenez*, y aún á trueque de no alcanzar tan señalados triunfos, haya enriquecido nuestras bibliotecas con otras obras de la misma índole, tales como *Doña Luz*, *El doctor Faustino* y *El comendador Mendoza*.

Esta última ha llegado á nuestras manos precisamente en estos días, y deseosos de conocerla y saborearla á nuestro gusto, nos hemos apresurado á leerla, y á decir verdad, nuestras

esperanzas no han quedado frustradas.

Como en todas las obras del autor de quien hablamos, hay en *El comendador Mendoza* una elegancia y una precisión en el estilo admirables. Preciosas descripciones, tipos perfectamente dibujados, color y sabor de época. El asunto es interesante á la par que sencillo, y al recorrer las páginas de este libro se recrea el espíritu y se cultiva y aguza el entendimiento. Se enseña y se deleita á la vez, como decían los antiguos ¿Qué más se puede pedir á un novelista?

En el prólogo de *El comendador Mendoza*, que dedica el autor á una elegante dama, describe el docto académico los fenómenos que ha observado en su propia persona como escritor, y se juzga á sí mismo con sumo gracejo, aunque con alguna dureza. No podemos resistir el deseo de que nuestros lectores puedan juzgar por sí mismos estos hermosos párrafos de lengua castellana, y á continuación reproducimos el texto íntegro, ya que otra cosa no podemos hacer.

“Nunca, estimada señora y bondadosa amiga, soñé con ser escritor popular. No me explico la causa; pero es lo cierto que tengo y tendré siempre pocos lectores. Mi afición á escribir es, sin embargo, tan fuerte, que puede más que la indiferencia del público y que mis desengaños.

“Varias veces me di ya por vencido y hasta por muerto; mas apenas dejé de ser escritor, cuando reviví como tal bajo diversa forma. Primero fui poeta lírico, luego periodista, luego crítico,

luego aspiré á filósofo, luego tuve mis intenciones y conatos de dramaturgo zarzuelero, y al cabo traté de figurar como novelista en el largo catálogo de nuestros autores.

“Bajo esta última forma es como la gente me ha recibido ménos mal; pero aún así, no las tengo todas conmigo.

“Mi musa es tan voluntariosa, que hace lo que quiere, y no lo que yo mando. De aquí proviene que, si por dicha logro aplausos, es por falta de prevision.

“Escribí mi primera novela sin caer hasta el fin en que era novela lo que escribía.

“Acababa yo de leer multitud de libros devotos.

“Lo poético de aquellos libros me tenia hechizado, pero no cautivo. Mi fantasía se exaltó con tales lecturas; pero mi frío corazón siguió en libertad, y mi seco espíritu se atuvo á la razón severa.

“Quise entónces recoger como en un ramillete todo lo más precioso, ó lo que más precioso me parecia, de aquellas flores místicas y ascéticas, é inventé un personaje que las recogiera con fé y entusiasmo, juzgándome yo por mí mismo incapaz de tal cosa. Así brotó espontánea una novela, cuando yo distaba tanto de querer ser novelista.

“Después me he puesto adrede á componer otras, y dicen que lo he hecho peor.

“Esto me ha desanimado de tal suerte, que he estado á punto de no volver á escribirlas.

“Entre las pocas personas que me han dado nuevo aliento, descúella Vd., ora por la indulgencia con que celebra mis obrillas, ora por el valor que los elogios de Vd., si prescindimos por un instante de la bondad que los inspira, deben tener para cuantos conocen su rara discrecion, su delicado gusto y el hondo y exquisito sentir con que percibe todo lo bello.

“Aunque yo no hubiese seguido de antemano la sentencia de aquel sabio alejandrino, que afirmaba que sólo las personas hermosas entendian de hermosura, Vd. me hubiera movido á seguirla, mostrándose luminoso y vivo ejemplo y gentil prueba de su verdad.

“No extrañe Vd., pues., que lleno de agradecimiento le dedique este libro.

“Por ir dedicado á Vd., quisiera yo que fuese mejor que *Pepita Jimenez*, á quien Vd. tanto celebra; pero harto sabido es que las obras literarias, y muy en particular las de carácter poético, sólo se dan bien en momentos dichosos de inspiracion, que los autores no renuevan á su antojo.

“En esto, como en otras mil cosas, la poesía se parece á la magia. Requiere la intervencion del cielo.

“Cuentan de Alberto Magno que yendo en peregrinacion de Roma á Alemania, pasó una noche á las orillas del Po, en la cabaña de un pescador. Agasajado allí muy bien, quiso el doctor probar su gratitud al huésped, y le hizo y le dió un pez de madera tan maravilloso, que puesto en la red, atraía á todos los peces

vivos. No hay que ponderar la ventura del pescador con su pez mágico.

“Cierta dia, con todo, tuvo un descuido, y el pez se le perdió. Entónces se puso en camino, fué á Alemania, buscó á Alberto, y le rogó que le hiciera otro pez semejante al primero. Alberto respondió que lo deseaba (tambien deseo yo hacer otra *Pepita Jimenez*), mas que, para hacer otro pez que tuviese todas las virtudes del antiguo, era menester esperar á que el cielo presentase idéntico aspecto y disposicion en constelaciones, signos y planetas que en la noche en que el primer pez se hizo; lo cual no podia acontecer sino dentro de treinta y seis mil y pico de años.

“Como yo no puedo esperar tanto tiempo, me resigno á dedicar á usted *El comendador Mendoza*.

“Este simpático personaje, ántes de salir en público, no ya escondido y á trozos, sino por completo y por sí solo, pasa, con la vénia de Lucía, á besar humildemente los lindos pies de Vd., y á ponerse bajo su amparo. Remedando á un antiguo compañero mio, elige á Vd. por su madrina. No desdeñe Vd. al nuevo ahijado que le presento, aunque no valga lo que *Pepita*, y créame su afectísimo y respetuoso servidor.”

Despues de leído este prólogo, comprenderán nuestros lectores que es difícil resistir á la tentacion de conocer á fondo la interesante figura de *El comendador Mendoza*. Cosa que tan bien empieza, no cabe en lo humano que pueda tener mal fin.

Los libros son como las gentes. Tienen un primer golpe de vista que nos seduce ó nos causa tedio.

¿Quién podrá sentirlo recorriendo las páginas que abren la puerta, digámoslo así, de la casa solariega del ilustre comendador Mendoza?

*
*
*

Dr. Saucerotte.—*Los médicos en el teatro, desde Molière hasta nuestros días.*—Un folleto de 54 págs.—París.—Precio; 1 fr. 50 cénts.

Se trata de un estudio curioso, ya que no sea de grande interés literario y ménos científico. El Dr. Saucerotte ha formado una galería completa de todos los tipos de médicos que han amenizado la escena, desde Molière hasta nuestros días.

En este trabajo puede apreciarse con toda exactitud el charlatanismo y la falta de seriedad que muchas veces se presenta en el mundo con la máscara de la ciencia. Triste es confesarlo, pe-

ro en todos los tiempos ha sucedido lo mismo en todas las profesiones, y más especialmente en algunas que, como la medicina, se prestan grandemente á ello, por lo que tienen de inexplicable ó misterioso á los ojos de las gentes profanas.

En el folleto de Mr. Saucerotte se pasa revista al médico que se dedica á curar á las damas del gran mundo, al médico de teatro, de baños, etc. Tambien figuran aquellos otros, que prescindiendo de la esfera social en que viven, tienen ciertos rasgos característicos; el médico ambicioso, el político, filósofo escéptico, filántropo ó materialista.

Es, sin disputa, un trabajo de erudición, lleno de amenidad, y en el que el autor ha logrado cumplidamente lo que se proponía. El asunto nos parece, por otra parte, original y muy digno de estudio, porque al fin y á la postre, siempre es bueno distinguir la ciencia verdadera de la falsa.

H.





CRÓNICA POLÍTICA.

INTERIOR.

QUIÉN puede olvidar aquellas tremendas imprecaciones lanzadas sobre el Gabinete Cánovas desde la izquierda constitucional, que invocaba á todas horas, en todos los tonos, y como ejercicio cotidiano, la sinceridad del régimen representativo, la autonomía del cuerpo electoral, el absoluto respeto á los fallos del sufragio? Segun aquellos averiados Catones, todo lo hollaba, todo lo conculcaba y torcia el Gobierno conservador. Ni siquiera osaban confesar que en sus distritos respectivos, por donde alcanzaran el honor de venir al Parlamento, sus electores habian disfrutado de la libertad de accion que revelaba su triunfo.

Ya sabiamos nosotros, sin embargo, y sabia el país, ménos olvidadizo de lo que algunos suponen, que los irritados Aristarcos, á quienes, por otra parte, nunca fué posible justificar sus acusaciones, hacian de éstas un mero recurso de oposicion, á reserva de cometer todo género de atropellos para ganar distritos, contra la voluntad de los votantes, el dia en que, por mal de sus pecados, consiguieran escalar el poder.

Ellos mismos tuvieron la peregrina franqueza de confesar

que sin disponer de los cargos oficiales no podrían traer mayoría á las Córtes. Para confirmar la declaracion, están ejecutando las más escandalosas coacciones, sin omitir atropello ni excusar violencia que les asegure una victoria, artificial sin duda, pero victoria aparente, al fin, que les prepare el *bill de indemnidad*, de que tan necesitados se encuentran para eludir las más graves responsabilidades.

Los casos de infraccion de ley en que incurren los gobernadores abundan de una manera lastimosa. Todos los periódicos, sin distincion de matices, los registran alarmados.

Los atrevimientos de los caciques ministeriales; el empleo de amenazas, halagos, detenciones arbitrarias y áun apaleamientos, no cesan.

¡Cuánta decepcion para los que tuvieron la debilidad de creer leales las protestas fusionistas!

Presion y lujo de arbitrariedad de arriba, y coaccion, amenazas é intimidaciones de abajo: hé aquí la triste situacion en que para ejercitar *libremente* sus derechos políticos van á encontrarse los electores bajo la protección tutelar de los que cuando están fuera del poder se agitan ó conspiran sin cesar y ofrecen caer del lado de la libertad, y cuando son Gobierno pasan por todo, y no reconocen más ley que su capricho ó su interés, porque no quieren caer hácia ningun lado, sino mantenerse á todo trance y riesgo infeudados en el presupuesto y avasallando á la nacion.

Por de pronto, el Gobierno ha calculado que para alejar de los comicios á los electores, y vencer sin arrostrar los peligros de una lucha formal, el medio más expedito era verificar las elecciones en lo más rudo de la estacion canicular; lo cual, en nuestro país, equivale á anular el sufragio, y tiende á perturbar el sistema representativo, que los constitucionales aparentaban estar decididos á restablecer en toda su pureza.

Tales son las perspectivas que ofrece la cuestion electoral. ¿Se quiere más aún? Actualmente se circula en los centros oficiales, á la vez que la nómina, las listas para interventores. ¿Qué empleado se niega á firmar ambos documentos, el uno en gracia del otro?...

Y á pesar de todo, ¡cuán justificados son los temores de los elementos que entraron en la fusion, recelosos de las fuerzas que respectivamente alcancen en las Córtes! ¡Quién sabe si la fusion perecerá á manos de sus mismos adeptos, osados parricidas, el dia en que cualquiera de los grupos fusionados se considere con séquito bastante para dominar por sí sólo, libre del concurso de sus afines!

Las Córtes podrán resultar con un matiz más ó menos

acentuado en sentido constitucional ó centralista. Pero las Córtes, cualquiera que sea su composición, han de dar desde luego un resultado práctico: un Ministerio homogéneo.

Tiempo hace lo tenemos previsto.

*
* *

No bastaba la cuestión internacional suscitada con Francia por efecto de los sucesos de la Argelia, cuestión que no se resuelve multiplicándose las notas é instrucciones desde Madrid á París y vice-versa. La última palabra de Mr. Barthelemy Saint-Hilaire ha sido una confirmación de lo que había dicho en la Cámara francesa: la república vecina no se considera obligada á indemnizar á los españoles ultrajados bajo el pabellón de Francia. Continúan, sin embargo, las negociaciones, y es de suponer que el Gabinete de Mr. Grevy se avenga á la razón.

Pero no bastaba, no, este conflicto internacional. Los escandalosos desmanes de Roma, donde ha sido mancillado el cadáver de Pio IX, han promovido un sentimiento de natural indignación en el gremio católico. El Primado de España se ha hecho eco de ese sentimiento en una pastoral dirigida á los fieles de su diócesis, y el representante de Italia en Madrid ha manifestado el disgusto de su Gobierno por las declaraciones contenidas en dicho documento. Refiere el cardenal Moreno los sacrilegios cometidos por una turba de impíos al ser trasladados los restos mortales del que fué último Jefe de la Iglesia, y escribe:

«Pero lo que envuelve mayor gravedad es que el Gobierno del Quirinal, que además de no tributar oficialmente los regios honores al venerado cadáver de Pio IX, como estaba obligado á hacerlo, aunque no fuese más que por cumplir lo prescrito en la famosa y decantada ley de *garantías*, señaló la hora que le pareció más á propósito para evitar escándalos, y sin embargo, en esa noche de vergüenza, de mayor vergüenza todavía que aquella triste noche calificada así por un elocuente y enérgico repúblico español, no supo, ó no quiso, ó no pudo evitarlos; y en cualquiera de estos tres casos resulta que el supremo pontificado no puede continuar por más tiempo á merced de un Gobierno que, por indiferencia ó por debilidad, toleró que se cometiesen á su vista tamaños escándalos, ó no tuvo fuerza para reprimirlos. Hoy ha sido insultado el cadáver de Pio IX; ¿y qué seguridad puede haber de que mañana la sagrada persona de Leon XIII no sea objeto de iguales insultos? ¿No es de temer que lo sucedido con el cadáver de su venerable antece-

sor le suceda á él á la hora ménos pensada, áun sin salir del Vaticano, donde se halla en verdadero cautiverio?

»Hé aquí por qué reclama la Iglesia con tanto afán la soberanía temporal de la Santa Sede, en la actualidad más necesaria que nunca para el libre ejercicio del poder espiritual. El mundo católico tiene el derecho de exigir que el oráculo infalible de su fé sea libre é independiente, y el mundo católico no puede tener certeza, como la necesita, de que es independiente y libre el Papa sino cuando es soberano, porque sólo el soberano no depende de nadie. Y véase cómo la cuestión de soberanía, que puede ser política en todas partes, es en Roma una cuestión esencialmente religiosa. En Roma no puede haber pueblo soberano, ni asambleas soberanas, ni Reyes, ni dictadores, ni cónsules, ni tribunales. En Roma no puede haber más soberano que el Papa, mal que les pese á los sectarios. Los Estados del Papa pertenecen al mundo católico, y el mundo católico quiere que se le respeten para que sea libre é independiente. Ni el mismo Papa puede despojarse de su libertad é independencia.»

El Gobierno español ha acordado prescindir por completo de estas apreciaciones y aconsejar al italiano que imite su ejemplo. Es un *modus vivendi* que debe recomendarse como ejemplo á la diplomacia europea. Hay derecho, sin embargo, para dudar de su eficacia.

*
* *

Y siguen los fusionistas estudiando un curso de derecho político y administrativo. Apenas se inicia la necesidad de una medida gubernativa, cualquiera que ella sea, los actuales gobernantes toman la pluma con una mano y la *Guía de forasteros* con otra, y tras una exposicion, tan prolija como ampulosa, crean una comision *que se encargue de estudiar el asunto, que consulte datos, que registre documentos, etc., etc.*; que ilustre, en fin, sobre la materia al ministro del ramo, desprovisto de criterio en cuanto al particular.

Si esto es ó no sério, y sobre todo provechoso, díganlo las numerosas cuestiones sometidas á tal procedimiento desde la constitucion del actual Gobierno, y que aún esperan que éste llegue á formar juicio determinado acerca de ellas.

El ministro de Fomento ha excitado á los profesores y claustros á fin de que remitan cuantos datos y noticias estimen pertinentes para la reforma de la legislacion de instruccion pública. El de Hacienda ha solicitado las luces de otras juntas que estudien diferentes cuestiones económicas.

Ahora se ha suscitado, con motivo de los sucesos de

Orán, la conveniencia de oponer un dique á la constante y perturbadora emigracion de nuestros compatriotas, que abandonan el suelo donde nacieron, falto de brazos, exponiéndose á los peligros de una miseria más segura que entre sus convecinos, cuando no de una muerte prematura y desastrosa. ¿Y qué hace el Gobierno ante estas consideraciones? ¿Resolver algo por sí, abrir algun horizonte, significar una opinion siquiera? Nada de eso. El Gobierno no ha estudiado el tema; tiende una mirada en torno suyo, invoca el concurso de unos cuantos señores, por cierto muy ilustrados, y les ruega que le enseñen á gobernar, porque él no sabe hacerlo. El sistema de siempre.

*
* *

Iban y venian desde hace una semana, deseosos de *pactar* con el gobernador civil de la provincia las condiciones en que habia de verificarse el anunciado *meeting* (digámoslo en inglés para mayor propiedad) con que debia ser obsequiado el gran pontífice de la secta sinalagmática, los amigos del gran pactista de España y sus afueras, D. Francisco Pí y Margall. El despacho del señor conde de Xiquena recibia continuas visitas de los pretendientes.

—¿Cuándo pactamos la fecha, el sitio y los demás requisitos de la fiesta?—exclamaban con la impaciencia natural en quienes habian costeadado una flamante tirada de billetes de cónvite, autorizados con dos entradas, que debian de cortarse oportunamente, una de las cuales llevaba escrita nada ménos que la palabra **SERVICIO**, en gruesos caracteres, y la nota de que fuese entregada al camarero, recomendacion que algunos pactistas traducian regocijados en un sentido harto apetitoso para que no les fuese deliciosamente lisonjero.

Ya estaba todo preparado. La silla de enea, generosamente cedida por el Hospicio para que desde ella, encaramado á guisa de dentista ambulante, pudiera dirigir su voz á los presentes el austero intérprete de lo bilateral y lo conmutativo. El vaso de agua con medio azucarillo adonde habia de asomar sus elocuentes lábios. Las comisiones encargadas de recoger los billetes, acomodar á los asistentes y promover ó templar sus entusiasmos, segun las circunstancias.

Las brisas del Buen Retiro, que en torno á tantas fiestas de nuestra antigua córte giraron halagüeñas, habian de prestar ahora humilde vasallaje á las exaltadas propagandas de un jefe republicano, llevando en sus alas los ecos de un discurso antimonárquico.

El sol no reflejaría en los brillantes de hermosas damas, ni envidiaría las luces de sus ojos, ni el matiz de sus cabellos; no daría realce á la majestad de un trono, ni aumentaría el lustre de vistosos uniformes... pero abrasaría en cambio los tostados semblantes de unos cuantos cientos de autónomos y curiosos.

¡Lástima grande que el espectáculo resultase á última hora defraudado, porque el gobernador civil, no participando de la animosa expectacion de los pactistas, juzgó oportuno crearles dificultades y trabas de tal género, que les obligaron á desistir de la reunion. No hubo pacto posible entre la autoridad del señor conde de Xiquena y los amigos del Sr. Pí y Margall.

Mohinos y amostazados se presentaron éstos en el gobierno civil, á manifestar á la parte contraria que habian resuelto no hacer uso de la limitada autorizacion que se les habia concedido. Fundaron esta determinacion en que su programa se componia de tres partes: la primera consistia en obsequiar con un refresco á los invitados; la segunda en dar un concierto, dirigido por el maestro Chapí, en obsequio del jefe de su partido, y la tercera en una conferencia política que en el escenario del teatro daría el Sr. Pí y Margall.

Prohibida por el señor gobernador dicha conferencia, por considerarla como una de las reuniones políticas al aire libre de las que la ley no autoriza, la reunion no podia verificarse, á juicio de la comision, porque el programa resultaba incompleto y privado de un elemento importante de la fiesta.

Pero afortunadamente se trata sólo de un aplazamiento. La reunion se verificará, por fin, y quizá logremos aclarar de algun modo el abstruso concepto que sirve de base á la doctrina pactista. Entretanto, no es lícito desconocer que la actitud del señor conde de Xiquena no ha correspondido á lo que habia derecho á esperar de las espontaneidades fusionistas, tan opuestas á toda limitacion en el ejercicio de los derechos constitucionales. No sin motivo se ha preguntado: ¿Qué temor abrigó el Gobierno de Madrid respecto de la reunion pactista? ¿Qué importa al país que los pactistas se reúnan ó dejen de reunirse?...

*
* *

La adopcion definitiva del sistema métrico-decimal es continuado motivo de las más curiosas polémicas. El pueblo de Madrid, siempre ocurrente, dice con doble oportunidad en estos dias que estamos sudando *el kilo*.

R.



REVISTA EXTRANJERA.

ESTADOS-UNIDOS. El presidente Garfield, que parecía hasta próximo á la convalecencia, ha vuelto á recaer. La herida del costado, léjos de cicatrizar, empieza á alarmar de nuevo. La bala no se extrae, la supuración aumenta, la calentura no cede y la debilidad del enfermo va siendo cada vez mayor. Los últimos telegramas no indican pronósticos que puedan considerarse como lisonjeros. La prensa, por lo general, abriga ya pocas esperanzas. Si de un momento á otro se anunciase un fin fatal, serian muy contadas las personas á quienes sorprendiese esta noticia. Seria en extremo sensible; pero de ningun modo extraña ni inesperada. Por desgracia, las cosas han llegado á un extremo en el cual lo único que no se espera y hasta pareceria extraño es la curación. A lo que parece, la herida, que no tenia la gravedad necesaria para matar en el acto, es mortal de necesidad.

En cuanto al proceso, nada se sabe; el tribunal, que no se descuidará, no dice gran cosa acerca de sus trabajos. Hasta ahora sólo se ha podido traslucir que las declaraciones no son tan sencillas como se supuso, ya se sabe con que intención, en los primeros momentos.

La opinion comun es que Guitteau, el asesino, no era un pretendiente desechado, que queria vengarse, sino un agente político, que tenia el encargo de destruir los principales obstáculos que se oponian al triunfo de su partido. No hay, pues, más que un asesinato político, un verdadero regicidio, bastante bien premeditado y llevado á cabo con circunstancias horribles, que aumentan de una manera espantosa su culpabilidad.

Guitteau, por servir á sus amigos políticos, por voluntad propia, ó ejecutando una orden, se decidió á dar muerte al presidente Mr. Garfield. Durante seis meses se estuvo ejercitando en tirar la pistola y buscando ocasion oportuna para perpetrar su tan abominable crimen. Puede decirse que se-

guia constantemente á su víctima, sin perderle jamás de vista. Sin embargo, nunca fué señalado como sospechoso. O su disimulo era muy grande, ó la policía debía ser muy torpe. ¿Era que no veia? ¿Era que veia demasiado? Todo se supone.

Se ha supuesto tambien que Garfield era excesivamente confiado y no adoptaba ni queria que se adoptasen precauciones de ninguna especie. Como pertenece á los últimos restos de los republicanos cándidos ó de buena fé, acaso creyese que la revolucion limita sus odios á los jefes de las monarquías. ¡Cuán terrible ha sido su desengaño! Ya ha visto que la revolucion es la ambicion, y que los ambiciosos odian á todo el que los estorba, ya lleve manto régio ó se cubra con la túnica consular. Como el enemigo es el órden, la guerra es sólo á la autoridad, ejérzala quien la ejerza y lleve el nombre que lleve.

La leccion ha sido terrible, pero puede ser provechosa. Los Gobiernos no pueden ya ignorar que se necesita velar, y velar mucho, por la vida de los sumos imperantes, sean los que sean. En lo porvenir, el ministro, prefecto ó gobernador que se descuide en este punto, no puede ménos de contraer una grandísima responsabilidad personal.

Guitteau, el asesino, en vez de mostrar arrepentimiento, sólo dice que creyó que con dos balas habria bastante y ahora ve que se necesitaba una más. ¡Así, con esta frialdad atroz habla de su crimen! ¡Qué perversion! ¡Qué entrañas de tigre!

Un periódico radical de París, *L'Intransigeant*, ha publicado una carta de los Estados-Unidos, en la cual se asegura que el regicidio estaba muy premeditado, que es *político*, que con él se trataba de favorecer al partido grandtista, al cual pertenecia el asesino, y que, en fin, ha habido hasta un general que asegure que el actual vicepresidente, Arthur Chester, de la misma fraccion política, pasa por cómplice de Guitteau. Esto lo dice así con todas sus letras *L'Intransigeant*. Nosotros, sin afirmar ni negar nada, lo copiamos sólo para que se vea qué es lo que se dice. Añadiremos tambien que los periódicos extranjeros, al copiar la carta de *L'Intransigeant*, se han guardado bien de rechazarla como calumniosa ó absurda.

En los mismos Estados-Unidos ha habido y hay bastantes personas que, dando crédito á estos rumores, se agitan para preparar la opinion pública con el fin de que, no obstante la Constitucion que lo prescribe, si muere Garfield, el vicepresidente Arthur Chester, su enemigo, al ménos político, no suba á la presidencia. Para conseguir esto, seria preciso procesar al vicepresidente, considerándole como presunto cómplice del asesino. Nosotros no podemos ni queremos creer

esto; pero así se dice, y el deber de cronistas nos fuerza á decirlo.

El partido del general Grant, que es republicano á su modo, quiere el poder á todo trance, y está decidido á conseguirlo, cuéstele lo que le cueste. Los mismos periódicos norteamericanos aseguran que los medios hasta ahora empleados para llegar á este fin han sido los siguientes:

1. Formar una asociación de altos empleados, generales, ex-ministros, senadores, diputados, banqueros, etc., con el objeto de defraudar el Erario público, para reunir las inmensas sumas necesarias para poder corromper el sufragio universal. Esta agencia ha sido cien veces denunciada, sin que los tribunales se hayan dado gran prisa á tomar por lo serio la denuncia. Los cargos formulados no pueden ni ser más horribles, ni contar con más escandalosa impunidad. Si las acusaciones, lo cual no se cree, fuesen calumniosas, la inercia de la justicia sería aún más criminal que el mismo supuesto crimen. Basta indicar que, como la inmoralidad y la impunidad han llegado á los últimos límites del crimen, ni los acusados se ruborizan, ni los acusadores se cansan de formular cargos concretos, citando nombres y lugares muy determinados. Y lo más notable es que el mismo país, que es el más perjudicado, oye esto como se oye llover, y ni aún se indigna contra gobernantes ó ex-gobernantes tan inmorales.

2. Gracias á los fondos así reunidos, el general Grant, candidato perpétuo á la presidencia, que ya no sabe vivir fuera del poder, pudo emprender y llevar á cabo su viaje más que régio al rededor del mundo. Como se trataba de herir la imaginación de los electores, para poder pintar á Grant como á uno de esos hombres que con su reputación llenan el mundo, se le hizo ir á Méjico y la Habana, España y Portugal, Francia é Inglaterra, Alemania y Rusia, Suiza y Bélgica, Austria é Italia, el Norte de África y Turquía, Egipto y la India, la China y el Japon, la Australia y el Sur de Africa. Por todas partes recepciones, fiestas, paseos triunfales, sobre todo, pretextos para poner telegramas y llenar largas correspondencias. Por todas partes se hablaba de Grant, y todo lo que de él se decía se copiaba en todos los periódicos de toda la gran república. Sin embargo, la empresa fracasó por completo; el entusiasmo público, ó no se pudo *organizar*, ó no llegó hasta las urnas. Los colegios electorales, por lo visto, no llegaron á convencerse de que basta recorrer el mundo, derramando oro por todas partes, para adquirir lo que, como se decía en lo antiguo, no ha dado Minerva. Nuestros mismos abuelos, que no eran gentiles, sabían decir que lo que Dios no dá Salamanca no lo presta.

El tal viaje costó millones, no de reales, sino de pesos

fuertes. La compañía que tan inútilmente hizo este gasto, como es natural, desea volver á encargarse de la administración de las aduanas.

Conviene aquí advertir que el general Grant, que como hombre tendrá todo el mérito que tenga, como hombre *de genio* todavía no ha podido dar grandes pruebas. Como presidente de la república dejaba obrar á sus amigos, y como viajero pasó por el mundo sin que el mundo pasase por él.

Como no conoce más lengua que la inglesa, se vió no pocas veces en lances no poco desagradables. En París, por ejemplo, tuvo que hablar por señas con el general Mac-Mahon y con el mismo Gambetta. En Italia y Alemania no se separaba jamás de su intérprete. En Roma, donde hasta visitó al Papa, no pudo hablar sino por medio de intérprete y con inclinaciones de cabeza. De Africa, Asia y Oceanía no hay nada que decir.

Y lo peor era que á la ignorancia absoluta de las lenguas se unía una carencia *monumental* de los conocimientos indispensables para viajar viendo mucho y sabiendo dar el valor debido á todo lo que se ve.

El general Grant, pues, volvió á los Estados-Unidos como hubiera podido volver una gran estatua paseada en triunfo por todo el orbe. El mundo no admiró lo que no era admirable, y los Estados-Unidos comprendieron á tiempo que el fiasco no podía haber sido mayor.

3. Llegado el período electoral, estando aún reciente la memoria del viaje, se empezó á sembrar oro y más oro en todo el territorio de la república modelo, con el fin de hacer por medio del soborno lo que no se podía hacer por medios ménos ilícitos. Acerca de este punto se dijeron y se probaron cosas que hasta en nuestra vieja Europa erizan el cabello. En periódicos, en folletos y hasta en libros, firmados por sus autores, se revelaron misterios, ante los cuales no son nada ni los mismos de Eleusis.

Sin embargo, se perdió la eleccion. El general Grant, que tanto empeño tenia en volver al poder, no pudo ni figurar en la candidatura. La memoria de su administracion ligaba sin duda la mano de sus electores.

4. Vencido Grant y elegido Garfield, los grantistas se propusieron convertir la derrota en victoria, rodeando y explotando al nuevo presidente. Otro error; Garfield no era hombre de gran celebridad, pero tenia honradez y carácter independiente, y supo mostrar muy desde el principio que, si no habia hecho nada por llegar al poder, ya que lo poseia, estaba resuelto á ejercerlo de veras. De aquí el que nombrase ministros á su gusto y prescindiese enteramente de los grantistas, tan conocidos en casi todas las aduanas.

5. Al llegar á este punto, los grantistas se convirtieron en derecha, que se encerró en su casa; centro, que se quedó como suele decirse á ver venir, é izquierda, que sin el menor miramiento se decidió á saltar por encima de todo género de consideraciones. Esta última fracción, la más exaltada, según cuentan los periódicos, juró vengarse, y para conseguirlo empezó por calumniar á Garfield, acusándolo de concusionario, y acabó por armar el brazo de Guitteau, como acaba de decir *L'Intransigeant*.

6 y último. Según aseguran muchos diarios norte-americanos, la extrema izquierda del grantismo no se detendrá ante los límites ya señalados. Por el contrario, si el regicidio no le basta, pasará adelante y apelará á los cuarteles ó á los pretorianos, que es lo único que le falta ya á la república modelo.

Exponemos estos datos, no por ódio á hombres que no conocemos, sino para que se vea qué es lo que hay en la superficie de la república de los Estados-Unidos. Esta república, que hasta ahora no ha tenido más que panegiristas entusiastas, que la pintaban como querían, empieza ya á tener jueces verdaderos, que la juzgan con justicia. Nosotros nos limitamos á copiar con sus *resultandos* y *considerandos* las sentencias de estos jueces.

Italia. El Gobierno italiano ha cometido una gran falta, que además de hacerle perder mucho terreno, lo deja bastante mal ante Europa y aún ante todo el mundo. En la noche del 13 de los corrientes, al trasladarse las venerables cenizas de Pio IX desde el Vaticano, donde estaban depositadas, hasta el cementerio de San Lorenzo, en cuya capilla tienen sepultura definitiva, ocurrieron cosas que por sí solas se califican.

Aunque el Capítulo de San Pedro había cuidado de acercarse á las autoridades civiles para obtener todas las licencias que se juzgasen necesarias, el fanatismo demagógico no se dió sin duda por satisfecho. Pero ¿qué pretexto invoca para prohibir el entierro? Era el entierro de un Papa; pero ¿no hay ya libertad ni para dar honrosa sepultura á los cadáveres de los Papas?

El entierro tenía lugar de noche; pero ¿podía ser á otra hora? ¿Podía el cortejo fúnebre recorrer una distancia de más de seis kilómetros bajo un sol de 36 grados y con el célebre *aria cattiva*, que tantas víctimas hace en la Ciudad Eterna? Además, ¿no es ésta la hora á que, durante el rigor del verano, se hacen los entierros en Roma? Por otra parte, si espantaba la noche, ¿por qué no se negó el permiso ó se declaró á tiempo que sólo se permitiría de día?

¿Puede hablarse de manifestaciones políticas? Nada mé-

nos. Todo el mundo sabia, desde hace tres años, que Pio IX habia declarado en su testamento que deseaba que su cadáver, pasado el tiempo requerido por la higiene, se trasladase al cementerio de San Lorenzo ó *Campo Verano*.

Por otra parte, el entierro se reducía á un coche fúnebre bastante modesto, tres coches para los prelados, unos cuantos religiosos que iban rezando salmos, y hasta dos ó tres mil devotos, que quisieron acompañar á su última morada el cadáver del Papa.

En esto no habia nada, absolutamente nada que tuviese el carácter de manifestacion política. El cardenal vicario no habia querido convocar ni aún á las asociaciones católicas. ¡A tal extremo habia llegado su empeño de no dar ni el más leve pretexto de disgusto al Gobierno!

Esto no obstante, y al salir de la plaza de San Pedro, se vieron algunos grupos, poco numerosos, de carácter bastante alarmante. Al llegar la comitiva al puente del Santo Angel, ante el fuerte y á la vista de la guardia, allí no escasa, los grupos señalados empezaron á blasfemar y gritar como energúmenos, pidiendo que se arrojase al rio el cadáver del Papa. ¡Los oficiales vieron esto y callaron! ¡Sin duda tendrían orden de no ver ni oír! ¡Qué excusa para el Gobierno!

Después la cosa continúa, siempre de igual modo, por toda la carrera hasta llegar al cementerio. Ante la estatua de Pasquino, cerca del ministerio de la Gobernacion, en la plaza de Venecia, al lado mismo de la prefectura, y en la *Vía Nazionale*, entre cuatro cuarteles, los *manifestantes*, que no llegarían á ciento, tuvieron libertad completísima para parodiar los cánticos sagrados, insultar á todo el cortejo fúnebre y hasta arrojar piedras sobre el féretro.

La policía, por supuesto, no podia evitar nada. Sin duda ignoraba que en todos los pueblos civilizados hay leyes que prohiben actos no indignos de las tribus del Sahara. El Gobierno, por su parte, ni ántes pudo evitar nada, ni después ha tenido tiempo de proceder contra los culpables. ¡Todo, todo ha quedado así! ¡Qué argumento contra el Gobierno italiano! ¡Qué prueba tan evidente de que el Papa no es libre! Si no hay tolerancia para un Papa muerto, ¿cómo haberla para un Papa vivo?

El Rey Humberto I nada ha dicho, pero se fué al siguiente día de Roma.

En el Congreso no ha habido ni un solo diputado que pida la palabra para protestar. ¿Y para qué? ¿Eran libres para hacerlo?

En el Senado ha habido dos oradores que se atrevan á interpelar al Gobierno. No han ahondado mucho; pero al fin, ya al ménos se salvan las apariencias. Depretis, presidente

del Consejo y ministro de la Gobernacion, se encargó de contestar para reprobar el atentado con toda la menor energía posible. De sus labios no han salido palabras de hiel más que para el Vaticano ó para los católicos, que habian sido insultados y apedreados. Para la fuerza pública, que no se dejó ver sino ya fuera de Roma, en la plaza del ferro-carril, cerca del cementerio, no hubo ni una frase de reprobacion. Con esto, nada, absolutamente nada pierde el catolicismo; pero ¿qué gana Roma? ¿Qué gana Italia? ¿Se desea aumentar la alarma de los católicos?

Segun dicen los periódicos, la diplomacia italiana se agita bastante con el propósito de impedir que los obispos protesten ó que haya manifestaciones católicas y funciones de desagravios. Aunque esto fuera cierto, no podríamos ni creerlo. ¡Tan inverosímil parece!

Con efecto, los argumentos, todos los argumentos de la diplomacia italiana, se reducirian en este caso á los siguientes:

1. El Gobierno italiano ha dejado infringir la ley de garantías, que es un tratado internacional. ¡Luego las potencias ofendidas no deben quejarse! ¡Luego el Gobierno italiano es el que se debe quejar!

2. El Gobierno italiano, por motivos que no se explican, no ha podido ó no ha querido hacer que se observen las leyes de orden público, que prohíben insultar y apedrear cadáveres. ¡Luego el Gobierno italiano, que ha dejado infringir las leyes de Italia, está en el derecho perfecto de exigir, por ejemplo, del Gobierno español que aplique hasta las más rancias leyes del absolutismo á los católicos que se quejan ó protestan con algun calor!

3. El Gobierno italiano, por respeto á la libertad en general, y á la libertad de imprenta en particular, no ve ni oye lo que los demagogos dicen y hacen contra la monarquía, la dinastía, la Constitucion, etc. ¡Luego, aunque no vea ni oiga esto, está plenísimamente autorizado para exigir de los demás Gobiernos que en sus respectivos países no permitan lo mismo que él permite en Italia!

¡Qué lógica la de la diplomacia que así procediese! En comprobacion de esto, no recordaremos sino un solo hecho. En 1879, por Abril, á las pocas horas de haber ido el Rey á visitar á Garibaldi, empezó á circular por Roma una hoja impresa, en la cual, en unos versos firmados por el propio Garibaldi, se pedian lagos de sangre para ahogar en ellos á todos los Reyes. ¿Y qué hizo contra esta hoja el Gobierno italiano? ¿Qué habia de hacer? ¡No la vió siquiera! ¿Quién sabe si ni aun oiria hablar de ella? Pero si el Gobierno italiano no ve estas cosas, ó se muestra tan laxo en Italia, ¿cómo quiere que el Gobierno español se muestre hasta rigorista en España?

Francia. París se encuentra casi sin agua. Ya falta para la limpieza de las alcantarillas, para el riego de las calles y paseos, para los usos domésticos y hasta para beber. La alarma es tan general como fundada. La misma autoridad se ha visto en la necesidad de publicar un bando, en el cual se dice á los parisienses que si no procuran economizar el agua, se exponen á recibirla medida y con suma escasez.

Este mal, que tan grave es, no puede imputarse sino al espíritu político que tanto anima al municipio de París. Por culpa, sólo por culpa de los ediles parisienses, que por estar exclusivamente consagrados á la política olvidan por completo los intereses de tan populosa capital, durante once años, los once años que lleva de vida la república, ni se han traído nuevas aguas, ni se han restaurado los antiguos acueductos. El ayuntamiento de París, que tan rico es, ni aún tenía máquinas elevadoras para extraer agua del Sena. Está visto que un ayuntamiento político es una plaga horrorosa para el pueblo que lo elige.

El 15, día de San Enrique, los legitimistas franceses hicieron decir misas con el propósito de celebrar la fiesta del Santo de su Rey, el conde de Chambord. Se conoce que estas misas no debieron ser muy del agrado del Gobierno francés. Veintisiete jóvenes, alumnos del colegio militar de Saint Cyr, que asistieron á una de estas misas, todos han sido expulsados del colegio y condenados á servir durante cinco años como simples soldados en los regimientos que se les designen.

Exceptuando los periódicos radicales, que aprueban todo lo injusto y violento, los demás periódicos franceses, todos sin excepcion, reprueban la injusticia y crueldad del ministro de la Guerra, general Farre. Esto no podia ménos de ser así. El castigo de que se trata es injusto, ilegal y hasta monstruoso.

Es injusto, porque los principios de libertad ahora proclamados autorizaban á los alumnos de Saint Cyr para asistir á la misa de los legitimistas.

Es ilegal, porque la ley exige que se convoque el Consejo de disciplina, y el ministro ha obrado por sí y ante sí, como se obra en Marruecos, ó sin más norma que su capricho.

Es, en fin, monstruoso, porque por una falta que estaba más que bien castigada con unos cuantos dias de arresto, se ha impuesto el castigo que acaso no se imponga al que se rebela contra la autoridad. ¡Los que santifican el derecho de insurreccion, haciendo perder su carrera á jóvenes condenados á servir como soldados durante cinco años! ¡Qué inconsecuencia! Además, ¿basta para esto el capricho de un ministro, tan irritado y desesperado por las censuras justísimas que de todas partes se le dirigen?

Se anuncia como cosa segura, aunque todavía no oficial,

que las elecciones generales tendrán lugar el día 21 de Agosto. Si es así, el período electoral ó de preparacion para la lucha no tendrá sino los veinte dias que exige la Constitucion. ¡Qué fariseismo! ¡Cómo interpretan la Constitucion los republicanos! ¡Con qué hipocresía procuran eludir las pesadumbres del parlamentarismo! ¡Que sean tan parlamentarios en la oposicion, y tan antiparlamentaristas en el poder!

Mr. Clemenceau, radical, que aún no es poder, dice todavía que conceder un período electoral de solos veinte dias, es querer hacer las elecciones como por sorpresa. Su interpelacion, que no ha dado gran ruido, se ha limitado á repetir esto. Mr. Ferry, presidente del Consejo, al responder, se limitó á decir que no entraba en los planes del Gobierno el conceder muchos dias de agitacion electoral. Esto no puede ser más claro. No se quiere que las oposiciones tengan tiempo suficiente para preparar su campaña. Por otra parte, en ménos de tres semanas las pasiones políticas no podrán agitarse demasiado.

Hay otra razon que, aunque no se haya expuesto de una manera oficial, debe ser conocida. El Gobierno necesita movilizar tropas, y no se atreve á movilizarlas ántes de las elecciones. ¡Por miedo al país no declara oficialmente que la política de aventuras está teniendo ya consecuencias horribles! Antes de las elecciones no hay que hablar al pueblo de sacrificios; en cuanto se obtenga mayoría, la nacion, que ya se habrá ligado las manos, se verá obligada á resignarse y pasar por todo.

Respecto á la guerra, las últimas noticias no pueden ser más optimistas. Como se viene encima el período electoral, se oculta todo lo adverso y no se habla sino de lo que es ó se pinta como favorable. Los partidos que ahora están en el poder, por táctica, se han decidido á ir viviendo, evitando á toda costa la alarma del país. Esto, que puede ser útil durante algunas semanas, al fin acabará por aumentar en vez de disminuir el mal.

Hoy se dice que Bu-Hamena se ha retirado al desierto. ¡Al desierto! ¿Por qué? ¿Quién le persigue? ¿Quién le disputa siquiera el campo? Los insurrectos no pelean, porque no encuentran con quién pelear. Lo cierto es, que la provincia de Orán está sublevada, que en la de Constantina hay muchos insurrectos y que aún en la de Argel reina una inquietud tan general como profunda. Las tropas, que escasean bastante, en todas partes están á la defensiva. Además, segun las cartas que vienen de Africa, el ejército está muy desalentado, porque ni cree en la necesidad de la guerra, ni vé que se piense y se obre como se debería pensar y obrar.

Todavía no se sabe si el general Saussier, que acaba de

llegar á Africa, es ó no jefe único y verdadero. Aunque la república es tan amiga de la publicidad, al ménos en teoría, todavía no se ha atrevido á decir si el gobernador superior civil, que nada entiende de milicia, continúa siendo jefe único de las fuerzas de mar y tierra. Si sigue el civilismo en la Argelia, ¡pobre Francia! ¡Ya tiene guerra para rato!

Aunque el Gobierno nada diga, el calor, materialmente insoportable, está haciendo estragos. De los diez jefes de columnas, hay ya siete en los hospitales. ¡Siete de diez! Si la proporcion, como se asegura, es en todo igual, de cada diez mil soldados habrá unos siete mil con calenturas. Teniendo esto en cuenta, se comprenderá fácilmente lo que está ocurriendo en Africa.

En Túnez las cosas no van mejor. Ayer, 28, se recibió un telegrama, en el cual se asegura que las tropas francesas han tenido que cortar un puente, para defenderse así contra unos mil quinientos tunecinos, que han llegado á estar á *seis kilómetros de la Goleta*. ¡Tan amenazado el centro ó la base misma de operaciones!

Segun la prensa de París, los soldados tunecinos *se desertan en masa*. Fuera de Francia, se diría que, en vez de aceptar el yugo del extranjero, se van con sus hermanos á luchar por su independencia.

El ejército francés ha tenido que encargarse de recorrer el país para cobrar las contribuciones. ¡Qué mision tan popular!

El vice-almirante que manda las fragatas que operan en el golfo de Gabés ha dirigido al Gobierno un parte, en el cual le dice que el calor hace insoportable la vida á bordo, y que hay necesidad de que cuanto ántes se releven las tropas que ocupan los fuertes de los dos puntos que se han tomado en la costa.

En Trípoli ya no se piensa. El Gobierno francés asegura á todo el mundo que no pasará de Túnez. La verdad es que la empresa va costando demasiada sangre, sin dar un átomo de gloria.

Turquía, segun se dice, está ya ménos intranquila. Esto no obstante, sigue enviando soldados á Trípoli.

Italia cada vez parece ménos resignada. En cuanto á Inglaterra, sólo indicaremos que los documentos diplomáticos, que acaban de publicarse, prueban hasta la evidencia que el Gobierno inglés, si *en principio* concede lo de Túnez, sólo lo de Túnez, al descender á la práctica, áun en este punto suscita todas las dificultades imaginables.

L.